EL JOVEN CREYENTE

Tihamér Tóth

El joven creyente



New York–2013

Manufactured in the United States of America.

IVE Press
113 East 117th Street
New York, NY 10035

Ph. (646) 470 9590
Fax (855) 483 2665

ivepress@ive.org
http://www.ivepress.org

ISBN 1-939018-32-3
ISBN-13 978-1-939018-32-8

Library of Congress Control Number: 2013901951

Printed in the United States of America ∞

CONTENIDOS

PRÓLOGO AL LIBRO «EL JOVEN CREYENTE»

Este año 2013 fue declarado por el Papa: «Año de la Fe». En este libro Mons. Tihamér Tóth describe lo que debería ser un joven con fe. Leedlo con atención. Ponedlo en práctica. Te hará mucho bien.

Dice un autor: «La fe no es pura intuición, (...) algo más adivinado que conocido; supone una predicación: «La fe nace del mensaje que se escucha» (Ro 10,17); es la adhesión del espíritu a un testimonio de Dios. La fe es opuesta a la visión, sea al objeto conocido sea a la manera de conocer; la visión es inmediata e intuitiva, la fe tiene lugar por intermediario: «caminamos en fe y no en visión» (2Cor 5,7). Sin embargo, la fe no es ciega, está pronta a dar razón de sí misma y aspira a mayor claridad: «estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1Pe 3,15). La fe está íntimamente unida, por un lado a la esperanza y a la caridad, y, por otro, a la obediencia y a la conversión del corazón: «nosotros, hijos del día, seamos sobrios, revestidos de la coraza de la fe y de la caridad y del yelmo de la esperanza en la salvación» (1Te 5,8) y respecto a la obediencia y a la conversión del corazón: «por el cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia de la fe, para gloria de su nombre, en todas las naciones» (Ro 1,5), «¿Señor, que quieres que haga? (He 22,10;26,15). La fe, aunque firme e inquebrantable en

su adhesión, tiene grados y puede crecer en intensidad y perfección: «No gloriándonos desmedidamente de trabajos ajenos, sino esperando que creciendo vuestra fe, crezcamos más y más entre vosotros, conforme a nuestra medida» (2Cor 10,15), «Hemos de dar a Dios gracias incesantes por vosotros, hermanos; y es esto muy justo, porque se acrecienta en gran manera vuestra fe y va en progreso vuestra mutua caridad» (2Te 1,3). La fe posee un valor interior que agrada a Dios: «Pues de gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios; no viene de las obras, para que nadie se gloríe» (Ef 2,8-9)».

¡Joven! Debes tener una fe intrépida dispuesta al heroísmo para defenderla y que nada ni nadie te la pueda quitar. Esto es lo que ha vencido al mundo nuestra fe: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ése es nacido de Dios (...) porque todo el engendrado de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Y quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (Jn 5,1.4-5).

P. Carlos Miguel Buela, IVE.

25 de enero 2013,
Fiesta de la Conversión de San Pablo.

AL JOVEN LECTOR

Hijo mío: Junto a mi escritorio muchas veces hay estudiantes sentados a mi lado.

Al inaugurarse el curso empiezan las visitas de los muchachos. Los nuevos llaman a mi puerta con recelo; los de antiguo conocidos, con alegría más confiada.

Se sientan junto a mi mesa y, en la desnudez de mi cuarto silencioso, me abren el reino, lleno de riquezas, de un alma joven, guardado antes por mil cerrojos.

Al exponerme sus pequeñas penas, que para ellos parecen terriblemente aplastantes; al escuchar yo las quejas de sus innumerables y pequeños dolores, que para ellos resultan en extremo serios; al colocar en la palma de mi mano su alma joven con sus tempestades, con sus profundos problemas; y al decirme después ellos, con ávida sed en sus ojos abiertos: dadme un consejo, ¿qué he de hacer?, entonces en estos momentos inspirados, he aprendido yo, que el alma de cada joven es una mina de diamantes, inagotable; una promesa, en que late un desarrollo inconmensurable. Ayudarles en su formación resulta para los hombres ya maduros, no sólo un deber santo, sino hasta un honor excelso.

Quienes no tratan la juventud, no sospechan siquiera cuántas dudas, cuántos tormentos, cuántos tropiezos –quizá hasta la caída definitiva– puede llevar consigo el hervor de vuestras almas, y

cuánto necesita vuestra frágil navecilla sentir, en las tempestades que levanta la primavera de la vida, la dirección de una mano vigorosa que empuñe el timón.

Y cuando en estas ocasiones he querido infundiros fuerza para la lucha, apaciguar vuestra alma alborotada, daros consejo en la duda, y tenderos una mano fuerte para ayudaros a salir del doloroso trance, me ha parecido que no sólo estaba sentado ante mi uno de mis estudiantes, sino que buscaban mi alma los ojos de miles y miles de jóvenes, de todas aquellos que están luchando con idénticos problemas serios, pero no tienen, quizá, a nadie a quien pedir respuesta, consuelo, consejo y dirección, y de esta suerte han de librar solos los duros combates de sus años de juventud.

Así nacieron estos libros. Así es como me vino su idea.

Sé muy bien que la letra impresa, la letra muerta, mengua mucho la eficacia de la palabra hablada; pero no será, quizá, completamente inútil componer algunos libros para tu uso, reuniendo los pensamientos que suelo tratar con mis estudiantes.

No sé cómo te llamas. No sé qué colegio frecuentas: instituto, escuela de comercio, escuela normal, escuela de artes y oficios..., o quizá ya la Universidad. Tan sólo sé una cosa: que eres estudiante, que en tu alma llevas el porvenir de tu nación, y que tienes problemas serios; y resolver tus dudas es la obligación más santa que nos incumbe a nosotros.

Porque no hay en la vida deber más sublime que dar a beber de la fuente eterna de la verdad a las almas sedientas. No existe mérito mayor ante la humanidad, ni hay nada más grato a Dios como librar de la perdición una sola alma joven, que es la mayor esperanza de la patria y el «templo vivo» de Dios.

Todas las líneas de este libro fuéronme dictadas por el amor que profeso a tu alma y por la convicción de que es un deber imperioso llenar a un alma joven de nobles ideales. Este amor merece que tú también medites con seriedad lo que lees en estos libros;

y si hay algo que no comprendas, si necesitas acaso ulteriores explicaciones, si tienes algunas observaciones que hacer, y principalmente si mis pensamientos te han ayudado a marchar por la senda del bien, escríbeme. Porque el mayor galardón de mis fatigas será el que, mediante estas líneas, haya podido encaminar a un solo joven y prestado fuerzas a una sola alma, para que permanezca, durante su desarrollo, en el sendero recto. Te saluda, aun sin conocerle, y es tuyo.

CAPÍTULO PRIMERO

¡GUARDA TU FE!

1. ¿Quién es el señor más poderoso?

A un hombre pagano, de estatura de coloso, llamado Cristóbal, en el siglo III de nuestra era, según cuenta la leyenda se le metió en la cabeza una interesante idea.

–Decidme quién es el señor más poderoso del mundo, porque yo quiero servirle únicamente a él –dijo un día a sus conocidos.

–El señor más poderoso es el rey –le contestaron.

Y Cristóbal se fue a servir al rey.

En cierta ocasión hubo grandes fiestas en el palacio real. Cristóbal vio cómo palidecía el rostro del rey cuando uno de los juglares empezó a cantar ponderando el poder de Satán. «Este ha de ser más poderoso que el rey», pensó Cristóbal para sus adentros, y se puso al servicio de Satán.

Un día, siguiendo la carretera, tenían que pasar junto a una cruz. Satán empezó a temblar, presa de gran espanto; no se atrevió a pasar por delante de la cruz; retrocedió con cobardía. «Este crucificado ha de ser más poderoso aún que Satán», pensó Cristóbal.

–Hermano –dijo a un ermitaño que estaba arrodillado al pie de la cruz– ¿cómo puedo servir yo a este crucificado?

–Reza mucho –le respondió aquél.

–¿Rezar, cuando ni siquiera sé lo que es oración?

–Entonces, ayuna.

–¿Ayunar? Pero ¿no ves qué gigante soy? Tengo que comer mucho.

–¿Sabes qué? –dijo por fin el ermitaño. En verdad, eres de talla gigantesca; ponte, pues, aquí, junto al torrente, y cuando vengan hombres que quieran vadearlo, transpórtalos sobre tus hombros.

Cristóbal desde entonces fue transportando hombres, durante largos años, de una a otra parte del torrente.

Cierto día, un niño hermosísimo le pidió que le llevara. Cristóbal lo levantó gozoso, se lo puso sobre el hombro y emprendió el camino hacia la otra orilla. ¡Pero nunca en su vida había llevado un peso que tanto le agobiase! A la mitad del río estaba ya tan rendido, que casi no podía soportar a aquel hermoso niño, y suerte tuvo en poder alcanzar con gran dificultad la otra orilla.

–¡Eh, amiguito! –dijo sin aliento Cristóbal. Pesas tanto, que me parecía llevar cargado sobre mis hombros el mundo entero.

–No te sorprenda –respondió con voz de trino el niño de blondos cabellos– porque llevabas en tus hombros a Aquel que creó todo el Universo.

Y con estas palabras desapareció... el Niño Jesús. San Cristóbal, hincado de rodillas, dio las gracias al Señor porque acepta con benignidad de cada cual el servicio que le podemos prestar.

* * *

«¿Quién es el señor más poderoso? Porque yo quiero servirle únicamente a él». ¡Qué magnífico pensamiento fue este de Cristóbal! Amado Joven, ¿sueles decir tú también: «Yo tan sólo quiero servir al señor más poderoso»? «¿Únicamente quiero servir a Dios?» «¿Yo quiero llevar a Nuestro Señor Jesucristo en mis hombros, mejor dicho, no en mis hombros, sino en mí, en mi alma, en mi vida?» «¿Quiero ser verdadero Cristóforo, es decir, portador de Cristo?».

2. La bendición de la fe

¿Sabes qué te da la religión, qué te otorga la fe? Temple de acero, convicción, fidelidad a los principios. ¿Verdad que son cosas admirables?

Pirro encargó a Cineas, hombre de su confianza, que sobornara al senador Fabricio. Cineas volvió diciendo:

–Majestad, más fácil sería desviar de su órbita el sol que hacer dar a Fabricio un paso fuera del camino del honor.

¡Sublime elogio! Y decidme si no, ¿qué constancia, qué honor podrían servirnos de mejor garantía que el honor y la constancia del joven que hace arraigar el concepto del «honor» y del «carácter» en las leyes del Dios eterno, y no en las efímeras teorías filosóficas, ni en los diversos modos de enfocar el mundo, que tienen la duración de un solo día?

En los momentos más críticos de la vida, únicamente la religión nos brinda fuerzas para perseverar. Medita el acontecimiento conmovedor que te voy a contar.

Napoleón se retira de Moscú, que está ardiendo. Una horrorosa tempestad de nieve azota a sus soldados, debilitados y rendidos de cansancio... Se cuentan por millares los que se hielan por las carreteras... Una noche de densa niebla envuelve a los que todavía quedan, y Napoleón se pasea por los campos cubiertos de nieve, en que reina un silencio sepulcral.

Un rayo de luz hiende la niebla... Napoleón envía al mensajero a aquella tienda:

–¡Ve y mira qué pasa!

Vuelve el mensajero:

–Sire: es el coronel Drouot, que vela en la tienda, trabaja y reza.

–Sire –contestó el general– yo no temo la muerte, ni el hambre; tan sólo temo a Dios: he aquí el secreto de mi fuerza.

«¡He aquí el secreto de mi fuerza!». Sí; la convicción religiosa es la que da carácter varonil, temple de acero, valentía. «Las ciudades y naciones más fuertes y más sabias son las más religiosas», dijo ya Jenofonte. Por otra parte, a quien no le manda Dios le mandan muchos señores.

¿Sabes qué otra cosa te da la fe? Tranquilidad, verdadera paz del alma y alegría. Acaso piensas alguna vez que tus compañeros frívolos, vanos, que van de continuos festines, son, en resumidas cuentas, los que saborean la felicidad. Quizás tú también hayas sentido ya la congoja que me comunicó uno de mis estudiantes. «Algunas veces me asalta el pensamiento de ver si vale la pena de luchar. Yo libro combate día tras día contra mis malas inclinaciones, procuro conservar mi honor y pureza, mientras que en mi rededor tantos y tantos jóvenes, que de nada se preocupan, viven alegremente y son felices, son felices...».

¡Ah, joven amado! Si tú también has tenido este cruel pensamiento, ¡cuidado, no te dejes engañar por las apariencias!

El alma que ha roto todos los lazos que la unían a Dios no puede gozar de una felicidad verdadera. En la vida ya te encontrarás con hombres que son ricos, que tienen salud, que ocupan un puesto elevado y, no obstante, son terriblemente desgraciados. Algo falta a su vida. ¿Qué? La fe.

El que no se acuerda de Dios también tiene alma, lo mismo que el que lleva una vida fervorosamente religiosa; pero ¡qué diferencia va del uno al otro! El carbón es carbón, y carbón es tam-

bién el diamante; pero ¿no es cierto que son muy distintos estos dos carbones? El alma irreligiosa es un carbón obscuro, negro, insensible a la luz; el alma religiosa, por el contrario, es un diamante que brilla con luz cristalina, que absorbe con avidez el rayo luminoso de la divina gracia y lo refleja con una alegría radiante.

Recuerda la confesión del gran compositor Chopin, que en medio de la frívola sociedad francesa llegó a perder la religiosidad de su alma. Próximo a la muerte, recibió la visita de un amigo de la infancia, que era sacerdote. Al oír aquél las palabras de este antiguo amigo, volvió a la fe e hizo con lágrimas su confesión, y besando el crucifijo, dijo: «Ahora he encontrado la fuente de la felicidad».

¿Sabes qué más te da la fe? Consuelo en los días tristes. Ser hombre significa tener que sufrir. Y no te exceptúa a ti, joven, el sufrimiento. Padecerás enfermedades; acaso tengas desilusiones amargas.

Muere alguno de los tuyos, a quien querías con amor entrañable. Tu madre guarda cama durante varios meses, y tú no sabes aliviar sus penas. Te has trazado un hermoso plan, y en el último momento todo se derrumba. «Has de divertirte –te aconsejan en tales ocasiones tus compañeros. ¡Has de divertirte! Ve al cine, al teatro, frecuenta la sociedad...». ¡En vano! No sabe dar consuelo sino lo que quita a la desgracia su desesperación amarga. ¿Dónde hallar consuelo en trances semejantes? Allí donde lo buscó y donde lo encontró Napoleón, que de las alturas del trono se precipitó en terrible abismo en el destierro de Santa Elena; lo hallarás, como él, en el Evangelio, es decir, en la religión.

En estas ocasiones vemos cuánta verdad encierra el símil de Goethe, al decir que la religiosidad es el capital acumulado en tiempo de paz, cuyos intereses disfrutamos en medio de la desgracia. Porque solamente la fe nos enseña que con el sufrimiento, soportado con entera conformidad a la voluntad de Dios, se teje la corona eterna que nos espera en el cielo.

Los caballeros de la Edad Media, antes de marchar al combate, pasaban su espada, con ademán de afilarla, por un pilar del templo. ¿Qué querían significar con esto? «Confío en mí mismo, pero confío también en Dios». ¡Oh! ¡Confianza en Dios! ¡Cómo enardece la valentía! ¡Qué temple de acero da a nuestras pobres fuerzas! Quien confía en Dios ya ha encontrado un aliado poderoso, y no lucha solo.

3. César en la tempestad

César quiso atravesar el mar en medio de furiosa tempestad. Las olas espumantes se embravecieron tanto, que hasta el marino que tenía el remo se puso a temblar. César le reprendió: *Quid times? Caesarem vehis!* «¿Por qué temes? ¡Transportas a César!».

Querido joven, aunque te azoten bravías las olas de la vida, sentirás admirable paz y tranquilidad si procuras acallar los recelos de tu alma con estas palabras: «¿Qué temes? ¡Contigo está Dios!». La confianza cristiana bien entendida no hace al hombre fatalista perezoso, sino que le da un optimismo rebosante de fuerza. Trabaja, obra como si pudieses contar únicamente contigo mismo, como si todo dependiera de ti; pero reza y confía en Dios como si todo lo esperaras de Él. He aquí el arte de vivir según el sentido cristiano.

En cierta ocasión se levantó una tempestad aterradora en alta mar, y lanzaba a fuer de juguete la orgullosa nave. Los viajeros, pálidos de espanto, se mesaban el cabello, las olas se entumecían espumosas, los flancos del buque crujían, y en medio de tal espanto, un niño jugaba tranquilo en el camarote.

–¿Y tú no temes, pequeño? –le preguntaron.

–¿Cómo voy a temer? ¡El timón está en manos de mi padre!

También el joven creyente, en medio de cualquier prueba, siente, sabe a ciencia cierta que el timón de su vida está en manos

del Padre Celestial. Y porque lo sabe ninguna desgracia podrá quebrantarle. Y este pensamiento le dará fuerza y le instigará a perseverar, aunque en torno suyo todos –todos los hombres de poca fe– se desesperen.

El joven creyente, sea cual fuere la desgracia que haya de sufrir, no se desespera.

Dos ranas, viajando alrededor del mundo, cayeron un día en un gran jarro de nata de leche. ¡Qué susto! Una de ellas, de espíritu apocado, se encogió desesperada: «Debe de ser un agua envenenada; nada me salvar...». Se acurrucó y llegó a ahogarse. La otra, más valiente, no quiso rendirse tan fácilmente... «Es una desgracia –dijo para sus adentros– ¡pero hay que hacer un esfuerzo!». Empezó a dar golpes con los pies intentando salir... No lo logró... Siguió remando, moviéndose desesperadamente... en vano. Sus fuerzas ya se han agotado; sus patas, cansadas, apenas pueden moverse. «Ahora... ahora llega mi fin... Ahora me ahogaré...». Y he aquí que siente de improviso que el suelo es algo más sólido y cada vez más consistente bajo sus pies..., y al mismo tiempo una bolita de mantequilla se levanta para servirle de apoyo. Con su gesticulación desesperada había batido mantequilla de la nata. Mediante un esfuerzo sin desmayos llegó a salvarse del peligro.

¿Sabes que más te da la fe? Tranquilidad frente a la muerte. Todo en torno nuestro es un continuo empezar y acabarse, nacimiento y muerte. Mi conciencia se queda abrumada ante esta experiencia de todos los días, y se rebela enérgicamente contra la destrucción definitiva, contra el aniquilamiento. En medio de este continuo perecer, de esta muerte general, nuestra única esperanza es la fe anclada en el Dios imperecedero, inmortal; ¡es nuestra religiosidad!

Haydn, el compositor de fama mundial, antes de morir resumió en estas palabras el programa de su vida: *«Ich hab's mit meinem Leben gehalten wie mit meinen Musikstüken Ich habe diese stets mit Gott angefangen und mit einem Laus Deo gechlossen, so war auch der fromme Gedanke an Gott der goldene Faden, der sich durch mein ganzes Leben*

hinzog. Nun will ich auch schliessen mit einem Laus Deo!». «Hice con mi vida lo que hice con mis composiciones. Siempre las empecé con Dios y siempre las terminé con un *Laus Deo*; de la misma manera, el piadoso pensamiento de Dios fue el hilo de oro que unió toda mi vida. Y quiero terminarla ahora también con un *Laus Deo!*... ¡Gracias sean dadas a Dios!»

Flores deliciosas, estrellas rutilantes, suaves ojos de niños... Si tengo fe, diré de esta manera: Todo esto no es más que una sombra; la sombra o, si queréis, el reflejo de la Belleza Eterna.

Las desgracias me abruman, la enfermedad me atormenta, sufro lo indecible... Si tengo fe, pensaré: Todas las lágrimas del dolor soportado por Dios se trocarán en fúlgidos diamantes para adornar mi corona de triunfo en la eternidad.

Las fuerzas me abandonan; la vida está para acabarse en mi cuerpo gastado... Si tengo fe, concluiré así: Todo esto no ha sido sino el capullo de la larva, y ahora saldrá de él, para lanzarse a la vida eterna, la mariposa adornada con los colores pomposos del arco iris.

4. ¿Qué cosa te da la religión?

¿Sabes qué es lo que da la religión? Resumámoslo en pocas palabras: empuje y objetivo de la vida.

Únicamente a la luz de la fe podemos ver por qué motivo vivimos en esta tierra. Tan sólo la religión es capaz de brindar ideales por los cuales valga la pena de luchar.

Mediante ella, el trabajo terreno, el cumplimiento del deber, la honradez, el carácter intachable se subliman para adquirir un valor sobrenatural.

Por ella nuestra vida se trueca en cumplimiento fiel de la voluntad de Dios, en una oración continua, en una total consagración al más poderoso Señor.

Pero ¿por qué he de servir yo a Dios? ¿Por qué he de guardar los diez mandamientos? ¿No es el hombre «dueño de sí mismo»?

Kepler, el célebre astrónomo, dijo en cierta ocasión que si la órbita de un solo astro se desviara, se derrumbaría todo el Universo.

Pues bien: de la misma manera que las leyes de la naturaleza sirven de base al mundo material, así los mandamientos de Dios son el fundamento de la vida humana. Por eso quisiera inscribir con letras de fuego en todas las almas estas palabras:

¡Hermano! Dios no nos ha dado los Diez Mandamientos para vejarnos, para intranquilizarnos, ni para menguar nuestro ánimo y alegría, sino para nuestro propio bien. Para la infinita felicidad de Dios poco importa en fin de cuentas que cumplas o no sus preceptos. Pero no es lo mismo para ti: de ello depende tu felicidad o tu perdición.

El Decálogo viene a constituir la base de la recta convivencia humana, hasta el punto de que si Dios no lo hubiese promulgado, los hombres se habrían visto obligados a inventarlo. No ha de mirarse como freno de la libertad humana, sino como ciudadela para una vida digna del hombre.

«¡Amarás a Dios sobre todas las cosas!», dice el primer mandamiento. A Dios, es decir, al Dios verdadero. Y aquí aparecen ante nuestros ojos las terribles aberraciones de los holocaustos humanos en que cayó la idolatría pagana.

Jerjes, antes de emprender la guerra contra los griegos, hizo enterrar vivos a nueve jóvenes y a otras tantas muchachas para aplacar a los dioses paganos.

Los hindúes rinden culto todavía hoy a las vacas, serpientes y monos. ¡En qué tinieblas espirituales habríamos de estar también nosotros si no tuviéramos el primer mandamiento de la Ley de Dios!

El segundo mandamiento, al defender la santidad del juramento, asienta la fidelidad y la veracidad humanas.

El tercero asegura al cuerpo el descanso que necesita todo organismo vivo.

El cuarto defiende la autoridad de la familia y del Estado, consolida los cimientos de la convivencia humana, del orden y del progreso.

El quinto protege la vida humana. En China, las madres pueden arrojar a sus hijos, dejarlos abandonados en las esquinas de las calles, y aun matarlos si lo prefieren.

¿Y qué es lo que preserva la sangre pletórica de salud, la sangre limpia, las generaciones fuertes, de los excesos de los instintos corporales? El sexto y el noveno mandamientos.

Y ¿qué es lo que defiende la propiedad legal? El séptimo y el décimo.

Y a ti y a toda la sociedad, ¿quién os protege contra la mentira? El octavo mandamiento.

Por consiguiente, servir a Dios significa ser señor; el Decálogo es, por lo tanto, riqueza, ventaja, bendición del linaje humano.

De puro sublime nos transporta sólo el pensarlo. ¡Qué sería esta pobre y mezquina vida terrenal si todos los hombres cumpliesen con escrupulosa conciencia estos mandamientos! No necesitaríamos más cárceles, ni policía. Ni habría manicomios, ni hogares destruidos. No tendrían que ponerse candados en las puertas, ni sería menester el trabajo de los inspectores en los tranvías. No habría felicidad traicionada, ni inocencia pisoteada, ni ancianos padres abandonados en la miseria, ni artículos difamantes de periódicos... Y no habría más guerras... ¡Oh Dios mío, cuántas cosas cambiarían si los hombres os sirviesen de veras a Vos, gran Señor, si guardasen fielmente los Diez Mandamientos!

No depende de ti el que los otros cumplan la ley o la infrinjan.

Pero sí el que la cumplas tú mismo.

Y de ello depende tu felicidad terrena y eterna.

De esto depende: de que quieras o no servir con cuerpo y alma al Señor supremo.

¿Y los que no quieran? ¿Qué será de ellos?

Les sucederá lo que a los árboles rebeldes.

5. Los árboles rebeldes

Un esbelto álamo, según la profunda parábola de Jörgensen, propuso a los árboles del bosque un pensamiento lleno de orgullo:

–¡Hermanos! –les dijo– bien sabéis que toda la tierra nos pertenece, porque de nosotros dependen los hombres y los animales; sin nosotros no pueden vivir. Somos nosotros los que alimentamos a la vaca, a la oveja, al pájaro, a las abejas; nosotros somos el punto céntrico, todos viven de nosotros, hasta el mismo suelo va formándose de nuestro ramaje podrido... No hay en el mundo sino un solo poder que nos domine: el Sol.

Dícese que de él depende nuestra vida. Pero, hermanos, yo estoy convencido de que esto es sencillamente un cuento, con el que se intenta asustarnos. ¿Que no podemos vivir sin la luz del Sol? Es una antigua leyenda sin fundamento alguno e indigna por completo de la planta moderna y libre de prejuicios...

El álamo hizo una pausa en su discurso. Algunos robles y olmos, ya vetustos, murmuraron en señal de protesta, mas los árboles jóvenes inclinaron sus cabezas con muestras de gran aprobación.

Continuó el álamo con voz más alta:

–Sé muy bien que entre las plantas hay un partido de cabezas cerradas, el grupo de los viejos, que cree en esta rancia superstición. Pero yo confío en el sentido de independencia de la joven

generación; en ésta tengo puestas mis esperanzas. Es necesario que nosotras, las plantas, lleguemos un día a sacudir el yugo del Sol. Entonces, surgirá una generación nueva, una generación libre. ¡Adelante, pues, a la guerra de independencia! ¡Tú, viejo reflector de las alturas, llega el fin de tu poderío!...

Las palabras del álamo se perdieron en los gritos sonoros de asentimiento que de todas partes se levantaron; este entusiasmo juvenil, que se abría paso con fuerza salvaje, ahogó las silenciosas manifestaciones de disentimiento que hicieron los árboles viejos.

–Declaramos la huelga contra el Sol –continuó de nuevo el álamo. Durante el día suspenderemos toda función vital, trasladaremos nuestra vida a la obscura noche... llena de misterios. En la noche queremos crecer, florecer, exhalar nuestros perfumes y dar nuestros frutos. ¡Para nada necesitamos del Sol! ¡Seremos libres! Se clausuró la asamblea.

Al día siguiente, los hombres notaron cosas raras. El Sol brillaba espléndidamente, sus ardorosos rayos se difundían vivificadores desde el cielo; pero las flores, con los cálices obstinadamente cerrados, inclinaban su cabeza hacia el suelo; los árboles dirigían sus hojas hacia la tierra; todos, todos volvían la espalda al Sol. En cambio, al anochecer, los pétalos se entreabrieron, y las corolas, pintadas de todos los colores, irguieron su cuello hacia los pálidos rayos de la luna y la luz débil de las estrellas.

Y así sucedió durante varios días.

¡Pero pronto se vieron cambios extraños en toda la vegetación. El trigo estaba tumbado por el suelo, porque había crecido con dirección al Sol, y ya no había Sol hacia el cual pudiera levantarse. Las flores empezaban a perder su color, sus pétalos se secaban, las hojas adquirían tintes amarillentos. Todo se inclinaba marchito hacia la tierra, como en pleno otoño.

Las plantas entonces empezaron a refunfuñar, motejando al álamo. Pero el cabecilla de la rebelión, él también con las hojas secas, de un color amarillo como el del canario, siguió instigándolas:

–¡Qué tontos sois, hermanos! ¿No veis acaso cuánto más hermosos, más bizarros, más libres, más independientes sois ahora que cuando gemíais bajo el dominio del Sol? ¿Que estáis enfermos? ¡Ja! ¡No es verdad! Os habéis vuelto más finos, más nobles. Habéis adquirido personalidad...

Algunas de las desgraciadas plantas seguían creyendo al álamo, y con labios cada vez más amarillentos, cada vez más marchitos, murmuraban una y otra noche:

–Nos hemos vuelto más finas... Nos hemos vuelto más nobles... Hemos adquirido personalidad.

La mayoría, empero, se declaró contra la huelga en tiempo oportuno, y se volvió al Sol vivificante.

Al llegar la nueva primavera, el álamo, seco, erguía como triste espantajo sus ramas descarnadas en medio del bosque, que rebosaba en pujante fuerza de vida y trinos de pájaros; sus enseñanzas necias se fundieron en el olvido; en torno suyo, las flores enviaban él perfume de su agradecimiento al Sol antiguo, y se inclinaban en homenaje al astro rey copudas y verdes coronas de árboles.

El caso de los árboles rebeldes se repite en la vida de muchos hombres modernos. Creen que dando la espalda a Dios, Sol de las almas, es posible llevar una vida digna del hombre. ¡Cuidado, joven; guarda tu fe!

El mundo de hoy es espantosamente superficial. Cuando empieces a frecuentar la sociedad verás por una parte qué temas tan vacíos, más despreciables, bastan a la juventud de nuestro tiempo para charlar durante horas; y notarás por otra parte qué juicios más despectivos, altaneros e irónicos emiten respecto de las cuestiones más serias de la vida humana.

Te encontrarás con hombres para quienes lo principal es tener la cartera repleta de billetes de Banco para que todos los días puedan comer hasta la saciedad, para que ninguna noche tengan que dejar el teatro, y... ¡para de contar!; para ellos ya no hay nada más.

¡Oh! ¡Cuántos hay de esta clase! ¡De horizonte cerrado, viven apretujados en una jaula, y no son capaces de ver nada!

Entre los pájaros hay gorriones y águilas. ¿Qué necesita el gorrión? Le basta poderse tragar unos miserables gusanos, unos cuantos granos, algunas cerezas, y con esto, ¡qué buche pone, cómo se redondea, qué gordito se vuelve, qué feliz! ¿Qué sabe él, pobre gorrión, de que en el mundo hay también águilas y que las águilas cifran en otras cosas su felicidad?

También entre los hombres los hay que tienen el corazón y el estómago de gorrión. ¿Cuáles son éstos?

Los que, a pesar de toda su riqueza y bienestar, tienen el corazón vacío y el alma árida, estéril, desierta como el erial.

Los que no saben lanzar una mirada a las perspectivas infinitas de la eternidad.

Aquellos cuya alma, ahíta[1] de goces terrenos, se muere de hambre y se seca de sed ardorosa.

Se marchitan y mueren porque volvieron la espalda al sol.

---

[1] Ahitar: Comer hasta padecer indigestión o empacho. *(N. del Ed)*.

6. ¿Qué me importa?

Muy raras veces encontraremos un hombre inteligente que niegue claramente a Dios, que sea abiertamente ateo. Un ateísmo rudo no es «digno», no está en consonancia con una sociedad distinguida.

Por desgracia, encontramos con harta frecuencia hombres que si bien no niegan la religión, tampoco la practican; son indiferentes, despreocupados.

El Dante, en el canto tercero del Infierno, traza un cuadro aterrador de este grupo de condenados. En una perenne intranquilidad, entre amargas quejas y ayes desgarradores, se ven azotadas –escribe el poeta– las almas que en vida no fueron buenas ni malas; están en compañía de aquellos ángeles cobardes, que no se rebelaron contra Dios, pero tampoco se atrevieron a luchar abiertamente por Él.

Es un hecho triste, pero real: no sólo entre hombres adultos encontramos estos espíritus ajados, tristes, que de nada se preocupan, que por nada se interesan, sino también entre los jóvenes.

Conozco jóvenes de esta clase. Muchachos buenos, amables, corteses, diligentes, pero en sus adentros los roe el gusano de la indiferencia religiosa. Preocupado miro su porvenir. Por todo se interesan: leen mucho, además de las materias escolares; son alegres deportistas, bailan bien y tienen el don de gentes, no importa;

temo por su porvenir, porque se muestran sordos e insensibles para la cuestión principal: la religión.

¿Por qué son así? ¿Cómo llegaron a tal estado?

Sería difícil dar una respuesta cabal y exacta.

Este quizás ha leído, sin orden ni tino, toda clase de libros de filosofía o de ciencias naturales, y le han trastornado las tesis filosóficas no digeridas y las aserciones de ciencias naturales que no pudo comprobar.

El alma de aquel otro acaso se ha espantado de la cortedad de tal o cual compañero, tenido en concepto de «creyente», y no quiere ser como él.

Y la mayoría no podría explicar su indiferencia sino por la razón –lamentable, tristísima– de que ve esta indiferencia religiosa en su propio hogar y en toda la sociedad que frecuenta. Por desgracia, el hecho es harto frecuente: el hombre actual se dedica a todo, corre en pos de todo; únicamente huye con prisas y desaliento de las cuestiones principales, las que atañen a la fe. ¿Qué me importa?... Y se encoge de hombros.

Y, sin embargo, joven, contéstame tú mismo a esta pregunta: ¿hay deber más perentorio, más importante que dar una solución definitiva a tales problemas? ¿No depende de esta solución todo el camino que hayas de seguir en esta tierra, la orientación de tu vida, todo el ambiente en que te has de mover?

¡Qué diferencia, qué contrastes más agudos en la vida de dos hombres! El uno no concibe, más allá de los límites de la vida terrena, otra vida más hermosa; el otro espera la vida más allá de la tumba, es decir, allí es donde aguarda la vida verdadera, la vida eterna, la vida perfecta.

Dar una respuesta categórica con la mayor convicción y la mayor prontitud a esta cuestión única, grande, decisiva: he aquí el deber urgente de la edad juvenil. Puedo instruirme con gran diligencia, puedo pulir con todo esmero los tesoros espirituales de

que me dotara la naturaleza; si para mi no existe Dios, toda mi vida será tronchada, incompleta, sin alientos.

Trabajaré cuanto quiera para adquirir ciencia; ¿qué soy sin Dios? Una magnífica dínamo, a la que falta el motor, y por esto no puedo producir la corriente eléctrica.

Me esfuerzo en formar mi carácter; ¿qué soy sin Dios? marco dorado y bello, al cual le falta el cuadro.

Cultivo mi voluntad; ¿qué soy sin Dios? Una radio de seis lámparas, que he construido, con sus piezas más diminutas, según un sistema ideal; mas que no deja oír la música, porque me he descuidado en empalmarla, mediante antenas, con las energías que flotan en las alturas.

¿Para qué sirve la lámpara eléctrica de más potencia si no está empalmada en la corriente? Y ¿qué vale la vida terrena, la más brillante según las apariencias, si no está en contacto con Dios, centro vivificador de todo espíritu creado?

«Mundo sin Sol, noche sin estrellas, cuerpo sin vida, peregrino sin meta, hombre sin patria, huérfano de padre y madre, corazón sin felicidad; esto es el alma sin Dios».

7. La maldición de la incredulidad

El hombre incrédulo tiene la inteligencia y la voluntad condenadas a sufrir. En torno suyo ve el gran mundo, lleno de bellezas admirables e inagotables; y para explicarlo no puede, según sus principios, recurrir a un Creador y Conservador. ¡Cuántos gestos nobles y buenos, cuántas decisiones de empuje brioso, cuánto amor caritativo hay en torno suyo!, ¡y a él no le es dado creer en Dios remunerador!

Un asesino, con las manos tintas en sangre de varios crímenes, huye al extranjero, vive en posición desahogada y muere. El incrédulo piensa que no hay diferencia entre la suerte de tal bandido y la del hombre de carácter, la del hombre perseverante y honrado. Para el incrédulo, el que se niega a sí mismo, el que tiene una voluntad firme, el que es fiel a su deber hasta la tumba, se engaña; y en cambio el que recurre con habilidad a mañas arteras, el que con fraude y engaño logra ventajas para sí, éste es listo, según el incrédulo, y sirve para la vida.

Hay horas y días en la vida del hombre en que saciado huye del deleite, todo el orbe no es para él otra cosa que una despreciable bola de barro; y la vida, una tortura indecible. Una tremenda desilusión atormenta en estos trances al alma, que siente los zarpazos de una amargura indescriptible. Una relajación mortal se apo-

dera de ella, van y vienen recuerdos y caprichos excitados, la pobre alma se siente desfallecer. Quisiera gozar, pero ya no puede; buscó la felicidad y no pudo hallarla. ¿Para qué estoy en este mundo? –se pregunta entonces a sí mismo el desdichado–. ¿A quién le importa el que yo haya salido de la nada y ahora esté aquí? ¿Qué sucedería si ahora, en este momento, con una bala de revólver pusiera punto final a esta vida de miserias?

Lo concedo; la vida sin Dios es inaguantable. Lo escribe también Bismarck: «No comprendo cómo el hombre, que tanto medita sobre sí mismo, y en cambio nada quiere saber de Dios, es capaz de resistir la vida tan llena de despecho y de tedio»[2].

El que no admite la existencia de Dios no puede tener ideales, alegrías de corazón, esperanza, fuerza en el sufrimiento; este tal nada posee, le quedan tan sólo los deseos sensuales y los goces de los sentidos, lo mismo, lo mismo precisamente que al animal. Y el pueblo que llegase a perder la fe en Dios, perdería al par sus ideales, las fuentes de energías que le instigan al trabajo, los fundamentos mismos de su razón de ser.

---

[2] *Brief Bismarcks an seine Frau,* 1851.

8. ¿Felicidad sin Dios?

Un día u otro te lo enseñará la vida; pero mientras tanto, cree lo que te digo ahora: para el hombre no hay felicidad verdadera sin fe y esperanza en Dios, sin amor de Dios, porque el alma humana fue creada para Dios y el corazón está intranquilo mientras no descansa en Dios.

El alma humana no encuentra reposo fuera de Dios.

Todo lo que hay en este mundo sigue su propia naturaleza. La estrella no puede pararse; la fuerza de la atracción la mueve. El oxígeno y el hidrógeno no pueden combinarse sino conforme a las leyes químicas. No arde el fuego sino lanzando llamas hacia arriba. La piedra no se mueve por su propio peso más que hacia abajo.

Pruébalo tú mismo y lo verás: introduce aceite en el fondo del agua; es inútil, el aceite subirá a la superficie. Echa agua encima del aceite; en vano, el agua se irá al fondo. Todo siente los impulsos de su propia naturaleza; se agita, busca su lugar; cuando lo encuentra, allí descansa.

Prueba también a arrancar el alma de Dios; se pone intranquila, se agita, llora, busca, hasta que encuentra de nuevo a su Dios.

Lenau, una vez perdida la fe, no sabe dónde encontrar palabras para describir la aridez del alma que volvió la espalda a Dios. El mundo es para él como una ciudad muerta, llenas de obscuridad

sus calles, y él ha de andar a tientas. De cada ventana le muestran su rictus[3] terrible la muerte y la destrucción. Dice el poeta:

Und all des Herzens fromme Lust verlor ich,
Sein ich des Glaubens treue Spur verliesz.

«Y he perdido por completo la suave alegría de mi corazón en el momento en que abandoné el camino seguro de la fe».

En otra ocasión escribe:

Oh, glücklich, wenn die bose Stunde,
Die seines Glaubens ihn beraubt,
Gleich drauf verscharrt im Grábesgrunde.

«¡Oh!, feliz el hombre si la hora mala que le robó la fe le entierra enseguida en la profundidad de la tumba».

Muchos jóvenes titubean en sus creencias al oír o leer que tal hombre ilustre, que tal sabio famoso, era incrédulo. Y, sin embargo, cuál fuese el motivo de su incredulidad, su inteligencia o su corazón, su ciencia o más bien su manera de vivir contraria a los preceptos morales de Dios, no podemos fallarlo con precisión, pero sí podemos barruntarlo[4]. La causa de la incredulidad, en la mayoría de los casos, es el corazón corrompido, y no la inteligencia cultivada; es la abundancia de crímenes, y no la gran sabiduría.

La luz brillante de la fe tan sólo puede arder en un aire puro; donde el aire mortal es corrompido, sofocante, la fe empieza a brillar sólo con mortecino parpadeo; después decrece, y finalmente, se extingue por completo.

Podría compilarse un libro muy interesante con los datos que nos ofrece la Historia sobre el modo como muchos de los incrédulos y ateos cambiaron de parecer a la hora en que no era fácil fingir: en la hora de la muerte.

---

[3] *Rictus, (Del lat. rictus, boca entreabierta): Aspecto fijo o transitorio del rostro al que se atribuye la manifestación de un determinado estado de ánimo. (N. del Ed.).*
[4] *Barruntar: Prever, conjeturar o presentir por alguna señal o indicio. (N. del Ed.).*

No sé si conoces el nombre de Arturo Schopenhauer, el filósofo alemán (1788-1860), que durante su vida combatió obstinadamente al Cristianismo. En medio de los terribles dolores de la enfermedad, suspiró muchas veces: *«Mein Gott, o mein Gott!»*. «¡Dios mío, oh Dios mío!» El médico le preguntó con admiración: «¿De suerte que hay Dios hasta para el filósofo?». El enfermo le respondió: «La filosofía sin Dios nada vale en el sufrimiento; si de nuevo me pongo bien, cambiaré por completo». Schopenhauer sanó, pero olvidó lo que había prometido; y al caer otra vez enfermo y oír al médico, que le recordaba su promesa, gritó fuera de sí: «Deje estas cosas de espanto, estas tonterías sólo sirven para los niños; el filósofo no necesita de Cristo». La misma noche murió de repente el desgraciado...

Heine, que tanto odiaba la religión, escribió a su hermano unos años antes de morir: «Atrevido, erguí mi frente contra el cielo..., y por tal motivo estoy yaciendo ahora en tierra, como el gusano pisoteado. Gloria y honor a Dios en las alturas. Tu pobre hermano, Enrique».

El mismo Heine, que en sus poesías cantó «el cuerpo, única fuente de felicidad», escribe de esta manera en su testamento: «Hace cuatro años que abdiqué del orgullo filosófico y volví a las ideas religiosas, al Dios uno. Muero con la fe en el Creador del mundo, cuya misericordia humildemente imploro».

También Nietzsche, el atrevido blasfemo, enloquecido al final de su vida, sintió un día la espantosa melancolía de su árida existencia. «¡Ah!, ¿a dónde ir aún con mis deseos?... Desde las cimas de todas las montañas busco la casa paterna... Pero no he encontrado hogar en ninguna parte... ¿Dónde está mi hogar? Lo pregunto, lo busco y lo he buscado. Pero no lo he hallado. ¡Oh eterno POR DOQUIERA, oh eterno EN NINGUNA PARTE, oh eterno EN VANO!».

No hace mucho tiempo que murió en Francia el que acaso descuelle en todos los tiempos por las burlas groseras que dirigió a la religión, el novelista Anotole France. No escribió casi nada que

no fuese un dardo contra la religión y la moral. Acumuló gran fortuna gracias a sus libros. Tenía todo lo que podía desear. Y, no obstante, este profeta de deseos de goces ilimitados, según lo anotan sus biógrafos, estaba de mal humor y descontento continuamente. Su secretario, Bruisson, cuenta que Anatole France dijo a uno de sus amigos: «Si pudieras echar una mirada en mi corazón, te espantarías. No creo que pueda haber en el mundo hombre más desgraciado que yo. Hay muchos que envidian mi suerte; sin embargo, yo nunca he sabido en qué consiste la felicidad, no lo supe ni un solo día, ni un solo minuto».

Ved, pues, como los polluelos abren sus picos amarillos para la comida, así el alma que se debate llama al Dios que ha perdido; porque «abandonar a Dios es perderse».

9. «Abandonar a Dios es perderse»

Antes de la guerra mundial tenían los franceses un escritor fanáticamente ateo: Enrique Lavedan. Nadie como él sabía mofarse de Dios y de la religión. Cuando estalló la guerra el año 1914 y también él tuvo que alistarse, en una emocionante confesión pública dirigida al pueblo francés, revocó su irónica incredulidad.

«Me reía de la fe –escribe– y me juzgaba sabio a mí mismo... Me engañaba, y también os engañaba a vosotros, que habéis leído mis libros y habéis cantado mis poesías. Era engaño, embriaguez, sueño vano. Abandonar a Dios es perderse. No sé si aun viviré mañana. Pero he de decir a mis amigos: Lavedan no se atreve a morir como ateo. Alma mía, regocíjate, porque he podido llegar a la hora en que hincado de rodillas sé pronunciar: ¡Creo en Dios, creo, creo!».

Es impresionante el caso de Voltaire, el guerrillero mayor del ateísmo. Dedicó casi toda la vida a pisotear la religión cristiana y su moral. Su divisa era: *Ecrasez l'infâme!* «¡Aplastad al infame!», es decir, a Cristo y su Iglesia. Son innumerables los lectores que debido a sus libros fueron incrédulos e inmorales. Con derecho es llamado «el padre de la incredulidad». Y este ateo enfurecido, al sentirse gravemente enfermo, pidió un sacerdote y quiso confesarse. Antes de la absolución, en un escrito firmado ante dos testigos

revocó públicamente las calumnias que había propagado contra la Iglesia y la religión, y expresó su esperanza en el perdón de Dios.

Mas no murió entonces. Recobradas algún tanto las fuerzas, fue al teatro, donde se representaba una de sus obras. Allí le recibieron con grandes ovaciones. Colocaron su estatua en el escenario y la cubrieron de flores y coronas; al final, uno de los actores ciñó con corona de laurel la frente de Voltaire en persona. Esta velada fue un golpe mortal para la enmienda; en medio de una sociedad incrédula volvió a sus extravíos y fue lo que había sido antes de la enfermedad: un ateo que hace befa[5] de las cosas santas.

Al enfermar de nuevo gravemente, pide otra vez un sacerdote. Pero sus amigos incrédulos que rodean su lecho de dolor no quieren hablar siquiera de semejante demanda. Voltaire suplica, implora compasión; pero en vano. Entonces, fuera de sí mismo, grita desesperado: «Una mano me agarra y me lleva ante el tribunal de Dios... Aquí está el diablo y quiere llevarme... Veo el infierno; ¡ay!, ¡escondedme!». Uno de los asistentes salió corriendo del cuarto: «¡No –decía– no hay manera de presenciarlo!». En el último momento, sus amigos llegaron a consentir que entrara el sacerdote; pero entonces la lucha mortal ya tocaba a su fin, el enfermo deliraba. No recobró sus sentidos.

Ahí tenéis el fin del «padre de la incredulidad». La enfermera que había asistido a Voltaire se cuidó bien en adelante de informarse previamente si el enfermo era creyente o no. «Estuve a la cabecera del lecho de Voltaire en su agonía –decía– y no quiero presenciar la muerte de otro incrédulo».

Porque «abandonar a Dios es perderse». Lo que hacemos contra Dios, lo hacemos contra la humanidad; lo que hacemos sin Dios es cosa vana y perecedera; únicamente lo que hacemos por Dios es estable, perenne, eficaz.

---

[5] *Befa, (voz onomat.) Expresión de desprecio grosera e insultante. (N. del Ed.).*

10. El mundo sin Dios

Quitemos a Dios del mundo, y ¿qué es lo que queda? Una vida terrible, que en sí misma y en miles de pormenores es una flagrante contradicción; una existencia por la cual circula el veneno del dolor y del sufrimiento, y en cuyo término lanza su terrible carcajada de horror la muerte.

Tiene razón Schiller: *Alies wanket, wo der Glaube fehlt!* «Todo tambalea donde falta la fe». Plutarco: «Más fácil sería construir un castillo de arena en el aire, que fundar una sociedad sin la creencia en la divinidad».

Cuanto más aprendas, joven mío, tanto más agobiante se te presentará la insignificancia espantosa de toda existencia terrena, de tu vida, de tu propia pequeñez; pero tu alma se sentirá invadida de una admirable calma si piensas en el Dios eterno. La religión, y sólo ella, puede explicar todos los problemas de la vida. Porque si la vida no es más que un estado de preparación, y como tal no tiene por fin hundirnos por entero en los placeres, sino educar nuestra alma para su fin eterno y sublime; si nuestra vida terrena no es sino un prólogo del libro, y el libro «sale de la imprenta» al terminarse nuestra existencia terrena, entonces hay que vencer –y sólo por tales motivos podremos conseguirlo– en todas las luchas y tentaciones de acá abajo.

Conoces –¿no es cierto?– el *Fausto*, de Goethe. Es la personificación de la lucha eterna que el hombre sostiene contra el mal y

del anhelo que siente por el bien; todo lo prueba el protagonista; pero el poeta no halla otra solución satisfactoria que la fe en un Dios remunerador y justiciero y en la eternidad. La Divina Comedia, del Dante; la *Missa Solemnis*, de Beethoven; el *Requiem*, de Mozart; la *Creación*, de Haydn; el *Parsifal*, de Wagner; las obras de Bach, Liszt, Brahms, etc., de las cuales se escapa, con la fuerza de una sed devoradora, el afán de quien busca a Dios... todas, todas estas obras no hacen sino corroborar la aserción de Tertuliano, padre de la Iglesia, en el siglo III: «El alma es naturalmente cristiana» (*Anima naturaliter Christiana*).

En vano cubrirás de tierra la antorcha ardiente. «Todo hombre está hambriento de Dios», dice ya Homero en la Odisea.

Aunque no hayas frecuentado mucho lo que suele llamarse «vida moderna», habrá habido ya momentos en que te viste obligado a mirar frente a frente sus terribles problemas. A medida que vayas avanzando en años, verás cada vez más clara la cruel realidad: cuanto más progresa en el desarrollo técnico e industrial la humanidad, cuanto más refinados son sus placeres, tanto menos podemos saciar con estas cosas de la tierra la sed de nuestra alma, creada para fines más altos.

El alma humana anhela a Dios, y por más que queramos colmar este deseo con las maravillas de la civilización moderna, con auto, teatro, radio, diversiones, en los momentos solemnes del silencioso y solitario recogimiento grita y solloza en nosotros la nostalgia del alma que busca a Dios.

No se puede borrar del mundo a Dios.

Es interesante el caso de algunos escritores incrédulos; cuanto más descreídos son, tanto más frecuentemente hablan de Dios. No parece sino que el incrédulo ha de hablar mucho a los otros contra Dios, porque le habla a él de Dios su propia alma. Quiere pasarle en silencio, y justamente por esto habla tanto de Él.

El que tanto conocía a los hombres, Jeremías Gotthelf (1798-1854), escribió en cierta ocasión: «Es increíble cuánto influye en el

ánimo el que no nos sonría más la luz de las alturas, el que no nos conforte más el pan del cielo cuando nos ahogan las espinas y los abrojos de la vida.

Imagínate un abrupto precipicio al que no llegan los rayos del sol, en que la nube nunca se disipa; y piensa también en la vida terrible que habrías de soportar si te desterraran a este lugar y hubieras de pasar tus días en la niebla, entre insectos venenosos, sin sol, y ni siquiera te fuera permitido trepar hasta el borde del precipicio para respirar un solo momento el aire sano.

Algo análogo sucede si el espíritu del Señor no flota sobre las aguas, si la palabra de las alturas cesa de ser nuestro sol, que rasgaría la niebla, en cuyo sombrío seno trepan y se procrean las razas de espíritus tenebrosos».

Lo que es el rayo de sol para la vida de la naturaleza, esto es para la vida del alma la Luz Eterna, Dios. Los hombres con frecuencia son víctimas del orgullo, y quieren erguirse en propia divinidad, en propia luz vivificadora, olvidando que todo lo que hay en ellos de luz, esplendor, inteligencia, ciencia, bondad, lo han recibido. En el alma de todos los hombres arde el deseo de un mundo mejor, más noble, más ideal. Y el deseo que arde en todas las almas ¿puede carecer de objetivo? El esfuerzo ¿puede ser vano? ¡No! Tiene que haber una perfección acabada, absoluta: ha de existir Dios.

No olvides, por lo tanto, amado hijo, que tu alma joven madurará con frutos tanto más valiosos cuanto más la hayas empapado del pensamiento sublime de un Dios eterno, infinitamente poderoso, que al mismo tiempo te ama infinitamente, porque es misericordioso, de bondad sin límites.

Muchos son, especialmente en los años de la juventud, los que intentan construir la propia felicidad descartando a Dios. Abrúmaseme el alma cuando me encuentro con jóvenes que, llamados a altos destinos, intentan neciamente orientar su vida prescindiendo de Dios. Verdad es que más tarde, en los años reposados de la

madurez, son muchos los que vuelven al ideal que rechazaron; pero por desgracia el recuerdo de la juventud malgastada acompaña, a guisa[6] de triste sombra, toda su vida.

Lee si no las confesiones de Goethe, el poeta de vida espléndida y desahogada, recibido con homenaje por todas partes, hechas en los años de la vejez: «Siempre me alabaron como a quien le favorece de una manera especial la fortuna; no quiero quejarme, no critico el curso de mi vida. Y, sin embargo, no ha sido ésta más que fatiga y trabajo, y puedo decir que durante mis setenta y cinco años no he sido feliz ni siquiera cuatro semanas»[7].

Los árabes tienen una magnífica leyenda relativa al sollozo del Sahara. Cuando en noche tranquila y estrellada una suave brisa recorre el inmenso desierto y hace chocar miríadas de pequeños granos de arena, produce el efecto de un gemido doloroso exhalado por una gigantesca fiera herida de muerte. «¿Lo oís? –dice el guía a la caravana– ¡el desierto llora! Se queja de haber sido trocado en árido desierto; llora por los jardines florecientes, las mieses undosas, los frutos sonrientes de que estaba cargado un día, antes de quemarse, antes de convertirse en desierto».

¡Joven mío! Almas áridas, almas de desierto son también los hombres incrédulos. Puede ser que en el exterior intenten fingir que todo está en orden. Pero cuando en el silencio de la noche, entregados a sus pensamientos, están sentados al borde del lecho, solloza en ellos el alma árida y desierta por la incredulidad, y llora por las flores marchitas, por las alegrías muertas, que se han perdido sin esperanza.

¿Cómo lo expresa el poeta?

Ohne Gott–ankerlosz,
Auser Gott–arm un blosz,

---

[6] *Guisa: Modo, manera o semejanza de algo. (N. del Ed.).*
[7] Eckermann, *Gespräche mit Goethe,* 1827, Jan. 27.

In Gott–reich und grosz

Schubert.

«Una vida sin Dios es un buque sin timón; una vida fuera de Dios es una vida mísera y vana; una vida en Dios es una vida rica y sublime».

11. Patriotismo sin Dios.

Quiero hacerte una pregunta: El hombre sin religión, el hombre incrédulo, ¿puede ser buen patriota? ¿Puede amar su patria terrena el que es infiel a la patria eterna? ¿Puede subordinar sus intereses egoístas a los santos intereses de la patria quien no apercibe su alma contra las tentaciones con el santo ideal de la patria eterna?

Lo digo sin vacilar: ¡no!

El hombre incrédulo, el hombre sin fe, no puede ser ciudadano útil a su propia patria; en cambio, el joven creyente es el sostén más fuerte de la patria terrena.

Sí; tocar el tambor mayor, llevar el estandarte, gritar «¡Viva!», hasta enronquecer; todo esto puede hacerlo el que no tiene religión.

Pero hacer pequeños sacrificios en el cumplimiento monótono de los deberes cotidianos, y hacer sacrificios heroicos en los tiempos críticos, esto tan sólo es capaz de hacerlo un espíritu religioso.

Grandes banquetes, discursos de dos horas, luces de bengala y artículos de fondo, no aprovechan mucho a la causa de la patria; tal «amor a la patria» no es de gran precio.

La vida orientada por la religión y el amor verdadero a la patria te exigen que trabajes con perseverancia, juntando el día con la noche, que trabajes hasta el cansancio y que seas honra-

do, fiel en todas tus obras, en todas tus palabras, aun en los pasos más insignificantes.

Observa si no en qué consiste el verdadero amor a la patria.

¿En tener apego a la casa «en que nacimos y en que el aya[8] canturreaba canciones de cuna junto a nosotros»? Sí; esto es amor a la patria, pero no basta.

¿Consistirá tal vez en amar el pueblo en que vimos la luz primera, la nación a que pertenecemos, el país que llamamos nuestro? También. Pero tampoco esto es amor perfecto a la patria.

¿En qué consiste, pues, este amor perfecto y acabado?

No ha de ser tan sólo un sentimiento, sino que ha de traducirse también en obras. He de hacer un esfuerzo santo y un trabajo sin desmayos para que sean respetados por todas partes mi patria, mi pueblo, mi raza.

Amo de veras a mi patria si trabajo de suerte que nuestros productos patrios sean los primeros en el mundo: excelentes, precisos merecedores de confianza; si procuro que la ciencia patria se levante a grandes alturas y alcance la estima del mundo entero; si contribuyo a que la juventud de mi patria sea una juventud de carácter, de moral pura, que sepa cumplir su deber; si influyo en que la fe de mi pueblo sea firme como las montañas gigantescas que yerguen sus cabezas en las nubes, y su moral brillante y pura como el ojo de los niños.

Este es, amado joven, el verdadero amor a la patria, éste es el auténtico patriotismo, que brota de un suelo religioso, que es capaz de lanzar un pueblo a las alturas, sin que por esto haya de humillar o afrentar a otros pueblos. Este amor a la patria no degenera en ciega idolatría de lo propio, no quiere aniquilar a otras naciones. Ama a su propia raza, pero no odia a los pueblos extranjeros, porque sabe que todos somos hijos de un mismo Padre.

---

[8] *Ayo, es la persona encargada de educar y criar a los niños en las casas de alta alcurnia. (N. del Ed.).*

Con frecuencia se repite la objeción de que el catolicismo descuida el trabajo terreno, este mundo, porque siempre habla del otro y nos instiga a salvar nuestras almas para el más allá. ¡Qué errónea es esta manera de pensar!

«Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios»[9]. Estas palabras, de un valor perenne, pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo, muestran a las claras la fuente de que se alimenta el recto amor a la patria: la vida eterna, el pensamiento de la patria eterna es la mejor garantía del verdadero patriotismo.

En mi viaje a los Estados Unidos palpé esta verdad. Entre el millón de húngaros que allí viven, los que aman aún a su antigua patria y están orgullosos de ella, son todos creyentes. ¡Ah!, los hermanos que emigraron hace veinte o treinta años ¡cómo lloraban cuando en las iglesias de Chicago, Eeast Chicago, Búffalo, Flint, Bridgeport, oyeron de mis labios el sermón en nuestra amada lengua! ¡Y qué pena imprime ver que los húngaros de ciertas ciudades americanas no organizadas religiosamente reniegan de su antigua patria y hasta la difaman!

Recordemos unos datos: en 1919, en los días de triste memoria del comunismo, ¿quiénes fueron los que traicionaron y tiñeron de rojo e hicieron arder a la pobre patria húngara?[10]. ¿No lo fueron

---

[9] Mt 22, 21; Mc 12, 17; Lc 20, 25.

[10] Creemos conveniente repetir aquí la nota que pusimos en otro libro de juventud de monseñor TÓTH, *El joven de carácter*.

La República comunista de Hungría empezó el 21 de marzo de 1919 y duró hasta 1° de agosto del mismo año, en que el almirante Nicolás Horty se apoderó del Gobierno.

La revolución trastornó toda la vida de la nación. El Poder fue acaparado poco a poco por los socialistas, de suerte que la República del pueblo no era otra cosa que una República socialista. Los socialistas se unieron con los *comunistas* y *bolcheviques* que en tropel volvían de Rusia, y todos juntos, como por sorpresa, establecieron la República soviética según el molde ruso. La historia de esta República se podría escribir con letras de sangre, pues no es otra cosa que una serie de atrocidades y crímenes sin interrupción. El pueblo húngaro, reaccionando contra la fuerza opresora, supo librarse por fin del yugo bolchevique. El «Reino de San Esteban», que durante siglos sirvió de baluarte a la Europa cristiana contra las invasiones turcas, adquirió nuevos títulos para la gratitud de nuestro continente, poniendo dique, (que en sentido figurado significa poner un barrera

acaso los que no respetan como santo ni el ideal de la vida eterna, ni el de la patria eterna, es decir, los incrédulos, los que no tenían religión? Y en aquellos días negros, cuando no era lícito ser húngaro y el canto del himno nacional se castigaba con el patíbulo, ¿dónde se atrevieron las almas amargadas a cantar nuestra plegaria nacional? ¡En el templo católico!

La religiosidad y el amor a la patria son hermanos, del mismo modo que lo son también la incredulidad y la traición a la patria. Mira en torno tuyo: ¿dónde se esparcen las ideas irreligiosas y ateas con más facilidad? Entre los obreros de las fábricas, venidos de todas las partes del mundo, despegados de toda tradición y amor a la patria. En cambio, el pueblo que ama a su patria y su tierra natal, no ofrece terreno propicio a la propaganda impía.

El hombre cuya religiosidad se debilita, no querrá ya tanto a su patria; el que traiciona a la patria está ya en trance de perder la religiosidad.

---

al avance de algo perjudicial), a costa de grandes sacrificios a la avalancha roja, que, amenazadora, empezaba su ruta desde Rusia. (N. del T.).

12. De la fe del niño a la fe del joven

Si este libro llega a manos de un joven naufragado en su fe le pido una sola cosa: que medite con detención qué perdió con su fe y qué ganó con su incredulidad.

Recuerda, joven mío, los tiempos en que eras un niño de fe viva... ¡Oh!, ¡no te asustes! Pongo a tu lado, joven de diecisiete o dieciocho años, no a un extraño, sino a ti mismo cuando frisabas en los siete u ocho.

¡Extraño encuentro!

Aquel niño de grandes ojos, vestido de marinero, te mira espantado a ti, joven vigoroso, en cuyos labios empieza a sombrear un bigote. Y sin embargo, aquel niño has sido tú... ¡Y qué feliz!

Recuerda... Entre blancas almohadas, al despertarte por la mañana, y despierto ya en blanda cama, empezabas con alma virginal a rezar tus oraciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... ¡Qué alegrías rebosabas durante todo el día! El calor de este rezo matutino, confiado y vivo, acompañaba tus pasos... y al besar a tus padres después de la oración de la noche, «Buenas noches –decías– mamá», y te dormías ¡con cara tan sonriente! Recuérdalo... ¡recuerda cuan feliz eras!

Pero un día...

Pero un día leíste un libro, acaso hablaste con un muchacho frívolo, o quién sabe por qué, un día se presentó a tu razón, que estaba en vías de desarrollo, este pensamiento: «Pero ¿de veras son las cosas como yo las creo? ¿Mi fe corresponde a una realidad?...».

Primero asomó con timidez la duda; asustado, le cerraste las puertas.

¡En vano! Volvió una y otra vez, y ya fue más vibrante su voz. Te esperaban meses amargos. Se entabló una lucha de muerte entre la fe y la incredulidad; el escenario de los rudos combates era tu pobre alma.

–¡Vete, vete tranquila, fe religiosa! Ya no hay lugar para ti en esta alma. En los años de la niñez tenía una fe firme. Pero ahora el joven que sube no puede ser ya tuyo. ¡Lo que él quiere es vivir, gozar! ¡Ya es un muchacho crecido! Son muchas las cosas que le están permitidas.

Así hablaba la incredulidad. La fe intentó resistir:

–¡No me voy! ¿No he sido yo hasta aquí toda su vida, su alegría, su felicidad? Gracias a mí, porque su fe no se vio jamás turbada, brillaba el fuego en sus ojos, reinaba en su alma la paz, toda su vida rebosaba de alegría.

Y volviéndose después al joven, continuaba:

–Yo he sido hasta ahora tu fortaleza, la fuente de tus energías; no me abandones.

La interrumpió la incredulidad:

–Yo seré para ti la valentía, te enseñaré el camino que has de pisar, ayudaré a tu madurez; ven conmigo...

¿Verdad, verdad que fue así? ¿Y qué era aquello? ¿Incredulidad? ¡No! Es que la fe del niño empezaba a transformarse en ti, a madurar para trocarse en fe del joven. Pero ¡cuidado, cuidado! ¡Que mientras se transforma tu fe no la pierdas! Que el fuego ardoroso de tus pasiones, que empiezan a despertarse, y a pedir

cada vez con más ansia, no la queme. En los años de prueba, cuando la fe del niño va madurando en ti para ser fe del joven, repite con amor suplicante y humilde: «¡Oh Señor!, yo creo: ayuda Tú mi incredulidad»[11].

[11] Mc 9, 23.

13. De la fe del joven a la fe del hombre

Podría darse el caso –ojalá fuera éste el de la mayoría de los jóvenes– que tú no sufrieras esta crisis, que tu fe resistiera sin grandes trastornos a las tempestades de los años de pubertad y pudieras desenvolver tu fe de niño –¡tu gran tesoro!– y sin herirla la convirtieras en la fe del joven. Así y todo, por desgracia, no estás libre aún de todo peligro. Te espera una gran prueba. Y es el tránsito de la fe del joven a la fe del hombre ya maduro.

He de insistir en este punto, porque los años universitarios han despojado a muchos jóvenes de su fe, de la fe que habían salvado incólume, no obstante las tentaciones que se agolpan en el período de la segunda enseñanza.

Al salir a la vida, el primer dato que te ofrecerá la experiencia es que la religión queda postergada a un nivel de décima fila para muchos de tus compañeros y para muchos hombres ya maduros, si es que no se ha marchitado por completo. Verás a cada paso con qué facilidad toman, por desgracia, algunos jóvenes la senda de la incredulidad en los años inexpertos de la juventud; pero no podrás ver cómo muchos vuelven, con la cabeza encanecida y amargada el alma por la experiencia, al ideal de que habían renegado.

¡Y es así! Kant, el filósofo alemán, que durante su juventud nada quería saber de Dios, ni del libre albedrío, ni de la inmortalidad, al fin se ve constreñido a declararlos postulados imprescindibles. Virchow y Raimundo du Bois, antes cabecillas de la teoría materialista, más tarde le vuelven las espaldas. Behr, Wundt y otros sabios de gran renombre, en la edad madura, tachan de pecaminosos y necios los propios escritos de años anteriores, que pregonaban el materialismo.

Los estudios universitarios abren de continuo a tus ojos nuevos horizontes; una nueva luz se proyecta sobre tu saber antiguo; tan sólo en tus conocimientos religiosos es donde hay detención, ya que entre las asignaturas de la Universidad no figura la religión. ¡Y si no fuera más que una parada! Pero vas olvidando día a día tus antiguos conocimientos de religión, mientras progresas a pasos de gigante en las demás ciencias. Y muy fácilmente se cumplen en el hombre que no estudia de cerca su religión las palabras de Pascal: «La religión es algo tan sublime, que los que no se toman la molestia de trabar conocimientos más íntimos con ella, bien merecen ser excluidos de sus dominios».

Por otra parte, las asignaturas universitarias pueden ser causa de trastornos espirituales. No aludo ahora a que tengas que escuchar manifestaciones que abiertamente zahieren la religión. Prescindiendo de este caso, te encontrarás con un sinnúmero de dificultades. Oirás hablar todos los días de ideas que tachan de inútil la religión, que enfocan la vida con un criterio que no puede engastar en tus creencias.

Otro peligro: el vicio contagioso de la capital asedia el incauto joven. Ves muchedumbres que tienen por único fin de la vida ir a caza de placeres... «Comamos y bebamos, porque mañana moriremos»[12], he aquí su divisa.

«¡Tu religión te prescribe una vida pura, abnegada! ¡Tonterías! ¡No se puede negar el derecho de la naturaleza!», te gritan al oído.

---

[12] Is 22, 13.

Y esto en los años críticos, en que las pasiones golpean con más osadía a las puertas de tu corazón.

En el año 1374, la peste devastaba a Italia. No podemos leer sin emoción el relato de aquellos tristes sucesos:

«Por todas partes se veían caras lívidas –leemos en un libro antiguo– en las casas en que antes resonara la risa sonora de alegres niños, reinaba un silencio de muerte. Sólo se oía el rodar de los coches fúnebres, yendo de casa en casa para llevar al cementerio las víctimas de aquel día. Hasta en el mismo cementerio el contagio hirió muchas veces al sacerdote y a los sepultureros; al ir a enterrar a los muertos, caían ellos mismos en la tumba cavada para otro. Los hombres, temerosos del contagio, no querían convivir unos con otros; evitaban mutuamente el encontrarse. En medio de las ciudades, por las calles y plazas, caían los hombres como caen del árbol las manzanas maduras. Hubo calles en que no quedó vivo un solo hombre para contestar cuando el coche fúnebre se paraba a la puerta y el cochero preguntaba si había difunto en la casa. Los tribunales se cerraron; nadie se preocupaba de la ley...». ¡Espantoso!

¡Ah!, ¡y qué peste ataca también hoy a las grandes ciudades! Si tuvieran que sepultarse todos los que tienen el alma contagiada, ¡en cuántas casas se habría de parar el coche mortuorio para llevarse al cementerio jóvenes que perdieron la inocencia! ¡Cuántas almas de jóvenes caen diariamente y mueren en medio de la ciudad, en el cine, ante el escaparate de una librería, ante un anuncio, en los cafés y bares! No hay más que una diferencia entre nosotros y las víctimas de aquella antigua peste: los hombres de hoy no temen el contagio, no huyen de él corriendo; todo lo contrario: ¡pagan para poder penetrar en los lugares llenos de bacilos[13]!

¿Habrá de sorprendernos si en medio de tantas tentaciones exteriores e interiores la antigua y firme fe de muchos jóvenes empieza a vacilar? ¿Ha de causarnos admiración si hasta un joven

[13] *Bacterias (N. del Ed.).*

formal dice para sus adentros: «Lo que me explicaban en el colegio mis buenos maestros tocante a la fe, a la religión, a la vida pura, a la moral, era por cierto muy hermoso y bueno entonces; pero ahora es una idea exagerada y unilateral de la vida; entonces yo no conocía lo que es vivir, ni mi derecho a gozar. Y hasta llego a pensar que la Iglesia Católica no conoce cual cumple la vida moderna. ¡Sus leyes, sus prescripciones, sus prohibiciones son tan extrañas, tan anticuadas...!».

Joven, cuidado, ¡guarda tu fe! Son las horas más difíciles, las horas en que tales tentaciones levantan su voz en tu interior. Horas obscuras en que muchos perdieron todo su haber.

¿Sabes quién pierde todo su caudal?

Quien perdió toda la fortuna perdió mucho; quien perdió una pierna perdió aún más; quien perdió su fe lo perdió todo.

Medita el ejemplo típico del Fausto de Goethe. Fausto pierde la fe; ¿qué hacer, pues?

Primero se entrega a los placeres más desenfrenados e inmorales. ¿Es feliz acaso? ¡Oh!, no. Reproches interiores le roen, un remordimiento amargo le atormenta a cada momento. ¿Qué ha de hacer?

Se entrega por completo a trabajos científicos y artísticos. ¿Es feliz? No. Su alma no puede saciarse. Entonces se lanza a la actividad febril de la época moderna: hace planes, emprende obras, trabaja, crea sin cesar y en esto quiere encontrar su tranquilidad, lo mismo que muchos hombres de hoy día, que no saben cuan necesaria es hasta a la fuerza de actividad y al trabajo una vida sinceramente religiosa.

No podemos menos de reconocer la verdad encerrada en estas palabras de Paulsen: «La religión pertenece a la función normal de la naturaleza humana; su ausencia, tanto en la vida individual como en la social, siempre es señal de algún trastorno».

Escucha cómo en momentos de sinceridad abre su pecho un poeta francés que naufragó en la fe, y deja escapar estos acentos de amargura:

«Pasar como un rebaño, con los ojos clavados en la tierra, negándolo todo; ¿es esto ser feliz? No. Es dejar de ser hombre».

Passer comme un troupeau, les yeux fixés en terre,

Renier le reste, est-ce donc être heureux

Non, c'est cesser d'être homme.

Tiene mucha razón el proverbio ruso: «Podemos vivir sin padre, podemos vivir sin madre; sin Dios no podemos vivir».

¿Verdad, joven mío, que tú no querrás perder nunca tu mayor tesoro: tu fe? ¿Sabes cómo guardarla? Procura conocerla lo mejor posible; sé siempre humilde; vive conforme a tu religión y huye de lecturas y compañeros peligrosos.

Un *scout* de la ciudad, que nunca había estado en el campo, llegó un día de lluvia al primer campamento. Anduviera como anduviese por el estrecho sendero, se llenaba de barro hasta los tobillos. En cambio, el muchacho que le precedía llevaba los zapatos limpios.

–No sé librarme del barro. ¿Cómo te las compones para no ensuciarte?

–Si vas por un terreno fangoso –le contestó el muchacho nacido en el campo–, nunca has de mirar el barro, porque entonces seguramente pondrás el pie en él. Mira siempre los sitios limpios, y no te ensuciarás.

Tú también, sea cual fuere el ambiente en que hayas de vivir, no mires nunca cuan malos son los compañeros que te rodean; sino examina y ama a los que son honrados y puros de corazón...

14. Cuando el cielo empieza a nublarse

Si pasamos largo tiempo sin remover una piedra, se llena de musgo; si tu navaja está sin usar, se cubre de orín; si no haces gimnasia, se afloja tu musculatura.

Lo mismo sucede en el campo de la fe: quien no se ejercita en la religión, primero se llena del musgo de la indiferencia, después se cubre del orín de la duda; y ¿cuál es el resultado final?: una fe remisa y raquítica, o acaso una completa incredulidad.

Por lo tanto, no sólo has de guardar tu fe, sino que has de ejercitarla.

Ejercítala en primer término mediante oraciones vocales. Todos los días, en la mañana, recita el Credo despacio, meditándolo. Da gracias a Dios por haberte puesto en condiciones de poderte educar en la verdadera religión: la católica.

Después, y principalmente, ejercita tu fe con una vida conforme a tus creencias, con una vida ideal, que saca su fuerza de la misma fe.

Muchos jóvenes se desarrollan en lo espiritual de un modo anómalo; la causa es ésta: creen porque sí, y no procuran, por consiguiente, que se note su fe en toda su vida. Mas es cosa sabida

que la fe especulativa, que no se traduce en obras, es «como el carro al que le falta el eje». *«Theoria sine praxi est currus sine axi»*.

Con esto entenderás el consejo que di a un joven; consejo que en el primer momento podría parecer extraño.

–Yo quisiera creer –me decía en tono de queja un muchacho de serio pensar– yo quisiera creer, pero ¡no sé!

–¡Hijo mío! –le contesté. Doblega tu voluntad. La fe es gracia de Dios, pero también depende de nuestra voluntad. Dios concede la gracia; pero a ti te toca colaborar con tu voluntad. Dices que no puedes creer. No importa. Clama al Señor con los apóstoles: «Auméntanos la fe»[14]. Y clama también con el padre del joven enfermo: «¡Oh Señor!, yo creo: ayuda Tú mi incredulidad»[15].

Te quejas de no hallar gusto en la oración, que vas sin entusiasmo a la Misa y te aburre toda la vida espiritual. No importa. Por eso, justamente por eso, has de cumplir tus devociones ordinarias, pero con exactitud, con la mayor fidelidad posible; por eso también has de procurar asistir con el mayor recogimiento a la Santa Misa.

–Pero –pensarás acaso– de nada sirve una religiosidad forzada.

–Te engañas. El Señor no mira el resultado obtenido, sino que siempre tiene en cuenta la voluntad. Y acoge con benevolencia todos nuestros esfuerzos cuando la buena voluntad sale en liza contra la indiferencia y la tentación.

Por lo tanto, sea cual fuere la duda religiosa que te atormente, reza metódicamente de hoy en adelante, ve a confesarte con frecuencia y no dejes de comulgar. El joven que reza, se confiesa y comulga, no cae en la incredulidad, aun cuando le asalten graves tentaciones de duda en punto a religión. Reza en estos trances la siguiente oración:

---

[14] Lc 17, 5.
[15] Mc 9, 23.

¡Señor, no sé creer! Por lo menos siento algo así como si no pudiera creer. El cielo se nubla ante mis ojos, todo el mundo se obscurece, pero ¡Señor, yo quiero creer en Ti! ¡Quiero, quiero! Ayúdame en mi incredulidad.

15. Duda

Te quejas de que la duda atormenta tu fe. Quiero tranquilizarte: lo que los jóvenes llaman duda en la fe, regularmente no es más que tentación y no llega a una incredulidad pecaminosa. Bien es verdad que para muchos es una lucha ardua, que han de combatir hasta el final, pero ni los mismos santos se vieron siempre exentos de tales luchas.

Hay entre nosotros muy pocos hombres instruidos que no hayan sentido dudas en cosas de religión. Un día es el autor del folletín de algún periódico quien se permite bromear ligeramente sobre una verdad religiosa; otro día es una revista, que en un «artículo científico» asesta sus tiros contra alguna que otra tesis de nuestra religión; después oyes en sociedad raciocinios completamente descarriados sobre cosas religiosas; ¿es, pues, extraño que te asalte la duda? ¿Y si no es la realidad como enseña nuestra fe?

¡Creer, creer!, es lo que exige de nosotros el divino Salvador. Esto nos pidió durante su vida entera: «¡Creed en Mí!». «El que creyere y se bautizare se salvará, pero el que no creyere será condenado»[16].

Pero ahora, en el «siglo de la ciencia», se le ocurre a algún joven esta pregunta: «¿Por qué motivo Nuestro Señor Jesucristo puso justamente la fe por base de la religión y no la ciencia? ¿Por

[16] Mc 16, 16.

qué dijo que quien creyere se salvará? ¿Por qué no dijo: el que comprendiere mis enseñanzas, el que entendiere mis principios, el que penetrare en sus arcanos éste se salvará? ¿Por qué no dijo: bienaventurados los instruidos; bienaventurados los sabios; bienaventurados los inteligentes...?».

¿Sabes por qué?

Porque Él bajó a la tierra por amor a todos los hombres, por la humanidad entera y también a todos destinó su religión. ¿Y podrían ser todos sabios? No.

¿Puede ser todo el mundo instruido y tener grandes estudios? No.

Mas ¿puede creer todo el mundo? Sí. El niño y el anciano, el pobre y el rico, el estudiante y su sabio profesor, todos pueden creer con la misma humildad en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, las cuales ciertamente no pueden todos comprender en la misma medida. Por tal motivo la fe es la base de la vida religiosa: porque todos pueden ser profundamente creyentes.

¿De dónde brota, pues, la incredulidad? De la jactancia, del orgullo humano.

«En Dios hay tres personas, pero no hay tres Dioses, sino uno solo. No comprendo cómo puede ser esto; por lo tanto, ¡no lo creo!».

El sacerdote dice sobre la hostia: «Este es mi cuerpo, y desde aquel momento el cuerpo sagrado del Señor Augusto, Jesucristo, está presente bajo la especie de pan; ¡no lo comprendo, no lo creo!».

El limitado entendimiento humano se inclina con preferencia a no creer lo que no puede comprender. Por lo tanto, la causa de muchas dudas religiosas es exactamente el orgullo.

Me replicas que tus dudas no provienen del orgullo; que quieres creer con el alma humilde, y no obstante te aguijonea la duda. Entonces es la Divina Providencia la que te permite estas dudas como pruebas destinadas a granjearte méritos. ¡No te alarmes! Estas dudas en materia de fe y estos problemas que por su misma incertidumbre te atormentan no son del todo ajenos ni siquiera a

las almas más profundamente religiosas. En el plan de Dios tienen su objetivo. ¿Qué mérito podríamos tener, si penetráramos las verdades de la religión con tanta claridad como la verdad del «dos y dos son cuatro», y así lo «creyéramos»? ¿A quién se le imputa como mérito el «creer» en la operación de sumar? A nadie. Porque no puede obrar de otra manera. El entendimiento humano se ve forzado a aceptar en este punto la verdad.

No sucede lo mismo con las verdades de la fe. Bien es cierto que ninguna de ellas es contraria a la razón; pero hay muchas que están más allá de los límites de nuestra comprensión. Para aceptarlas se requiere no sólo que la razón se incline, sino también que la voluntad asienta. Y lo que hace meritoria la fe, es que en ella ha de concurrir también la voluntad del hombre. Tanto mayor será mi mérito cuanto más firme sepa conservar mi fe contra las angustiosas dudas en medio de las tentaciones.

Joven hay que cavila mucho tiempo sobre este punto: ¿por qué no manifestó Dios de una manera más clara, más palpable, las singulares enseñanzas de la fe? Dice, por ejemplo: «Cristo resucitó de entre los muertos»; lo creo. Pero ¡cuánto más fácil me sería creerlo si después de la resurrección le hubiesen visto no sólo sus discípulos, sino aun sus enemigos! ¿Por qué no aplastó con su aparición a los fariseos y escribas que se alegraban de su muerte, como había derribado en tierra a los soldados en el huerto de Getsemaní?

«El Papa, al promulgar *ex cáthedra* un dogma de fe o de moral, es infalible»; lo creo. Pero ¡cuánto más fácil sería creerlo si Jesucristo hubiese hablado a Pedro poco más o menos de esta manera!: «Tú eres la cabeza de la Iglesia; y si tú o bien tus sucesores enseñareis a vuestros fieles un dogma de fe o una ley moral, seréis infalibles...».

¿Por qué no obró y habló Jesucristo de esta manera clara como la luz del sol?, piensan algunos jóvenes para sí.

Y, sin embargo, siguiendo el punto de mira más arriba señalado, podrían encontrar con facilidad una respuesta a sus cavilaciones. Dios no quiere forzarnos a la fe que de esta suerte ningún mérito tendría; antes al contrario, quiere que en la fe haya de concurrir también nuestra voluntad. Manifestó las verdades de la fe con claridad bastante para que con juicio imparcial fuesen aceptadas; pero por otra parte les dejó ciertos lados obscuros, para que haya margen para la fe, es decir, para la sumisión humilde y, por tanto, meritoria de la voluntad.

¿Qué has de hacer, pues, si te atormenta la duda respecto de la fe? Vence al enemigo con sus propias armas.

«¿Quién sabe si hay Dios...? Quizás no haya vida ultraterrena...». Así hiere la duda tu cerebro. Reza, meditándolo, el Credo.

«Acaso no está presente en el Santísimo Sacramento Nuestro Señor Jesucristo...». Como un rayo relampaguea esta idea en tu entendimiento. Arrodíllate despacio ante el Santísimo para conversar con el Señor.

Si tienes dudas respecto a dogmas que no podemos penetrar por completo, ni siquiera después de la divina revelación, ten cuidado con que tu razón no se obstine en querer ver con toda claridad cosas que por su limitado alcance nunca podrá comprender. Lo mejor es rechazar con decidida energía estas dudas.

No has de usar el mismo procedimiento con las dudas que se refieren a verdades de fe que están dentro de los alcances de la razón. Porque puede darse el caso de que la duda no sea en este terreno más que un llamamiento, para que tú demuestres más interés respecto de tu religión y averigües el estado de la cuestión.

Por lo tanto, tocante a estas dudas has de pedir respuesta a tu director espiritual, o leer un buen libro que te las aclare.

El orgullo y la conciencia desordenada inducen fácilmente a la incredulidad. Hay jóvenes que están convencidos de que son inteligentes, instruidos, «cumbres», desde el momento en que se atreven a manifestar ante sus compañeros con palabra sonora

que ya no creen en las enseñanzas de la religión, que ya no son «niños», que ya «se ríen de la confesión», que ya «no quieren servir a Dios...».

Mas si tuvieran un poco más de experiencia en la vida, sabrían que «servir a Dios es reinar», *«Deo servire regnare est»*; y que en cambio quien se separa de Dios y no quiere servirle, en el mismo momento se hace siervo, aún más, esclavo; esclavo del dinero, de los goces pecaminosos, del respeto humano...

Quien niega su mano a Dios, en el mismo momento la tiende a Satanás, y quien desvía su mirada del cielo estrellado, también pierde en su vida terrena la luz, la felicidad, el ideal esplendoroso. ¡Pobre de ti!, ¡pobre araña insensata, que cortas el hilo que guía a las alturas, el hilo de que pendía toda la tela!...

16. Los mendigos de San Martín

Es un hecho que en torno nuestro hay hombres que naufragaron en la fe, hombres incrédulos. ¿Cómo se explica, si es tan fácil el creer?

Muy triste es el hecho, pero es así; hay hombres que han perdido la fe. Esta es la mayor de las tragedias que puede acaecer al hombre. La causa regularmente no es la razón, sino el corazón; no los argumentos del entendimiento, sino los factores del sentimiento; no dificultades científicas, sino morales.

Si pudiéramos limitarnos a una «fe» meramente especulativa apenas habría incrédulos en el mundo. Pero de los dogmas de fe brotan consecuencias morales muy serias tocantes a nuestro modo de vivir, a nuestras acciones, a nuestras palabras; y aquí es en muchos casos donde se oculta el mal. Nuestros dogmas de fe tienen por consecuencia que hemos de evitar el pecado, que hemos de vencer nuestras inclinaciones pecaminosas, aunque nos seduzcan los goces vedados; que hemos de tener a raya nuestras pasiones: la ira, el egoísmo desenfrenado, la impureza, el odio, que debemos extirpar hasta las raíces de nuestras culpas; y que si, a pesar de todo, delinquimos, lo declaremos con sincera compunción en el tribunal de la penitencia. Es decir, de la fe se deriva una lucha, un

combate incesante: lucha contra los defectos, combate por llegar a ser más perfectos.

Y es ésta precisamente la causa de que muchos hombres no crean. No quieren creer, porque entonces habrían de cambiar su modo de vivir. Y se sienten muy a sus anchas en sus pecados actuales, tan a sus anchas como los dos mendigos paralíticos de San Martín.

¿Quieres saber quiénes eran?

En cierta ocasión eran llevadas en procesión solemne las reliquias de San Martín de Tours; y por donde pasaban curaban a los enfermos que allí había. Oyen la noticia dos mendigos paralíticos que estaban en el camino, y con pavor se vuelve el uno al otro: «¡Ay, compañero!, vayámonos aprisa de aquí. Porque ¿qué será de nosotros, si también nos cura? ¿De qué vivimos entonces?».

¿Ves? Por eso es por lo que muchos hombres no creen. Porque ¿qué sería entonces de ellos? No podrían seguir viviendo de una parálisis espiritual, en el pecado.

El hombre cargado de pecados, para defenderse de los reproches que le dirige su propia conciencia, hace muchas veces lo que el avestruz, al ser perseguido por los cazadores; el cual corre enloquecido, huye, cuando podría con su fuerte pico despedazar a sus perseguidores; y, al pararse, agotado por la carrera, esconde la cabeza en la arena y piensa: ahora ya no hay peligro; sencillamente porque no lo ve.

El pecador también podría librarse con facilidad de los zarpazos de la conciencia que le persigue; le bastaría abandonar el pecado. ¡Pero no! Prefiere cerrar sus oídos; y, para no ver el peligro de condenación eterna que le amenaza, niega la otra vida, niega a Dios, niega la religión.

Así se comprende cuánta razón tenía aquel escritor francés, que ciertamente no brilla por su religiosidad, Rousseau, cuando decía: «Encamina tu alma de manera que haya de desear la existencia de Dios, y así no tendrás duda sobre esta verdad».

17. La moral sin Dios

La moral es un tesoro tan imprescindible, que, según el sentir general, indiscutiblemente la humanidad necesita conservarla. Por desatinada que sea la manera de pensar que algunos tienen tocante a la religión, no obstante, estos mismos se apresuran a manifestar su parecer de que es necesario defender la moralidad y asegurarla para el bien de la humanidad.

Pero la cuestión importante es precisamente ésta: ¿se puede hablar de moral sin religión? ¿Puede cumplir los preceptos de la moral el hombre que no tiene religión?

Cuando se coloca una brújula en un buque de guerra se la aísla cuanto se puede de la influencia de las corrientes magnéticas que se producen en el casco metálico del buque. En el camino de la vida, la razón humana es la brújula; las corrientes que se originan en el cuerpo –las inclinaciones al mal– pueden fácilmente desviarla de la debida dirección y empujar por camino falso nuestra vida moral, si la brújula no está fija en un punto firme y aislado, por encima de todas las corrientes y olas alborotadas, por encima de los incentivos rebeldes y falaces del instinto.

Si no es Dios quien señala el criterio de moralidad, sino que lo designan los hombres, entonces muy malparada quedará la moral. Porque lo que a mí me parece pecado podrá parecer a otro virtud.

Por lo tanto, no puede hablar de moral quien no cree en un Legislador, que está por encima de la naturaleza; ni en una vida sobrenatural, que rebasa los límites de la vida terrena. El hombre ha de empezar por saber quién es él, en su naturaleza, en su destino, y sólo así podrá después comprender, cual cumple, lo que ha de hacer.

La vida moral lleva consigo luchas. Un niño expresó este mismo pensamiento preguntando: «¿Cómo es que es tan malo ser bueno, y es tan bueno ser malo?» ¿No has sentido también tú innumerables veces este antagonismo trágico que hay en nuestro interior? La razón serena ve lo bueno y lo desea; pero nuestra naturaleza corrompida nos empuja al pecado.

Pues bien; los muchos sacrificios, las continuas abnegaciones que día tras día me impone una vida moral, únicamente podré realizarlos si mis anhelos están en íntimo contacto con el supremo Bien, por quien vivo, a quien todo lo refiero, y de quien puede recibir mi voluntad una perseverancia a toda prueba. En otras palabras: sin fe arraigada, sin creer en Dios, no puede mantenerse la moralidad.

Pensamiento de un sabio griego fue que el alma humana viene de un mundo completamente perfecto, y por tal motivo todas las veces que en la tierra caemos en una imperfección, cuando cometemos alguna incorrección, sentimos en nuestra alma el pinchazo de una espina, un profundo descontento, un reproche contra nosotros mismos, aunque nadie se entere de nuestro desliz. Y el alma solamente es dichosa si hace algo que le recuerda aquel mundo celestial, de donde procede.

Voltaire, el famoso ateo, invitó a comer en cierta ocasión a sus amigos D'Alembert y Diderot, también ateos. Al sentarse éstos a la mesa, suscitaron una conversación atea. Voltaire los interrumpió enseguida: «Os ruego que no habléis de cosas semejantes en presencia de mis criados; porque si oyen doctrinas de este estilo y quieren vivir conforme a ellas, no respondo de nuestra vida». ¿Puede haber, pues, moral sin religión?

Napoleón I prohibió la lectura de los libros incrédulos, movido por este argumento: «No me siento con fuerzas para gobernar un pueblo que lee a Voltaire y a Rousseau».

Heine, el célebre poeta alemán, al admirar la antigua catedral gótica de Amberes, exclamó: «Claro está: ¡en aquellos tiempos los hombres tenían dogmas, tesis de fe firmes! Nosotros no tenemos más que opiniones. Y con opiniones no se pueden construir catedrales». Tenía razón Heine.

El carácter también es un templo gótico, cuyas esbeltas columnas quieren llevar al alma a las alturas, arrancándolas de las mezquindades del egoísmo, de las pasiones de las malas inclinaciones; pero el gran edificio de la vida moral no tendrá la resistencia necesaria, si no lo asentamos sobre la piedra granítica y firme de la fe anclada en Dios.

Teóricamente se podrán inventar hermosos sistemas morales y construirlos sin fundamento religioso. Pero no pueden trasplantarse de los libros a la vida real; porque les falta la fuerza que infunde vida a la teoría. Es fácil pregonar la moral, pero es difícil asentarla sobre bases firmes. ¿Qué vale el cuadro más hermoso, si se esconde en la obscuridad y no le llega la luz? Tanto vale la teoría moral si no recibe la luz de los cielos, la fuerza de Dios.

Es muy justo lo que escribió Racine a su hijo: «Quiero creer que intentando ser *gentleman*, nunca olvidarás que *gentleman* lo es tan sólo quien cumple sus deberes con Dios».

Según el sentir de Goethe, el hombre religioso merece toda confianza:

Wer Gott ahnet, ist hoch zu halten;

Denn er wird nie im Schlechten walten.

«Quien siente a Dios merece alta estima, porque no será malo su proceder».

¿Puede tener el hombre una moralidad intachable, si no cree en Dios, en la vida ultraterrena y eterna?

Escucha la siguiente conversación:

Dos estrellas hablan entre sí en una noche silenciosa.

–Amiga, mira un poco a la Tierra. ¿Qué ves allí?

–Está envuelta en densos remolinos de nieblas y de nubes.

Transcurren cien mil años.

Dice de nuevo la primera estrella:

–Mira, hermana, a la tierra. ¿Qué ves ahora?

–Pululan en ella pequeñas hormigas de dos piernas.

–Son los hombres.

¡Pasan otros cien mil años.

–Mira de nuevo a la tierra. ¿Qué ves ahora?

–No hay ya movimiento en ella. Nieve y hielo lo cubren todo...

Hasta aquí el diálogo de las dos estrellas.

¿No sientes, joven mío, el cierzo glacial, destructor, que de ahí sopla para herir de muerte todo lo efímero del caudal humano? Pues si la vida humana es tan sólo esto, y no hay vida eterna, ¿quién o qué cosa nos dará fuerza para perseverar en el honor, en el carácter, en la moral, si por ellos hemos de sacrificar ventajas terrenas, éxitos, fortuna o goces sensuales? Sí, ¡por una vida eterna estamos dispuestos a sacrificar intereses pasajeros! Pero ¿dónde está el hombre que quiera trocar lo pasajero y caduco por lo que también va a perecer?

18. «Lo principal es ser honrado»

«El que sigas tal o cual religión, y hasta el que no tengas ninguna, al fin y al cabo, es secundario. Lo principal es ser honrado. ¡Y esto basta!»

Tales despropósitos oirás en la vida de sociedad. «¡Esto basta!» Un escritor francés, Segur, contestó brevemente a esto: «Naturalmente, basta para no acabar en el patíbulo; pero no basta para entrar en los cielos».

Mas yo quiero pasar ligeramente sobre esta cuestión. Me mueve a detener el paso el cuidado de pertrecharte de argumentos con que contestar adecuadamente a frases tan vanas cuando se presenta la ocasión.

Pregunto en primer término: «Si es indiferente que el hombre siga tal o cual religión, ¿por qué sufrió tanto Nuestro Señor Jesucristo para darnos un concepto cabal de Dios y del recto modo como hemos de honrarle?».

Doy un paso más, y pregunto: «Lo principal es ser honrado; bien; pero ¿puede ser honrado el hombre que no cree?».

Si contestas sin previa reflexión, saltarás enseguida con la respuesta: «Naturalmente que puede serlo. Mire si no a los señores N, P, X... Sé de cierto que no van por las iglesias; se confesaron

por última vez el día de su boda, y, no obstante, son hombres honrados y gente bien de pies a cabeza».

En cambio, tómate tiempo para meditarlo un poco; me parece que contestarás de manera muy distinta. ¿Quién podrá negar que hay hombres «honrados», «gente bien», que, por desgracia, no se preocupan de la religión?

Mas examina de cerca qué entienden por «honor», por «portarse bien», y quedarás pasmado. Porque su honorabilidad, en la mayoría de los casos, se limita a cumplir escrupulosamente las leyes de la cortesía y las reglas de una decencia exterior, a no infringir en un ápice las leyes del Estado.

Pero ¿en su interior?, ¿su alma?, ¿sus pensamientos?, ¿las acciones que realizan en secreto? De todas estas cosas nada sabe el mundo, no las conocen los hombres. Mas el ojo del Dios omnisciente, que penetra en los arcanos, muchas veces no ve más que podredumbre y montón de basura debajo de un exterior elegante y de un vestido perfumado.

Lee la opinión de un escritor célebre respecto a tal clase de honor: «Según la honradez de la época actual, según el resto de moral que queda en Europa, es honrado el hombre que paga sus deudas más urgentes, no se deja coger en mentira, no da escándalos públicos, observa en sus negocios el Código penal, contribuye a las colectas públicas, da la satisfacción debida, lleva un buen vestido, posee una cultura mediana y puede demostrar que tales condiciones se encontraban también en su padre legal». (Walter Rathenau.) En esto está todo.

La sociedad humana necesita hombres incondicionalmente honrados. Pero tan sólo en el creyente podemos encontrar tal honradez incondicional. Quien no tiene vida religiosa tampoco tiene la mayor fuerza motora, la única que podría ayudarle a perseverar en el camino del honor, a pesar de las circunstancias terriblemente difíciles de la vida. Únicamente la religión, vivida en verdad, te dará arrestos para que, cuando te ahoguen las circuns-

tancias económicas angustiosas, no te dejes sobornar por ventajas ilegítimas –y, sin embargo, no levantaría el caso gran polvareda– para que tú, magistrado: no midas la justicia con parcialidad: para que tú, profesor, no des calificaciones injustas... Por esto tiene razón Platón al escribir: «Quien ataca a la religión, asesta sus golpes contra las bases de la sociedad».

Y si, a pesar de todo, ves hombres verdaderamente respetables, hombres de carácter que, según tu opinión, no tienen espíritu religioso, puedes dar por sentado que también su honradez recibe savia de la religión, aunque tal vez ni ellos mismos se den cuenta de ello. Acaso recibieron una educación religiosa en la niñez, y más tarde dejaron de practicar la religión; pero, en realidad, es la concepción religiosa de la vida la que los ennobleció, y los ennobleció tanto, que ahora consideran la honradez como virtud natural del hombre. Son como la pradera que muchas veces, aun cuando parece seca, se muestra fresca y llena de flores, porque calladamente, bajo tierra, ignorado de todos, la riega un riachuelo vivificador.

La sociedad actual, a pesar de las apariencias, tampoco vive en absoluto sin Dios. El pasado, dos veces milenario, impregnó insensiblemente nuestra vida de pensamientos cristianos, en tal medida, que hasta quien se cree ser honrado sin tener religión, se nutre con la fuerza oculta del Cristianismo. Cuando se pone el sol no entra de repente la obscuridad: los rayos difusos siguen iluminando aún la tierra durante largo tiempo.

Si de veras tropiezas con hombres honrados que no tienen religión, obsérvalos más de cerca para ver qué es lo que los separa del Cristianismo. ¿Lo que hay en ellos de noble, de grande? No. Sino los rasgos mezquinos, limitados, superficiales.

«Buscad un pueblo sin religión –escribe Hume, el filósofo inglés–, y si lo encontráis, podéis, desde luego, tener la seguridad de que no se diferencia mucho de las fieras».

Así es realmente: la sociedad sin Dios se trueca en una banda de ladrones, y la vida del individuo se hace insoportable.

Todos los días leemos con espanto noticias de suicidios. Es uno de los mayores pecados que puede cometer el hombre, y con todo, no nos sorprende que sea tan frecuente este crimen. Hay que reconocerlo: la vida no es juego de niños, sino que es trabajo duro y tiempo de serias pruebas. Con frecuencia nos inunda todo un diluvio de desgracias, y en estos trances nuestra única esperanza, nuestra fuente de energía, nuestro apoyo, no puede ser sino la fe en Dios. La creencia firme de que esta vida terrena no es mi única vida. La firme convicción de que esta vida es el tiempo de recoger méritos, el tiempo de la fidelidad, de la perseverancia, del trabajo, y quien «persevera hasta el fin alcanzará la corona de la vida». Sin esta fe firme no podemos vivir, y no ha de sorprendernos el que los hombres que han perdido la fe huyan cobardemente de las dificultades de la vida a balazos de revólver.

Mira lo que dice el pagano Horacio a la ciudad de Roma:

Dis te minorem quod geris, imperas.

Hinc omne principium, huc refer exitum.

Di multa neglecti dederunt

Hesperiae mala luctuosae.

«Porque obedeces a los dioses, más imperarás, oh romano. Aquí has de fijar el principio y el fin de todas tus empresas. Por haberse olvidado de los dioses sufrió tantos males la pobre Hesperia».

19. La caricatura de la fe

Un sabio alemán educó a su hijo completamente apartado del mundo, y nunca pronunció ante él el nombre de Dios. De este modo quiso probar si el alma abandonada a sí misma llega al conocimiento de Dios. Al tener el muchacho unos diez años observó su padre que en las mañanas estivales su hijo iba a escondidas al jardín. Le siguió en secreto, y ¿qué vio? El muchacho, hincado de rodillas, elevaba las manos juntas al sol naciente.

¡Pobre muchacho! ¡Tomó por rey al astro creado!

Pero aun así dio un testimonio elocuente de que el alma humana por su propia naturaleza anhela la religión, y, si le cegamos las fuentes de la religión verdadera, caen en toda clase de errores.

Por más que retrocedamos en la historia de la humanidad, no encontramos un pueblo sin religión. La religiosidad es un postulado de la misma naturaleza humana; la negación de Dios es una violencia que se hace a la naturaleza.

Que esto sea verdad, es decir, que el alma humana anhele la religión y sin ella se ponga intranquila, impaciente, enferma, lo experimentamos también en nuestros días. Podemos observarlo en aquellos desdichados, dignos de compasión, que perdieron su fe y rompieron todos los lazos de la religión. ¿Piensas tal vez, hijo mío, que estos incrédulos lo son de veras? ¡No! El alma humana busca sedienta la religión; si le cierran la fuente de la

religión verdadera, en su sed abrasadora se acoge a toda especie de «substitutivos» religiosos.

En nuestros días están de moda las prácticas supersticiosas más insensatas. Y no son sólo los ignorantes, sino también algunos hombres instruidos, los que se inclinan ante las más groseras necedades: ¡desde la buena suerte que se lee en los naipes y el augurio que hace sobre la palma de la mano la gitana vieja de cara amojamada, pasando por el loro y el ratón blanco que sacan la cédula reveladora hasta los errores del espiritismo, que hacen saltar los nervios! La causa de todo esto es, en gran parte, la disminución de la verdadera religiosidad. El anhelo religioso del alma, que no toma el camino recto, se desvía por toda clase de deformaciones supersticiosas. Quien no cree en Dios creerá en las almas vestidas de sábanas que vienen a espantar a medianoche; quien se jacta de incredulidad, en fuerza de la misma se hace crédulo, y quien se niega a aceptar el Credo admite mil creencias ridículas. Le sucederá lo mismo que a aquel hombre del cual habla Orsted, célebre naturalista danés, al escribir: «Conocí a un hombre que muchas veces se hizo lenguas de su incredulidad religiosa; pero no se atrevía a pasar durante la noche junto a un cementerio».

El hombre no soporta mucho tiempo la incredulidad absoluta. Transitoriamente podrá negar la religión; mas si no puede dar satisfacción a este deseo de lo sobrenatural mediante una religiosidad verdadera, pronto o tarde aparecerá en su alma la imagen deformada de la religiosidad. El alma humana tiene horror al vacío; si la despojamos de la fe religiosa, brotará en ella con abundancia la mala hierba de la superstición. Con esto se puede entender el hecho de que en las épocas en que la incredulidad inficcionó más a la humanidad, la superstición se extendió también con más holgura.

La causa de muchas supersticiones es sin duda alguna, sobre todo en la gente más sencilla, la ignorancia; pero entre los hombres instruidos, la causa de la incredulidad es también la falta de

confianza en Dios, quizás el hambre del oro y tal vez la curiosidad desenfrenada.

Ateos famosos como Diderot, D'Alembert, fueron ridículamente supersticiosos. Federico II *el Esclarecido* (!), rey de Prusia, temía una desgracia horrenda cuando alguien cruzaba el tenedor y el cuchillo; además pidió con gran ahínco a los astrólogos que le dijeran la hora más propicia, según las constelaciones, para contraer el proyectado matrimonio con la hija del rey de Inglaterra.

El hombre instruido de hoy día, *el hombre sin prejuicios del siglo XX*, se ríe con ligereza de la ingenuidad e ignorancia de los antiguos o de los hotentotes[17], que dan saltos alrededor del fuego; pero no tienen ojos para ver que en las capitales más modernas del mundo viven millares de hombres que son verdaderos esclavos de tontas y ridículas supersticiones.

Si nos internamos algún tanto en la selva de la superstición, nos encontramos verdaderamente con salvajes matorrales de prácticas supersticiosas.

Ahí están en primer lugar las coincidencias y señales que el hombre supersticioso interpreta de la manera más extravagante.

Pregunto al conductor del tranvía:

–¿Por dónde va el coche número 13?

–¿Número 13? No hay.

–¿Que no hay? ¿Y por qué no hay?

–Porque nadie querría viajar en un tranvía que tuviera tal número.

–Pero si en los otros coches no caben los viajeros.

–¡Es inútil! Estarían dispuestos a ir dos horas a pie antes que subir en un tranvía número 13.

---

[17] *Hotetonte: Se dice del individuo de una nación indígena que habitó cerca del cabo de Buena Esperanza. (N. del. Ed.)*

Pregunto en el hotel:

–¿Dónde está el cuarto número 13?

–¿Número 13? No hay. Ningún huésped lo alquilaría.

–Pero... ¿y si está lleno todo el hotel?

–No, no, no; ni entonces. Antes dormiría el huésped en una bañera; pero ¿en un cuarto número 13? Eso sí que no. Es un número que trae desgracia.

¡Pobre número 13! ¿Por qué eres tú justamente el número «desgraciado»? El 12 no lo es. Tampoco lo es el 14.

Y el jueves tampoco es un día de desgracia, ni lo es el sábado; pero ¡el martes! ¡Ah! ¿Quién se atreve a emprender un viaje en martes? ¿Y quién se atreve a empezar cualquier empresa en martes? ¡Y cuántas veces se oye: «Yo no soy supersticioso, pero... ¡somos trece a la mesa!; ¡acaso no estaría mal invitar a otro comensal!». O también: «Ya sé que tú no eres supersticioso, pero... ¡no te pongas en camino mañana, porque es martes!».

Si una liebre atraviesa la carretera, te sucederá alguna desgracia; en cambio, si te zumba el oído derecho o te escuece la palma de la mano izquierda, es señal de buena suerte.

Si de un enfermo se empieza a decir que ya ha muerto cuando todavía vive, eso es augurio de una vida larga para él.

Si oyes sobre el techo el graznido de una lechuza, alguien ha de morir en la casa; y alguien ha de morir también si el reloj de pared se para.

El que no copia nueve veces una oración consabida o no coloca las copias en una iglesia será desgraciado; si las coloca, uno de sus mayores anhelos se verá cumplido, y así sucesivamente.

Y otros augurios de las más variadas clases: las curanderas lugareñas que ven a los muertos; el echar las cartas; el descubrir por la palma de la mano el porvenir de una persona; la cédula sacada por el loro, y principalmente la superstición «distinguida» de la época actual, la epidemia de las sesiones espiritistas, que muelen

los nervios, que socavan la salud, que despojan al hombre de su sentido cabal mediante sus misterios tenebrosos, pantanosos, que van caminando a tientas...

¡Pobre! ¡Pobre hombre «moderno», que no quieres creer! ¡Y cómo te sumerges en la credulidad! Se te puede aplicar el dicho de Cicerón: «Nadie teme tanto a la muerte y a los dioses como el ateo».

Quizás te sorprenda, querido joven, por qué he descrito tan minuciosamente las tonterías supersticiosas. Lo he hecho para mostrarte cuál es el término de la incredulidad y adonde lleva la negación de la religión; para que veas cuántas cosas ha de creer el qué no quiere creer en Dios.

El hombre instruido de nuestros días se sonríe al ver la criadita aldeana que quiere curar su enfermedad con la charlatanería de la curandera gitana; pero... ¿habrá derecho a sonreímos cuando en nuestras grandes ciudades, en un piso lujoso y magnífico, está instalada una adivina, y la buscan señoras y señores muy «instruidos» y «sin prejuicios» para que les descubra el porvenir?

Y la misma dama que no va a confesarse y comulgar y repite entonada: «¿Cómo voy a creer en semejantes cosas?», ¡espera durante largas horas en la antesala de la adivina!

La misma que no suele rezar, porque «no entra ya en los moldes modernos», con curiosidad espera que la cédula sacada por el ratón blanco descubra su porvenir.

¿Tener en casa un crucifijo colgado de la pared? «¡Ah, ya pasó de moda»; pero fijar una herradura de caballo en el umbral... eso sí, ¡eso trae buena suerte!

¿Llevar una medalla de la Virgen María para que siempre nos recuerde la imitación de sus virtudes? «¡Eso para la rancia Edad Media!»; pero colgar del cuello un trébol de cuatro hojas es la última moda, eso «infaliblemente trae suerte».

Lo ves, el hombre o es creyente o es supersticioso. Si en el alma humana se ahoga el anhelo verdadero, vivo, incontenible, de una vida religiosa, entonces este mismo anhelo se resuelve en deformaciones supersticiosas.

Si cerramos la puerta a la fe, entra por la ventana la superstición; y quien no cree en Dios creerá en los espectros nocturnos. La superstición es un «substitutivo» de la religión; pero no sirve tanto como el «substitutivo» del café o el «substitutivo» del limón para reemplazar los productos verdaderos.

Hasta los paganos de mente despejada se burlaban de los hombres supersticiosos. Un soldado preguntó temblando al romano Catón:

–Esta noche los ratones royeron mis botas, ¿qué significa esto?

–El que los ratones hayan roído tus botas nada significa –contestó Catón– pero si tus botas hubieran roído a los ratones eso ya significaría algo.

La fe religiosa es un río vivificador y lleno de bendiciones para la humanidad; en cambio, la incredulidad es un torrente devastador, que inunda de limo las praderas y ahoga las flores magníficas de la fe verdadera. ¡Joven! Guarda tu fe. No creas en el trébol de cuatro hojas, ni en el pronóstico de la gitana, ni en la suerte de los naipes, sino cree en el Dios único, Padre omnipotente, Creador de cielos y tierra, Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, Espíritu Santo, que nos da la vida eterna.

20. No quiero ser santo

Jóvenes hay que se estremecen y tienen escalofríos al oír hablar de los santos del cristianismo, especialmente si se los proponen como ejemplos que imitar.

«¿También yo he de ser santo? ¡No! ¡No quiero ser santo!». Huyen asustados hasta del pensamiento mismo.

Y, sin embargo, ¿qué es la santidad y a quién llamamos santo?

La santidad es frente erguida y temple de acero.

La santidad no es huir del mundo, sino vencerlo.

La santidad es una fuerza espiritual llevada hasta el supremo grado.

La santidad es la apreciación justa de los valores de la vida terrena.

Los santos son héroes: los héroes de la libertad del alma.

En cambio, acurrucarse en un rincón, llevar el cuello torcido, la mirada lánguida, la tristeza, la melancolía, la inactividad, la negación de los anhelos naturales y nobles; en una palabra: lo que precisamente inspira horror a muchos, no entra propiamente en el concepto de «santo».

Porque ¿qué es el santo?

¡Es un héroe! El héroe de las victorias alcanzadas sobre nosotros mismos.

Es ejemplo sublime y eficaz para mostrar de cuánto es capaz la voluntad humana.

Es la ratificación de nuestra fe inquebrantable en el alto destino de la humanidad.

Es el modelo de la gran victoria sobre el propio yo y de los anhelos sublimes que se lanzan hacia las alturas, modelo que inspira y vivifica a las generaciones de los siglos.

Santo es el que aumenta o intensifica con heroísmo consecuente la tendencia que late en el fondo de nuestro ser hacia las cumbres; santo es el que con pulso firme labra en su propia alma la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; dime, joven: ¿No quieres ser también tú uno de esos héroes?

Acaso me objetes que es una pretensión exagerada y que nunca podremos alcanzar este ideal; que por lo menos, no podrán alcanzarlo los estudiantes del siglo XX.

Supongamos que así sea. Pero tampoco entonces has de olvidar que el ideal está ante nosotros no sólo para que lo alcancemos, sino también para que tendamos por lo menos hacia él. Cuanto más elevado sea el blanco que persigas, a tanta mayor altura te levantarás, aunque no logres alcanzarlo por completo. Piensa en el niño del cuento, que se puso en camino para alcanzar el arco iris. ¡Cómo corre a través de todos los obstáculos! ¡Cómo va subiendo! Finalmente comprende que no puede alcanzar el arco iris; pero ya está en la cima de una alta montaña, a pleno pulmón respira el aire puro, brotan rosas en sus mejillas, y sus ojos son insaciables al contemplar la belleza de la campiña...

Así nos levanta también a nosotros a las cumbres de la vida espiritual la imitación de los santos. Los santos muestran con ejemplos vivos, con ejemplos al alcance de nuestra vista, cómo podemos realizar estas enseñanzas en la vida. Dirigen a nuestra voluntad, débil y sujeta a luchas continuas, una vibrante arenga; arenga vigorosa, según la cual no sólo se debe, sino que aun se

puede imitar a Cristo. Y en todas las carreras. San Luis, San Estanislao, San Juan Berchmans se hicieron santos como estudiantes, es decir, lograron aquella libertad de espíritu que consiguieron un San Esteban en el trono real, una Santa Margarita en la soledad de la isla de las Liebres, un San Emérico en las pompas de la corte regia[18], un San Martín en la milicia, una Santa Zita como humilde criada.

En la vida de los santos leemos muchos pormenores que si bien los admiramos, no los imitamos. Conviene llamarte la atención sobre este punto para que no te escandalices. Está fuera de duda, por ejemplo, que la austeridad extraordinaria con que trataron su propia persona algunos santos, aquella penitencia que cortaba sangre y carne vivas, no todos las podemos imitar. Pero no se trata ahora de reproducir tal o cual acontecimiento de la vida de los santos, sino que lo importante es apropiarnos el espíritu que les inspiró sus actos extraordinarios.

En el cristianismo primitivo hubo santos que para hacer penitencia se hicieron sepultar para toda la vida en una celda, donde ni siquiera podían extender los miembros. No os digo que imitemos esta proeza. No obstante, hemos de aprender el espíritu de que brotó tal hazaña, aquel profundo y sincero espíritu de penitencia.

---

[18] Los tres Santos son de la casa real de Hungría, la casa de los Arpados, que en trescientos años dio doce Santos a la Iglesia, caso único en la historia de todas las familias reales.

Esteban (muerto en 1038), fundador del reino húngaro, es el primer apóstol de su pueblo, al que coloca con sabia previsión bajo el amparo de la santa Cruz.

Su hijo único, Emérico (muerto en 1031), pasa como un fugaz rayo de luz en la vida de la nación; su vida virginal se corta a los veinticuatro años de edad. Todavía después de nueve siglos su figura se yergue majestuosa y tierna como el ideal de la juventud húngara.

Margarita (1242-1271), hija del rey Béla IV, fué ofrecida a Dios por sus padres en holocausto por el bien de la nación, que aun gemía bajo la funestas consecuencias de la invasión de los tártaros. Margarita aceptó gozosa la vida en holocausto, de penitencia, de amor a su pueblo. Vistiendo el hábito de Santo Domingo vivió durante dieciocho años en el claustro de la isla que parece flotar sobre las aguas del Danubio en el seno de la actual Budapest y hoy es llamada Isla de Margarita. (N. del T.).

Los llamados estilistas no se movieron durante decenios de la cima de una columna. No digo tampoco ahora que en esto los imitemos. Pero, en cambio, también nosotros hemos de lograr aquella inmensa fuerza de voluntad, aquel heroísmo, aquel vencerse a sí mismo y aquella perseverancia que a ellos los instigó a realizar tamaña proeza.

Leemos a cada paso que en esta o en aquella ciudad se ha erigido una estatua a tal o cual hombre: a un artista, a un sabio, a un general. Todos los que han llevado siquiera una piedra valiosa al edificio de la cultura humana tienen estatua. Para honrar a los más insignes no nos bastan ya las efigies, sino que recogemos sus recuerdos, su escritorio, sus vestido, sus manuscritos y los reunimos en un museo. Todo esto está muy bien. Rendir homenaje a los hombres próceres es un sentimiento que hinca sus raíces en lo más profundo de la naturaleza humana.

Pero de más valer que los héroes de la ciencia son los héroes de la vida. Por cima de todos los exploradores del Polo, sobre todos los pintores, químicos... sobresalen aquellas almas heroicas que mediante victorias ganadas sobre sí mismas supieron moldear en su persona la belleza eterna, la imagen de Dios, y supieron plasmarla con sublimidad ideal. Sí; con derecho alabamos al pintor excelso, al escritor eximio, al jefe de un ejército, al estadista insigne; pero a los héroes de la vida moral, a quienes nuestra religión llama «santos», no tan sólo los alabamos, sino que además queremos imitarlos.

«¡Santo!» Ahora comprendes el significado de esta palabra. Y tú, ¿no quieres ser santo?

21. «Manera personal de mirar el mundo»

Entre las características de los jóvenes que pasan o acaban de pasar los años de la pubertad, se destaca el esfuerzo fogoso por lograr su independencia. «¡A mí nadie me manda! ¡Nada me convence, si no es obra mía!».

Estos jóvenes no son incrédulos, sólo son enfermos.

En su estado febril rechazan el camino por donde han ido otros, aunque se trate del camino que recorrió el mismo Cristo.

Inventan principios a cual más peregrinos, sólo para tenerlos distintos de los que aplicaron los demás. Más tarde, al avanzar en años, cuando madura la razón y el hervor de la sangre se ha mitigado, confiesan que el camino de la imitación de Cristo, aunque por él hayan pasado millones de hombres, es aún nuevo para cada uno de nosotros, infunde tantas fuerzas, es tan singular, que bien merece la pena de que lo sigamos.

¡Cuidado, joven!, no sea que en estos años abandones la fe por la sencilla razón de que no la has inventado tú. Concédeme que antes de venir tú a este mundo ya hubo profundos talentos, que se dedicaron a los grandes problemas de la vida, y si ellos pudieron inclinar su cabeza, con humildad y homenaje, ante la doctrina de

la fe católica, entonces tu adhesión firme a la religión tampoco será obstáculo a tu «independencia».

Sé que es cosa ardua infiltrar estos principios a un joven de dieciséis o dieciocho años, que considera punto de honor fraguar un sistema de vida con frases, ora cogidas al azar en el ambiente de las tertulias y no bien comprendidas; ora espigadas en algunos libros filosóficos no digeridos, y en hipótesis más o menos arbitrarias de las ciencias naturales. Fácil es en nuestros tiempos cubrir con un leve barniz científico la indiferencia religiosa y el libertinaje moral.

A los jóvenes que despectivos se burlan de la fe, el mundo les concede con facilidad los epítetos de «chispeantes», de «libres de prejuicios», mientras que al joven firme en la fe le desaira y le llama «ciego fanático». No importa. Una breve meditación... y descubrirás la injusticia de tal fallo.

Quiero hablarte con toda claridad. Puede ocurrir que a los dieciocho años pongas reparo a alguna que otra enseñanza de nuestra religión: «¡Ah!, en la clase de Religión aprendimos esto y aquello; ¡pero los descubrimientos de las ciencias naturales dicen otra cosa!».

Es posible también que juzgues «severas» en demasía, «anticuadas», «pasadas de moda», algunas leyes de la Iglesia.

A medida que el horizonte de tu espíritu va despejándose y se ensancha, descubrirás acaso debilidades, deficiencias hasta en las instituciones eclesiásticas. No importa.

En estos casos sé fuerte, joven mío; en tan rudas pruebas del espíritu no te es lícito fraguarte una religión «independiente». Más bien piensa: «El Señor encargó a la Iglesia la guarda incólume de sus enseñanzas; esto lo sé y lo creo. No me es permitido escoger entre las doctrinas del cristianismo: ésta es hermosa y fácil, por lo tanto la acepto; aquélla es extraña, incomprensible, difícil, por lo mismo no la acato. No puedo ser cristiano en un 25%; en un 40%; ó en un 50% y en lo demás un «pagano», un «moderno», un

«progresista», una «personalidad», sino que he de ser católico al 100 por 100, íntegro, porque no solamente reveló Dios este o aquel dogma, sino que Él sale fiador de todas las enseñanzas de la religión católica.

Dios no habla a cada hombre en particular ni explica separadamente a cada uno de nosotros su voluntad y leyes. Por esto fundó un organismo especial, que predice su voluntad: la Iglesia Católica. Nuestro Señor Jesucristo dijo a sus Apóstoles: «Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en él nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos»[19]. Con estas palabras encargó a su Iglesia que siguiera predicando las verdades reveladas por Él.

No podemos quitar ni una sola piedra de aquel sublime edificio que llamamos Religión Católica sin inferir grave daño a todo el edificio. Pues bien; si no puedo comprender alguno que otro de sus dogmas, si me parece injusta tal o cual ley suya, no he de concluir enseguida que aquello no es verdad, que «la religión católica es anticuada», que «un joven moderno ya no puede seguir siendo católico», etc. Quizás la causa de mi duda estribe en la insuficiencia de mi saber, en mi escaso conocimiento de la vida, en mi poca experiencia.

Dirijo una mirada en torno mío, contemplo el pasado, y veo que los representantes más conspicuos del espíritu humano: sabios, artistas, hombres de grandes empresas, no buscaron para sí mismos una «religión independiente», sino que perseveraron hijos fieles de la Iglesia Católica. Pues entonces tampoco será humillación para mi cabeza de dieciocho abriles el que la incline con humildad ante la Iglesia y acepte fielmente todas sus enseñanzas y todas sus leyes, aquellas mismas que ahora, en mis años de hervor, me parecen insostenibles, rancias, anticuadas...

[19] Mt 27, 19-20.

¿Y qué si acá y acullá, en la historia dos veces milenaria de la Iglesia sorprendes debilidades humanas junto a lo más santo? ¿Qué has de hacer entonces? Mira, amado joven. Ante un cuadro célebre del Tiziano se paró cierto día en el palacio del *dux* un zapatero. Contempla el cuadro admirable, tan genial, que ningún otro ha podido superarlo. Lo mira, lo mira...; de improviso exclama: «El cuadro no vale nada. El zapato de uno de los hombres está mal cosido».

¡Cuidado!, no seas tú zapatero de Venecia, que tropieza en una brizna y no sabe ver el conjunto magnífico y sublime.

22. Entre lobos

¿Eres capaz de no aullar con los lobos? Al oír esta pregunta abres mucho los ojos. Y, sin embargo, en esta pregunta asoma el peligro de numerosos jóvenes, débiles y vacilantes. Recuerdo aún la impresión profunda que al estudiar de niño la Pasión del Señor me causó la cobardía de Pilatos: «Yo no hallo en Él delito ninguno de muerto», dijo Pilatos[20]. Pues, ¡entonces, sal por Él! ¡Manda ponerle en libertad! ¡Defiéndele de la plebe! No; ya no es capaz de esto, porque oye los gritos que hieren sus oídos y le amenazan con delatarle al César. «¡Ah! ¿Al César? Y entonces ¿pierdo mi carrera?... ¡Que perezca aquel Jesús con tal que yo pueda avanzar en mi camino!».

En la vida de muchos jóvenes se repite tamaña cobardía. Aman su religión, hasta la practican; pero solamente... si nadie la contradice en la tertulia. En este caso, es decir, si alguien se pone a hacer befa de las cosas de la religión, si un señorito de cabeza huera se ríe despectivamente de las cuestiones más santas, los jóvenes pusilánimes enseguida se encogen de hombros, se callan, se avergüenzan, por miedo de que se rían también de ellos, se mofen de ellos, los llamen «beatos», «niños». Llegan a sonreírse levemente «¡para no chocar con el parecer de los demás!»; después pasan también ellos a «representar un modo de pensar más de

[20] Lc 23, 22.

vanguardia», y finalmente... aúllan con los lobos, es decir, por respeto humano llegan a renegar cobardemente de su fe.

Les convendría meditar un poco por qué hicieron traición a la verdad. Pilatos por temor a la plebe; y ellos... por miedo a los charlatanes.

Los grandes ideales exigen temple de mártires. Junto a una alegre chimenea, sentados a la mesa, bien puesta, o arrellanados en un sillón cómodo, resulta muy fácil filosofar un poco sobre cualquier tema, pero la fuerza de una convicción se hace patente cuando se entabla la disputa y se lucha a vida o muerte; cuando en aras del ideal se llega a sacrificar bienestar, familia, padres, hijos, la misma vida.

Puedes mostrarte orgulloso de tu fe católica, hijo mío, por el mero hecho de haber dado ella valor a millones de mártires para perseverar con firmeza, aun en medio de los más horrendos suplicios.

Forma toda una biblioteca lo que se ha escrito sobre el martirio con que sellaron su fe los fieles del cristianismo primitivo. No podemos detenernos en describir minuciosamente sus ejemplos sublimes. Pero sí te aconsejo que los leas con frecuencia para robustecer tu fe y ver con qué firmeza granítica no sólo los hombres, sino también las mujeres, los ancianos, los jóvenes y las doncellas desafiaron todos los tormentos a que fueron sometidos por los cesares, las legiones, los sacerdotes, los filósofos y los verdugos paganos, que ante la agonía del paganismo sentían recrudecer su ira desesperada.

Sí; jóvenes que se habrían librado de tormentos terribles con sólo ceder en un detalle de doctrina, con sólo echar unos granos de incienso en homenaje del ídolo, con sólo renegar de Cristo mediante una palabra breve.... ¡no, no! ¡No lo hicieron!

Fue apresado Leónidas, padre del joven Orígenes. Este le escribió una carta a la cárcel, suplicándole que no renegara de su fe por amor a su familia. Leónidas afrontó impávido el encuentro con el verdugo, y Orígenes, que se quedó huérfano, sufrió la difícil

pobreza juntamente con su madre viuda y seis hermanos, sumidos todos en la miseria.

Un muchacho de doce años, Cirilo, fue expulsado de la casa por su padre, a causa de su fe católica. El juez pagano, para intimidarle, le mostró uno tras otro los instrumentos de suplicio. Cirilo exclamó: «¡Aprisa, aprisa, quiero llegar cuanto antes al cielo!». Y durante su suplicio fue él quien consoló a los espectadores, que rompían en llanto.

La sangre de los mártires no corrió solamente en los primeros siglos; las almas generosas siempre han sabido sufrir por Cristo, por su Fe Católica. Muchos hombres de temple de acero, de carácter firme han presentado la cabeza a la cuchilla del verdugo, porque no quisieron renegar de su Fe Católica. En Inglaterra, por ejemplo, el Obispo Fisher, el canciller Tomás Moro; en Hungría, los mártires de Kassa[21]. ¡Qué increíble cobardía por ello, qué vergonzosa negación de los principios es el apostatar de nuestra convicción religiosa por respeto a los que piensan de una manera frívola y superficial!

«¡Pero son jóvenes distinguidos!», objetas. ¡No, no lo son! Quienes hablan con ligereza de las cosas de la religión, dan prueba evidente de su tosquedad.

«¡Pero son jóvenes de buena sociedad!» ¡No! Donde no se respeta a Dios no podemos decir que estemos en buena sociedad.

---

[21] Los mártires de Kassa, beatificados el 25 de enero de 1905, por Pío X son Marcos Körösy, canónigo de Esxtergom; Estaban Pongráez, SJ, y Melchor Grodecz, SJ. Ardiendo en celo por devolver a la Religión Católica la parte norte de Hungría, donde se iba afianzando cada vez más el protestantismo, por mandato del Cardenal Pázmány, quisieron organizar una misión en la ciudad de Kassa. Algunos cabecillas protestantes, temiendo el éxito de tal empresa, hicieron prender a los tres misioneros, y, so pretexto de una conjunción política, los condenaron a muerte. Los atormentaron con atroces suplicios, y después, el día 7 de septiembre de 1619, echaron a la cloaca sus cuerpos desgarrados, en que todavía no se había extinguido el último suspiro de la vida. Su fiesta se celebra el 7 de septiembre. (N. del T.).

«¡Pero son mayores que yo! ¿Qué puedo hacer?» A quienquiera que ofenda a tu religión, aunque tú seas menor, has de manifestarle sereno y suave, pero con valentía decidida, tu recto sentir. No entables discusión con el ofensor, porque sería contraproducente, pero tampoco dejes pasar en silencio todas las calumnias frívolas. Piensa en estos casos que Nuestro Señor Jesucristo está de nuevo ante Pilatos; siente la herida como si ofendieran a tu propia madre.

¡No permito que sea ultrajada la Fe Católica! ¡No consiento en que se haga befa de las cosas santas! ¡No escucho con cobarde silencio a los agresores de mi religión! ¡No miro, a guisa de nuevo Pilatos, cómo se abofetea la verdad, sin alzar mi voz! Y recuerdo las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «Á todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos»[22].

---

[22] Mt 10, 32-33.

23. Religiosidad exterior e interior

«Sí, sí. Yo soy creyente, sinceramente creyente; pero no descubro a nadie lo que pasa entre mi alma y Dios. ¡Nadie tiene que ver con ello! La vida religiosa es una manifestación tan delicada del alma humana, que no ha de sacarse a la vista de otros; todos han de encerrarla en silencio, en secreto. Lo importante es que el hombre sea creyente en su interior; lo demás –las cosas exteriores, las ceremonias, las formas– no es esencial».

Así hablan muchos jóvenes. Hasta muchos de aquellos cuya religiosidad sincera, seria, está fuera de duda; y ni siquiera notan que al hablar así razonan erróneamente. ¿Sabes por qué es difícil notar su error? Porque hay gran parte de verdad en su raciocinio.

«La religión es una manifestación delicada del alma humana» dicen, y en esto tienen razón por completo. «Lo importante es que el hombre sea creyente en su interior». También en esto opinan con exactitud, y yo tampoco sabría encontrar calificativo adecuado para el hombre que, movido por cualquier respeto humano, se mostrara con cara de compunción y fingiera prácticas religiosas cuando su alma está llena de fealdad y vacía de toda religiosidad sincera.

En esto tienen razón. Sí; la religiosidad puede ser meramente exterior; pero será una creencia sin alma, si le falta el calor interior y la vida sincera. No tiene espíritu religioso aquel que con los labios alaba a Dios, pero cuyo corazón está separado de Él. No tiene espíritu religioso, por más que rece y vaya a visitar iglesias, aquel que lleva una vida pecaminosa, que tiene el alma manchada, que abriga un corazón cruel y no siente compasión de los prójimos. Esta religiosidad exterior es la caricatura, el escarnio del santo ideal de la religión, y por desgracia, llega a turbar el juicio de muchos hombres serios respecto a la religiosidad.

Por lo tanto, es verdad que lo principal es la vida religiosa interior y una convicción profunda. Pero esconder tímidamente nuestra convicción y vida religiosa es ya desviarse del camino recto.

Tampoco aconsejo que nos jactemos vanamente de que cumplimos en tal y tal grado con la religión; mi vida religiosa debe desarrollarse en misterio silencioso entre mi alma y Dios. Pero si me encuentro en una reunión en que se habla de la religión, de los dogmas religiosos, de los principios morales, será cobardía vergonzosa, apostasía, traición a la bandera, si en estas ocasiones me callo, me encojo de hombros y me avergüenzo de mi vida religiosa, de mis principios morales.

Por lo tanto, si vas por la calle con compañeros de otra religión, no has de entablar una discusión. Mas si al pasar por delante de una iglesia no te atreves, por respeto al «qué dirán», porque «la vida religiosa es asunto particular e interior», a quitarte el sombrero, entonces ya escondes tu fe cobardemente.

Si, estando en casa, vas a tu cuarto de estudio, y allí, sin que nadie te vea, rezas con fervor, haces muy bien; pero, en cambio, si en la iglesia, cuando toca la campanilla durante la Santa Misa para anunciar la elevación, te ruborizas porque estás en medio de centenares de hombres, porque «¡las exterioridades no importan!», de hincarte de rodillas ante Nuestro Señor Jesucristo, que se hace presente entre nosotros, te portas de nuevo como un cobarde.

Sé que tu alma es pura, limpios tus pensamientos y tu palabra, que nunca pronuncias frases equívocas; haces bien; pero si, estando en sociedad, empiezan una conversación licenciosa y tú te ríes con los demás, porque «¿cómo ofenderlos con ser yo solo quien no se ríe cuando todos se ríen?», entonces haces lamentable y cobarde traición a tus principios.

Ved ahí; lo más importante es, sin duda, la religiosidad interior; pero hemos de confesar también exteriormente nuestros principios interiores. Aquella «exterioridad» muchas veces no es sino la manifestación natural de lo «interior», acaso su profundización. ¿No es natural, por ejemplo, que cuando el alma se eleva en el rezo, el cuerpo caiga de rodillas?

Atinadamente escribe en su diario, con sincera confesión, el conde Esteban Széchenyi, el «mayor de los húngaros»[23]: «He pasado mi juventud en ignorancia e inactividad. Aunque no he sido corrompido y malo por completo, pero no notaba la multitud de faltas en que vivía. Penas infinitas y serias meditaciones de la vida del hombre me devolvieron por fin la tranquilidad, y aprendí a comprender que para lograr la tranquilidad espiritual es necesario, no sólo que sigamos la inspiración interior del alma, sino también que guardemos las formas de nuestra religión».

Por lo tanto, hijo mío, observa las formas exteriores de la religión. También yo concedo que lo principal es la religiosidad interior, y que sin ella sería hipocresía toda exterioridad religiosa. Pero cuando se trata de confesar abiertamente nuestros principios, nuestra fe, nuestra religión, entonces no hemos de titubear un

---

[23] En otro libro de juventud de Monseñor TÓTH, *El joven de carácter,* pusimos la nota que aquí repetimos:

Esteban Széchenyi, autor de las obras intituladas *Crédito, Mundo,* y *Stadium.* Al ver que Hungría, en el terreno de la cultura y del bienestar general no alcanzaba el nivel de los otros países del Occidente, se propuso consagrar toda su vida a la patria. Concurrió a la fundación de la Academia, ofreciendo a este fin todas sus rentas durante un año entero. Fundó en el año 1827 el Casino Nacional. Después siguió haciendo nuevas fundaciones, todas de gran empuje y eficiencia patriótica. Reguló el curso del Danubio y del Tisza; construyó el primer puente, «Puente de cadena», para unir Pest con Buda (N. del T.).

solo momento. Es un hecho extraño que en este orden sean precisamente los católicos instruidos los que revelan más debilidad. Los de otras religiones pregonan su fe con más orgullo. Pero entre nosotros, el ruborizarse de nuestro propio credo llega a ser verdaderamente una especie de «morbo católico».

Y, sin embargo, con que meditases un poco los raudales de bendiciones que derrama la religión católica sobre toda la humanidad desde hace dos mil años, seguramente sentirías que, en vez de avergonzarte, tendrías que enorgullecerte de tu fe.

Prescindamos ahora de los valores religiosos y espirituales del cristianismo; fijémonos tan sólo en lo que éste significa para la civilización.

Imagínate por un momento que no hay cristianismo, y entonces descubrirás el valor que se pierde. Entra en los más hermosos museos, y echa de allí las estatuas y los cuadros más valiosos; son obras maestras del cristianismo.

Ve a las catedrales más hermosas del estilo gótico o barroco y derríbalas; todas ellas fueron erigidas por el cristianismo. Arroja al fuego las partituras hermosas de Haendel, Palestrina, Beethoven, Mozart, Rossini; fueron inspiradas por el espíritu del cristianismo.

Incendia los hospitales, los asilos de huérfanos, los colegios, las casas de educación; fue el cristianismo el que trazó sus planos.

Cierra las universidades y las escuelas, porque las raíces de todas se alimentan del cristianismo.

Y cuando esto hayas hecho, dirige una mirada retrospectiva a los dos milenarios de nuestra era, y tendrás un escalofrío al contemplar el vacío horrendo que se produce en la historia si de su centro se quita la Cruz de Nuestro Redentor.

¡No! ¡No hay nada en mi religión sacrosanta de que haya de ruborizarme! Todo lo contrario, tengo motivos sobrados para enorgullecerme de ella.

24. Religiosidad varonil

Muchos jóvenes se espantan, y no se atreven a llevar una vida verdaderamente religiosa, por la contradicción que descubren entre la aparente religiosidad exterior y la vaciedad espiritual interior de algunos de sus compañeros.

Hay otros que ponen demasiado sentimentalismo en la vida religiosa, y con este sentimentalismo despojan a la religión de la autoridad que de otra suerte la impondría a los hombres serios. La religiosidad es la inclinación conjunta de la razón, del corazón y de la voluntad ante Dios; por lo tanto, también ha de desempeñar en ella su papel el corazón, el sentimiento; pero la religiosidad justa será tan sólo aquella en que ninguno de los elementos prepondere en detrimento de los demás. A la religiosidad excesivamente sentimental podemos aplicarle con justicia la frase que algunos usan cuando se trata de la religiosidad en general; es a saber: que no sirve más que para el pueblo y las mujeres.

¿Cómo? ¿La religión no sirve más que para el pueblo y las mujeres y es impropia de hombres instruidos, inteligentes, modernos? ¡Qué va a ser impropia! Naturalmente, hablo de una religiosidad bien entendida, seria y varonil.

¿Cómo ha de ser la religiosidad seria y varonil?

Sea cual fuere la opinión errónea que se sostenga respecto a la religión, no se puede negar que ésta es una de las glorias más

puras de la naturaleza humana, uno de nuestros mayores títulos de nobleza.

En la época actual, muchos han intentado desacreditar la religión y substituirla por toda clase de raciocinios científicos. Fracasaron. Donde fue atacada la religiosidad, allí cayeron por el suelo la virtud, el honor, él cumplimiento del deber, la conciencia, el carácter, en una palabra: los ideales más nobles de la humanidad. Ejemplo triste es la historia de la antigua Grecia. La vida de los sabios más destacados por el ahínco y honradez con que buscaban la verdad aparece manchada, porque los pobres no conocían la verdadera religiosidad.

¿Qué es, pues, la verdadera religiosidad?

Es el homenaje que el alma humana tributa a Dios, su Creador y su fin último. Este acatamiento nos fortalece contra nuestro propio egoísmo, nos torna independientes del mundo y de nuestras inclinaciones desordenadas, y nos da energía para soportar todos los males. La religiosidad da al alma tal fuerza vital para vencer al mundo, que Kant la llamó con derecho *Universalmedizin*, «medicina universal».

«Ser soldados, dice un general insigne, significa: no comer cuando se tiene hambre; no beber cuando atormenta la sed, y cargar al hombro con los compañeros heridos cuando ya no quedan fuerzas para dar un paso adelante».

Pues entonces, ser soldado de Cristo, es decir, ser joven creyente, significa no cometer pecado por mucho que nos instigue la tentación; cumplir en todos los momentos el deber, por muy monótono y fastidioso que parezca, y servir a Dios aun en los actos cotidianos y grises de la vida.

Sí –¿quién lo duda?–, es una hazaña heroica el salvar a alguien de las llamas que abrasan la casa, o sacar del río al que se ahoga. Pero en un momento dado puede tener gran valor, como obra buena, tomar de la acera un trozo de vidrio, o del suelo del cuarto

la corteza de una naranja, que habrían podido ocasionar una profunda herida o la fractura de una pierna.

He oído contar la hazaña de un muchacho, sediento por cierto, que se sentó a la orilla de un río, y allí esperó que alguien cayese al agua para poder sacarle; creo que todavía está sentado allí, y de tanto esperar ya tiene bigote y barba larga; mientras tanto, ha omitido millares de pequeñas acciones buenas, que diariamente habría podido hacer. Por lo tanto, el valor de la obra buena no depende exclusivamente de su dificultad ni de sus proporciones, ni del tiempo de su duración, sino también y en gran parte del espíritu de sacrificio, de la atención, delicadeza, alegría y espontaneidad con que se hace.

Mi ideal no es el joven a quien una religiosidad mal entendida le quita el buen humor, la alegría, el temperamento juvenil. Existen realmente «jóvenes piadosos», que tímidos se apartan de sus compañeros, que no saben trabar franca y alegre amistad, que no saben jugar, y para quienes el hervor juvenil, un poco de ruido que se levante. No habla mucho de religión, pero la vive. No se jacta; Estos son, sin duda, jóvenes de buena voluntad y dignos de respeto; pero aplican erróneamente el espíritu religioso a las cosas exteriores.

El joven verdaderamente creyente no es extravagante. No habla mucho de religión, pero la vive. No se jacta, pero tampoco se ruboriza de ella. Cuando se encuentra entre compañeros también creyentes no quiere parecer más fervoroso que los demás; en cambio, entre muchachos de espíritu frívolo y de alma fría no cede ni un ápice de su credo religioso.

Por desgracia, los jóvenes se forjan a veces de la vida religiosa una idea mezquina. Allá arriba, entre las nubes, mora un bondadoso Anciano, el Señor Dios, a quien debemos acudir de vez en cuando con oraciones, bien por necesidad, bien por temor. En esto consiste la religiosidad.

¡Dios mío! ¡Qué pobre bosquejo de la verdadera religiosidad! Han convertido el rico manjar del alma en un insípido y repugnante mendrugo de pan. El joven que es profundamente creyente no se imagina a Dios allá lejos entre las nubes; para él Dios es infinito, llena el mundo entero, «dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos»[24], y de su mirada no puede esconderse nadie por mucho que se esfuerce.

Abre de par en par las puertas de su alma, respira profundamente y se llena del pensamiento sublime del Dios omnipresente.

Para él Dios es la Belleza infinita, cuya majestad nos obliga a hincarnos de rodillas; la Bondad inagotable, que atrae hacia sí, con la fuerza del imán, al alma humana.

Para él, Nuestro Señor Jesucristo no es un frío personaje histórico, cuya vida estudia, y del cual aprende dónde nació, dónde vivió, dónde padeció; sino el Hombre–Dios, que vive para siempre, cuya figura sublime y divina se graba en el alma con caracteres de fuego. Sin Él, por mucho que aprenda, su alma es fría nevera en el mejor de los casos, una cripta sepulcral adornada con magníficas estatuas, pero tan sólo cripta, sin vida, sin calor, sin empuje, sin latido del corazón.

Muchos jóvenes se creen que la religiosidad consiste en mucho rezo y visita de iglesias. Esto no pasa de ser la manifestación exterior de la religiosidad. Lo necesitamos; pero con facilidad se ceñirá a las meras exterioridades la religiosidad de aquel cuya vida espiritual se agota en este punto.

Para mí la verdadera religiosidad varonil supone mucho más.

Supone la idea sublime, que se extiende a lo largo de toda mi vida y anima todas sus manifestaciones; es a saber: que yo, así como soy, con todos los latidos de mi corazón, con todos los momentos de mi vida, con todos los pensamientos de mi entendimiento, soy el humilde criadito del Dios infinito y creador, a

[24] He 17, 28.

quien llamo en mis oraciones, cuya iglesia frecuento con amor, pero a quien además quiero servir con todos los alientos de mi pecho, con cada pestañear de los ojos.

El joven verdaderamente religioso ora, no sólo cuando recita el Padrenuestro, sino también cuando escribe los vocablos alemanes en su cuaderno o cuando hace un gol. Para él es oración la comida y oración el estudio; es oración la excursión de los *scouts*, y oración el dolor de muelas; es oración el cumplimiento del deber, y oración el juego; es oración toda su vida, porque con toda su vida quiere alabar a Dios.

Mira, amado joven: ¡ésta es la religiosidad varonil!

Dime, a la luz de estos principios, ¿has meditado ya lo que significa ser joven creyente?

25. La imagen de María en el bosque

En medio de hermoso bosque de hayas, en un rincón pintoresco, había sentado sus reales el campamento de *scouts*. Por los alrededores, senderos silvestres llenos de poesía; a unos minutos de distancia de las tiendas, a la vera del camino, entre nidos de ardillas y pájaros, está colgada de un tronco una hermosa imagen de la Virgen.

Una tarde riñeron dos muchachos. Algunos se habían reído de uno de los chicos, y éste se enfadó; y, perdiendo por fin la paciencia, tomó a uno de ellos y –hay que confesarlo– le dio una paliza fenomenal.

Media hora después paseábame por los senderos del bosque, reflexionando en la manera de aprovechar el desagradable incidente para dar aquella misma noche una lección a los muchachos...

Llego a la pequeña imagen de la Virgen... Y ¿qué veo? Uno de los que habían reñido está de rodillas delante de ella. En torno suyo el bosque respira silenciosamente. Los últimos rayos del sol que se pone iluminan la cabeza algo inclinada del joven. El corazón late sensiblemente en el pecho juvenil. La Virgen Madre mira con suavidad al muchacho arrodillado. Ya he llegado junto a él, cuando por fin nota mi presencia. De repente, como asustado, se

levanta, y una lágrima rueda por sus mejillas. Le dirijo unas pocas palabras y prosigo mi camino. Pero sentí cumplida alegría. ¿Ves? ¡Así ha de ser el joven que tiene una fe varonil! La religión le sirve de consuelo, al par que le infunde fuerza. Este joven había tropezado, como todos los hombres, pero procuró expiar su pecado y sacar de él la moraleja, para el porvenir, lo que no suelen hacer ya todos los hombres. Al llegar la noche los dos muchachos que habían reñido eran ya amigos como antes.

¡Oh!, ¡qué sabe de todo esto aquel joven sin grandes alientos, para quien la religiosidad consiste en ir los domingos por obligación a la Santa Misa y musitar por la noche el Padrenuestro! ¡Pobre! Se contenta con el agua escasa de un raquítico arroyuelo, cuando allí, delante de él, corre el raudal abundoso de aguas vivas!

La verdadera religiosidad es alegría, consuelo, aliento, empuje de la vida del hombre. Había en la patrulla un estudiante de temperamento rencoroso. Le costaba olvidar, le costaba perdonar. Hasta al empezar la oración de la noche, hervían en su alma pensamientos de venganza...

«Padre nuestro que estás en los cielos... Pero a este ganapán[25] le haré bailar un día, porque se mofó de mí esta tarde...».

¡Oh, Dios mío!, así no se puede rezar. Lo empiezo de nuevo: «Padre nuestro..., santificado sea tu nombre...»; llegado a este punto su cabeza se alborotaba de nuevo con pensamientos de riña. Lo empieza otra vez. Por tercera..., por quinta vez... «y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¡Oh!, pero ¿qué he rezado? ¿Así como yo perdono?... Pero, Señor; él me ofendió primero... Está bien..., así como nosotros perdonamos a nuestros deudores..., perdono; no pensemos más...». También éste era un joven de fe robusta, porque de su religiosidad brotaban decisiones varoniles.

Otro cuadro.

---

[25] *Ganapán: Hombre que se gana la vida llevando recados o transportando bultos de un punto a otro. (N. Del Ed.).*

Un muchacho, arrodillado a solas ante el altar de la iglesia silenciosa. En su alma, que se abre a la vida, se desatan huracanes enfurecidos. Para vencer las tentaciones atormentadoras ha corrido aquí, ante el Hombre–Dios, que vive con nosotros realmente bajo las Sagradas Especies.

«¡Señor, Tú eres puro, el más puro del mundo! Bien sabes que yo no quiero ser malo, no quiero caer. El fuego de una tentación terrible me consume, no me deja descansar ni de día ni de noche; y no quiero caer. Señor, la llama de los fuegos infernales arde en mis venas, como si no fuera sangre sino lava derretida lo que en ellas corre. Los sentidos me pintan alicientes, cuadros tentadores, falaces..., pero ¡Señor, Señor mío, no me abandones! No quiero pecar, no, no...».

La lámpara del Sagrario parpadea y el Crucificado mira al hijo fiel que está de rodillas delante de Él... ¿Ves? También este joven tiene una fe varonil, porque la religión le da fuerzas en el tiempo de la tentación.

Después de todo esto, dime, amado joven, la religión ¿sirve únicamente para el pueblo y las mujeres?

No te creas, pues, por nada del mundo, por desgracia hay jóvenes que así se lo imaginan, que la vida profundamente religiosa sirve de obstáculo al desarrollo de una vida hermosa, noble y laboriosa. No te creas que el que quiere vivir continuamente en estado de gracia santificante, porque ésta es la verdadera vida religiosa, haya de ser preterido, se vuelva inhábil para la vida terrena y no sepa abrirse camino.

Hay jóvenes que piensan de esta manera respecto de la religión, y naturalmente les da escalofríos sólo el pensar en ella.

–¡Yo no quiero ser un santo así! –me dijo un joven de diecisiete años, que rebosaba de energía, que era un as en los deportes, que estudiaba honradamente y procuraba también poner orden en su alma... pero no quería ser un santo así.

–Y ¿cómo es ser así? –le pregunté.

–Pues no sé; ser un muchacho así, que se sienta cabizbajo en un rincón. Un muchacho así, sin vigor y fuerzas, que no sabe ver sino lo malo en la vida, que no sabe reír, que no se atreva a hacer de las suyas...

–Pero, ¡hijo! ¿Quién te metió en la cabeza que esto es la verdadera vida religiosa? Todo lo contrario. Verdad es que la religión nos prepara para la vida eterna; pero al mismo tiempo enseña que la vida eterna nos la ganamos mediante una vida terrena vivida con honor. Como ves, de esta manera aumenta y santifica el valor de la vida terrena, sus trabajos, el cumplimiento del deber. Por lo tanto, si quieres vivir con profunda religiosidad, ¿te crees que ya no puedes tener buen humor, que no puedes practicar el deporte, que no puedes frecuentar la soledad y abrirte camino en la vida? ¡Por Dios! No es eso. Vivir en gracia de Dios y tener un espíritu sinceramente religioso significa que cuando oras, contigo ora Cristo, que vive en tu alma, y, por lo tanto, se aumenta así la fuerza y el valor de tus súplicas; que cuando estudias, te asiste en el trabajo Cristo, que vive en tu alma, y así tus estudios se levantan y tienen la unción de la oración; que cuando juegas, te ejercitas en los deportes, «haces de las tuyas», o te distraes en la tertulia, por todas partes está contigo Cristo y sublima en acto cultural y en obras meritorias las manifestaciones más insignificantes de la vida diaria. Así es la vida del joven creyente; ésta es la verdadera religiosidad varonil.

¿Qué más impone al hombre? ¿La fuerza desmedida? ¡No! Sino la fuerza disciplinada, bien orientada, obediente.

Me gusta detenerme para ver cómo entra el expreso en la estación. Hace un minuto todavía corrían con estrépito los vagones de cien toneladas, jadeante se sorbía el aire la locomotora, y de repente..., a un leve movimiento de la mano del maquinista, se para, se queda inmóvil el jadeante monstruo de acero. ¡Magnífico! Una alegría suave inunda el alma. ¿Qué es lo que la cautiva? La fuerza obediente, aprisionada entre barreras. Pues bien, ésa es la fuerza que la religiosidad da a tu alma.

Los hombres próceres estaban dispuestos a hacer los mayores sacrificios por su alma.

San Bernardo se sentía atormentado por violentas tentaciones de los sentidos; saltó a un estanque medio helado: «Ahora veremos si todavía será indómito mi cuerpo».

San Francisco de Asís, sacudido por tentaciones de impureza, se arrojó entre ortigas: «Ahora veremos si se rebela mi cuerpo».

San Martiniano, aguijoneado por la tentación, puso el pie en el fuego: «¿Duele? Pues, y ¿si te condenas?» ¡Qué héroes más sublimes! ¡Los héroes de la conciencia y del carácter!

Por lo mismo tampoco yo quiero que seas un santo así. ¡No! El joven creyente ha de ser hábil, apto para la vida, listo, capaz de abrirse camino y ganar un puesto adecuado, tanto en el mundo científico, como en cualquier manifestación de la vida social.

Si Dios te dotó de gran capacidad intelectual, estudia alguna ciencia, y especialízate en ella; un especialista católico, que vive según el espíritu de su religión, enaltece a la Iglesia y edifica en el campo de la vida religiosa a millares y millares de hombres.

Si Dios te otorgó talento artístico, sé artista que se alimenta de su fe y alístate entre aquellos cuyos nombres insignes en el transcurso de los siglos sirvieron de gala al arte verdadero y de orgullo a la Iglesia Católica.

Sea cual fuere tu carrera tu oficio: ingeniero, periodista, médico, abogado, militar, comerciante, financiero, procura dos cosas: ser varonilmente religioso y verdaderamente preparado. Hermana con una vida profundamente religiosa una preparación especializada para que todo el país, todo el mundo, pueda considerarte modelo ideal del hombre religioso, moderno e inteligente.

Toda acción «moral» es en cierto sentido una reacción contra el mundo y una resistencia a las inclinaciones aviesas de la naturaleza; pero una resistencia que se opone justamente por amor a un ideal más elevado y más noble. San Pablo viajaba en un buque

dedicado a los dioses paganos Castor y Pólux, y no por esto se hizo pagano el Apóstol. Acaso nosotros también hayamos de pasar la vida en medio de un mundo corrompido, inmoral; y no por ello hemos de ser corrompidos e inmorales.

En las guerras napoleónicas hubo después de un combate una escena conmovedora. El campo de batalla estaba cubierto de cadáveres. Cuando el general en jefe pasó con su séquito por los campos de la muerte, en medio de la muchedumbre de los cadáveres se incorpora un joven herido y cruza sus brazos sobre el pecho. El general se detiene asombrado.

–¿Qué haces, hijo mío? –le pregunta.

–Ayer –contesta el joven– luchaba, porque soy soldado; ahora rezo, porque soy cristiano.

El general le tiende la mano con emoción:

Miradle; éste es el verdadero soldado.

Sí; cumplir sus deberes para con Dios y cumplir concienzudamente con su vocación; he ahí el hombre religioso, el carácter varonil.

26. Religión y carácter

¡Carácter varonil! ¡El tesoro más hermoso y más rico de la tierra! ¡Un hombre que distingue con claridad su fin, que no se deja vencer por las tentaciones, que no se desvía un solo paso de su camino, que es justo y puro de corazón, delicado en el trato con los demás, firme en sus principios! ¡Carácter varonil! ¡Qué raro es hoy entre nosotros!

Tú quieres serlo.

¿Sabes lo que más te ayudará a alcanzarlo? Una religiosidad profunda y sincera.

El joven creyente es un joven que tiene plena conciencia de sí y de su dignidad. Hijo del Señor Altísimo, experimento el más legítimo sentimiento de mi propia dignidad. Aprecio mi alma, la defiendo del pecado y la hermoseo con buenas obras, porque sé muy bien que tiene un valor incomparablemente mayor que toda la naturaleza en su conjunto. Pero estimo también mi cuerpo, y no permito que se rebaje hasta ser esclavo de costumbres pecaminosas, porque es el templo del Espíritu Santo, y debo, en consecuencia, preservarlo de toda profanación.

Sólo el joven creyente tiene derecho a sentirse santamente orgulloso. Solamente quien sabe inclinarse ante Dios puede ir por el mundo con la cabeza erguida. La religiosidad y la conciencia tranquila no hacen al hombre soberbio e insoportable, sino que le dan

temple de acero en medio del mundo actual, de este mundo que se inclina a todos los vientos como débil caña.

Echa, en cambio, una ojeada en torno tuyo: los que opinan frívolamente de Dios y de la religión, por lo regular se abaten como esclavos al servicio de los intereses humanos y de los fines egoístas.

La religiosidad da tal fuerza a la conciencia, que ésta no busca servil y cobardemente la opinión de los demás para orientar sus propios actos. El joven creyente se sobrepone a la corriente ruidosa de la vida exterior con la misma firmeza inquebrantable con que sabe adueñarse de su yo interior: de sus propias inclinaciones, anhelos, deseos.

El joven creyente no es oportunista. No reniega cobardemente de sus principios ni aun en el caso de encontrarse en medio de compañeros que tienen otro concepto de la vida. No comparte el parecer de los frívolos, no forma camarilla con los que hablan de una manera licenciosa, no duda con los incrédulos por temor de que «se rían de él».

Pero tampoco es esclavo de humoradas y caprichos; no es hoy la amabilidad personificada, para levantarse mañana «de mal talante»; sino que habla y obra siempre con premeditación, comportándose cual cumple a un hombre de cuerpo entero.

El joven creyente no es materialista. No anda continuamente a caza de ventajas materiales. Más allá del bienestar terreno y de las riquezas materiales conoce y ama los valores e ideales ultraterrenos, propios del espíritu. Si no puede hacerse rico a no ser con medios deshonrosos, prefiere quedarse pobre; todo sabe sacrificarlo, menos el honor. Diariamente ora y naturalmente también trabaja por lograr una vida feliz en esta tierra; mas no permite que su corazón, criado para Dios, se prenda de tesoros terrenos.

El joven creyente no es egoísta. Sabe vigilar sus instintos, sus deseos; y sabe también tenerlos a raya. Sabe que no está solo en el mundo y que no es él el centro del universo, sino que en su conducta ha de atender también a las miras de los demás. Cuando se pre-

senta la ocasión, ayuda a sus prójimos. Su mayor alegría es poder procurarla a los demás. No es terco y testarudo en sus juicios. Trabaja, estudia, con todas sus fuerzas procura adelantar, pero nunca quiere abrirse camino con medios poco leales. No adula ni se arrastra para conseguir sus fines egoístas. No busca el favor de los hombres contra su propia conciencia, sino que, cuando es necesario, sabe «obedecer a Dios antes que a los hombres»[26].

El joven creyente no es malhumorado, sombrío, no refunfuña. El que tiene su conciencia tranquila ante Dios, puede con derecho estar siempre alegre y de buen humor. Si ha de reprender a un amigo lo hace con el alma abierta, y se acabó. No guarda rencor ni ira en su corazón. En casa es amable y atento con sus padres, hermanos, amigos.

Un comerciante necesitaba un dependiente. Se presentaron más de cincuenta jóvenes, pero el comerciante escogió muy pronto y sin dificultad.

–¿Por qué has escogido precisamente a éste? –le preguntó un amigo–; no tenía ni una sola carta de recomendación.

–Estás equivocado –contestó el comerciante–; tenía muchísimas. Al llegar se quitó el barro de las botas y cerró la puerta; con esto vi que era hombre ordenado. Al entrar un señor de edad, le ofreció enseguida una silla; con esto vi que era hombre cortés y de buen corazón. A propósito dejé caer un libro; los otros tropezaron en él y lo apartaron; éste lo levantó; con esto vi que era atento y cuidadoso. Esperó con paciencia hasta que le tocó el turno; no daba empujones; era modesto. Al hablar con él noté que se había cepillado cuidadosamente el vestido, que iba bien peinado, que los dientes los tenía blanquísimos. Al firmar, vi que traía las manos limpias, y no tan sucias como aquel otro muchacho *chic*[27].

El joven creyente que se comporta de esta manera es el mejor reclamo de la religiosidad.

---

[26] He 5, 19.
[27] *Chic: (Adj.) Elegante, distinguido, a la moda. (N. del Ed.).*

El joven creyente no es pesimista. En los años de desarrollo el alma de muchos jóvenes se ve enturbiada por un vago pesar de la vida y un desaliento abrumador; la religiosidad verdadera le da fuerzas para sobreponerse. Como es obvio, el joven creyente también experimenta –y por cierto cada año más– el predominio que tienen entre los hombres la maldad, la falta de carácter, la inmoralidad; pero esta triste experiencia no le hace misántropo[28], pesimista; su religiosidad no le permite malgastar su fuerza de resistencia ni alistarse en las filas de los malos, dejándose arrastrar por la corriente general.

No es pesimista, porque junto a los defectos sabe sorprender también las cualidades innegablemente buenas de los hombres, descubre la moral en medio de la gran inmoralidad, y el carácter en medio de los hombres veletas.

El hombre religioso –dice un escritor– es como el pájaro, que canta aun cuando se rompa la rama del árbol en que se posó, porque sabe que tiene alas. La religión es el ala que levanta al hombre por encima de sí mismo, por encima de su miserable vida terrena y los límites estrechos de este mundo.

El joven creyente tampoco es soñador, idealista puro, de mirada unilateral. Es verdad que persigue ideales nobles, pero tampoco se desalienta si en la vida muchas veces nos hemos de contentar con un bien relativo sin lograr el absoluto. El fracaso, la preterición que experimenta, no le quitan el ánimo de trabajar, no le desaniman, no le amargan.

En dos palabras: El joven creyente es un joven de carácter.

---

[28] *Misántropo: Persona que, por su humor tétrico, manifiesta aversión al trato humano. (N. del Ed.).*

27. ¡Escoge!

Mi ideal es este joven de carácter, católico consciente y de plena convicción. ¡Ojalá fuera en aumento el número de tales jóvenes! Son para la patria una riqueza mayor que las minas, las fábricas, las redes ferroviarias, las vías comerciales y demás materiales riquezas. Quiero creer que mucho de los jóvenes de hoy llegarán a ser hombres conscientemente religiosos.

Por desgracia, si preguntáramos a los hombres de nuestros días: «Dime, amigo, ¿por qué eres tú propiamente católico?», muchos de ellos contestarían: «Soy católico porque también lo eran mis padres, y porque de ellos recibí en herencia precisamente esta religión».

¡No! Tú no has de contestar así. Al llegar a la edad madura responde: «Soy católico porque quiero serlo. Porque mi más profunda y santa convicción es que la Religión Católica se apoya en la verdad divina, eterna, infalible. Porque siento, y lo observo constantemente, que tan sólo una vida modelada según la religión católica fortalece, alienta, impulsa, brinda felicidad. No soy católico por rutina; no lo soy porque heredé esta religión, esto no sería mérito propio, sino porque sé que ésta es la religión verdadera y porque siento con toda el alma cuánto necesito yo esta fe verdadera.

No es ésta la prueba principal en que se apoya la verdad de mi religión; no obstante, influye profundamente en mi pensar que no

hay otra religión que satisfaga los deseos íntimos de la naturaleza humana y los anhelos más ideales del alma. Veo también el carácter divino de mi religión, porque aquellos que viven según sus preceptos suelen ser los mejores, los más nobles, los más amables; y porque nadie ni nada se atreve a oponerse tan abiertamente y con tal inflexibilidad a los instintos bajos y a las exigencias injustas de la naturaleza humana como la Religión Católica. Vigila y contiene en el recto camino no tan sólo nuestros actos, sino aun los pensamientos. No hay en el mundo religión tan severa como la católica, y una moral tan severa ha podido ganar precisamente a millones de hombres...».

¡Sí, esto es lo que espero oír de tu boca!

En los primeros siglos del cristianismo hubo un soldado romano, llamado Mario, que con su valentía incontrastable se ganó la *vitis militaris*. Esta condecoración llevaba anejo el derecho de poder pedir el primer puesto de capitán que vacase en la legión. Mario alegó este derecho en la primera ocasión, y fue nombrado capitán.

Mas he aquí que llega otro soldado, enemigo de Mario, y le delata como cristiano, indigno, por lo tanto, de ser ascendido al grado de capitán; a él, al denunciante, le pertenece tal puesto.

Preguntan a Mario. No lo niega:

–Soy cristiano.

Se le conceden tres horas para deliberar.

Mario va al obispo para preguntarle su parecer. El obispo introduce al soldado en el templo, le quita la espada del cinto y, teniéndola con una mano, mientras coge con la otra el Evangelio, le dice:

–Escoge entre ambos: entre la gloria militar y el Evangelio. Entre la vida y la muerte.

El soldado escogió el Evangelio. No esperó que pasaran las tres horas, y se presentó ante el tribuno. Fue martirizado acto seguido...

¡Escoge!, te dirá también la vida; acaso lo repetirá cien veces al día esta vida moderna, tan insensata y perturbadora.

¡Escoge!, te dirá también la sociedad, que sostiene actitudes equívocas; ¿persistes en ser soldado intrépido que con brazos férreos pugna por la vida pura, o te alistas en nuestras filas y aúllas con la turba?

¡Escoge!, te dirá alguna de tus lecturas filosóficas: ¿guardarás temeroso tu fe, o prestarás juramento a la bandera de la moderna incredulidad?

¡Escoge!, te dirá una novela que esté en boga, una película, una pieza de teatro, en que con estilo brillante y cincelado se venden inmoralidades.

¡Escoge! ¿Será en adelante tu ideal el de los jóvenes católicos, un San Luis Gonzaga, un San Emérico, de brazo robusto, de frente elevada hacia las estrellas, de alma pura como la nieve, o bien el estudiante de la vida moderna, con monóculo y polvos, con cara de tedio, con ojos sin brillo, que continuamente va de juergas y se encorva bajo el peso de los placeres?

¡Escoge! Y tú, amado joven, ¿qué escogerás?

Pido al cielo que te ilumine.

CAPÍTULO SEGUNDO

DIOS Y MI ALMA

1. Las tres preguntas del beduino

Agotada por el cansancio y arrastrando el paso, camina una caravana europea por los desiertos, al parecer, infinitos y áridos del Sahara. Los hombres casi no pueden con sus miembros rendidos, cuando de detrás de una colina de arena sale, de repente, una banda de beduinos, los cuales, cerrando el paso a la caravana, dirigen tres preguntas al guía de la expedición: «¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿A dónde vais?».

No puedo proponerte cuestiones más serias a ti, tierno joven, que ya te preparas para pisar el desierto de la vida.

¿Quién eres?

¿De dónde vienes?

¿A dónde vas?

Son preguntas decisivas; medítalas con santo recogimiento; la felicidad de tu vida terrena y tu destino eterno dependen de la respuesta que des.

«¿Quién eres?».

–¿Quién soy? N. N., estudiante del curso X...

Hombre, no es esto lo que pregunto. ¿Quién eres como capullo que se abre en el tronco milenario de la humanidad? ¿Quién eres como vida humana que se desarrolla colocada durante algunas decenas de años en esta tierra?

«¿De dónde vengo?».

¿Dónde estaba yo hace cien años? Acaso no existían a la sazón ni esta casa, ni este cuarto, donde ahora leo estas líneas. ¿Mis padres?... Tampoco vivían hace cien años. ¿Y yo dónde estaba?...

«¿Y a dónde voy?».

¿Dónde estaré yo dentro de cien años? Quizás exista todavía este cuarto dentro de un siglo; puede ser que precisamente haya en él un muchacho de mi edad, que lea un libro; pero aquel muchacho no seré yo. ¿En dónde estaré?

Ves, ¡qué preguntas extraordinariamente serias son éstas! Y no hay para contestarlas otra respuesta tranquilizadora que la que nos ofrece nuestra religión.

¿Dónde estabas hace cien años? Únicamente en el pensamiento de Dios.

¿Y dónde estarás dentro de cien años? Si tienes méritos para ello, ante el trono de Dios.

Las ciencias naturales enseñan que un día toda la tierra no era más que un gran globo incandescente. No podía haber en él ni siquiera el germen de un ser vivo. ¿De dónde vino el primer ser vivo a la tierra cuando la superficie de la misma empezaba a enfriarse lentamente? ¿Lo que antes no tenía vida la adquirió por sí de repente? Es imposible, pregona la ciencia.

¿Vino acaso de otra estrella el primer germen de vida? Esto no es más que demorar la respuesta, porque podemos seguir preguntando: ¿cómo llegó la vida a aquella otra estrella?

Hombre, ¿de dónde vienes?... Se yergue delante de ti la pregunta. No queda otra respuesta que la que nos da la religión: ¡Procedo de Dios! El primer ser viviente fue puesto en la tierra por Él.

Pero si es Él quien me creó, si vengo de Él, ¡entonces también he de volver a Él!

La naturaleza del alma muestra con toda claridad este fin. Mi alma se siente atraída por la bondad, por la verdad, por la belleza, corre en pos de ellas; mas no las encuentra con toda plenitud en ninguna parte, sino en Dios.

«Nos has creado, Señor, para ti –escribe con inspiración sublime San Agustín–, y nuestro corazón no encuentra descanso sino en Ti».

Es ist kein leerer, schmeichelnder Wahn
Erzeugt im Gehirne des Toren,
Im Herzen kündet es laut sich an:
Zu was Besserm sind wir geboren!,
Und was die innere Stimme spricht
Das tauscht die hoffende Seele nicht.

Schiller.

«No es una quimera que nace de la fantasía del iluso; es una voz fuerte que resuena en el corazón: ¡Hemos nacido para algo mejor! Y lo que dice esta voz interior no puede defraudar las esperanzas del alma».

Tengo alma, y ella vive eternamente. Pero no tengo más que una; por lo tanto, ¡cueste lo que cueste!, he de salvarla. ¿De qué? Del pecado. ¿Para qué? Para la vida eterna.

En un vaso frágil, por caminos peligrosos, a través de innumerables tentaciones y de enemigos que me acechan, llevo el gran tesoro, el tesoro que Dios me confiara: mi alma.

2. De Dios a Dios

Vengo de Dios y voy a Dios. Vivo para servir a Dios y muero para verle a Él. ¡Ojalá pensara con mayor frecuencia en este fin supremo de mi vida! No importa la carrera que escoja. En toda puedo alcanzar el fin eterno de mi vida y puedo también perderlo.

¿Perder mi fin eterno? ¡No! ¡No puede ser!

«Mas estos pensamientos, dirás acaso, hacen sombrío al hombre. Entonces nunca podemos estar alegres».

¡Qué van a hacerle sombrío! Sólo nos preservan de una huera frivolidad.

Aún más: hasta la importancia de la vida terrena y su verdadero fin sólo pueden verse a la luz de la vida eterna.

También a mí me place que la juventud sea alegre y rebose de buen humor. Pero no será obstáculo a tu jovialidad el que procures formarte concepto cabal respecto a la vida que te espera. Por lo tanto, sabe que la vida no es una ilusión, sino una realidad muy seria, por la que no nos es permitido errar a guisa de sombras; hemos de llegar a tener un carácter consciente, un temple de acero.

Me alegra el que los jóvenes den gran importancia a su propia vida y sientan una especie de respeto misterioso por su vocación; que comprendan cómo también ellos tienen su peculiar significa-

do en el ejército de Dios, que cuenta sus soldados por miríadas, y que sin ellos faltaría un clavo, aunque diminuto, en la gigantesca obra maestra del Universo.

Sea cual fuere la empresa que acometa el hombre, el primer deber que sobre él pesa es ver a las claras el fin que persigue con su trabajo. Pues bien; no hay en el mundo mayor empresa que la de pasar con éxito por la vida. Encárate, pues, sin timideces, con la pregunta decisiva: ¿por qué estoy en la tierra? ¿Qué fin tengo yo en ella?

He venido a este mundo. Viviré aquí veinte, cuarenta, cincuenta, sesenta años.

¿Y después abandonaré la tierra?

¿Dónde estaba yo antes de mi vida terrena? Únicamente en el pensamiento del Dios todopoderoso.

¿Adonde iré después de mi vida terrena? Ante el divino acatamiento para vivir con Dios eternamente, o eternamente sin Él, según lo haya merecido.

Según lo haya merecido; lo repito, porque esta frase tiene un significado decisivo. ¿Merecer? Pero ¿cómo, con qué se puede merecer? Aprovechando justa y concienzudamente esta efímera vida terrena de veinte, cuarenta, cincuenta, sesenta años.

Con vistas a la vida eterna es completamente indiferente que tú, joven mío, acabes tu vida terrena a los veinte o a los ochenta años de edad. Y es indiferente también que durante estas cortas decenas de años ciñas tu frente con real corona, que seas estudiante pobre o sencillo obrero.

Lo único que importa es cómo has obedecido en la vida terrena al Padre celestial y cómo has cumplido durante estas decenas de años, en el puesto en que te colocó la Divina Providencia, los deberes que llevaba anejos tu oficio. Mira: el ejército de Dios es grande; se necesitan en él todo género de armas; su

viña es muy extensa; es menester tener en ella obreros de todas clases, y no hay más obrero inútil que el que no trabaja, y no hay soldado que no sirva, si no es aquel que, falto de fin en su vida, tampoco es hombre de carácter.

3. ¿Por qué vivo?

No sé, amado joven, si has tenido ya en tu vida momentos de aquellos solemnes en que se presenta la gran pregunta: ¿propiamente, por qué vivo yo en esta tierra? Tal vez aun seas demasiado joven para esta pregunta. Sin embargo, podría ser que ya te hubiese embargado este pensamiento.

Echas una mirada en torno tuyo: ves cómo corren, cómo se atropellan los hombres para ganarse el pan cotidiano, cargados de pesares terrenos; cómo van sufriendo cincuenta, sesenta, setenta años en la galera de la vida, y después...

¿Después? Mueren. Con la muerte, ¿se acaba todo? Entonces, ¿por qué han vivido?...

Es una pregunta de importancia decisiva. Un hombre que durante su vida entera no había hecho sino correr en pos de los placeres, dijo en su lecho mortuorio:

–Grabad este epitafio en la losa de mi tumba: «Aquí descansa un tonto, que se fue del mundo sin saber siquiera por qué había venido».

«¡Tonto!» ¿Por qué hay sol? Para que alumbre y caliente.

¿Por qué hay lluvia? Para que fecunde la tierra.

¿Por qué hay bosque? Para que renueve el aire. Todo tiene su finalidad en este mundo.

¿Por qué existe el hombre? ¿Él habría de ser el único que careciese de finalidad? ¿Cuál es su objetivo? Schopenhauer, el filósofo incrédulo, dice que no puede saberse cuál sea el fin del hombre. «*Leben* (vida) –escribe–. Invierte las letras: *Nebél* (niebla). Una niebla cubre el fin de la vida. Ni la ciencia, ni el arte saben por qué vivo».

¿Quién lo sabe, pues?

Abre el Catecismo y lee sus primeras líneas: «¿Para qué fin ha sido creado el hombre?». ¡Ah! ¡Eso es lo que yo busco! Ahora bien, ¿para qué fin? «Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra».

Aquí se abre ante tus ojos todo un mundo. ¿Es éste el fin de la vida? ¿Estamos por eso en la tierra? ¿No para amontonar mucho dinero? ¿No para saciarnos en los festines? ¿No para correr sin aliento en pos de los placeres? ¡No!

Sería así mucho más fácil, y servir a Dios a veces resulta difícil.

Y es trabajo ingrato tener a raya los deseos de los sentidos. ¡Toda nuestra existencia se trueca en lucha continua si queremos perseverar en el servicio de Dios! Pero el fin del hombre no es la vida terrena, sino la eterna. Por eso, si hay que luchar, al menos mediante este combate lograré un tesoro inapreciable.

Carlos el Sabio, rey de Francia, colocó sobre una mesa la corona, y sobre otra la espada. Llamó después a su hijo: «¡Escoge!» El príncipe alargó la mano sin titubear para empuñar la espada, y dijo: «¡Con ésta, aquélla!» Con la espada conseguiré mi corona, dijo el príncipe real de Francia. Con mi vida perseverante, fiel, obediente a Dios, conseguiré la corona celestial, has de decir tú.

Todos los hombres desean ser felices, es un deseo natural del corazón humano. Pero esa felicidad y ese tesoro hemos de buscarlos donde verdaderamente se hallan. El niño busca su dicha en el juguete, el joven en los placeres, el hombre maduro en el dinero..., y después todos llegan al lecho de la tierra sin haber encontrado el tesoro anhelado. ¡Todos quieren ser felices, felices, felices!

¿Es feliz el que tiene mucho dinero? No, porque aun desea más, y continuamente teme perderlo.

¿Es feliz el que se sumerge en los placeres terrenos? No, porque al esfumarse el placer efímero de un momento, tanto más vacía siente su alma.

¿Dónde está, pues, la felicidad? ¿Quién es el hombre feliz?

–¿Qué te parece?, ¿quién es el más feliz? –preguntó en una ocasión Carlos IX, rey de Francia, al célebre poeta italiano Torcuato Tasso.

–Dios –contestó el poeta.

–Bien; pero ¿entre los hombres?

–El que más se asemeja a Dios.

–Bien; pero ¿cómo podemos lograr la mayor semejanza con Dios? ¿Con la fuerza, con el poder? –preguntó el rey.

–No –contestó Tasso–, sino con la práctica de la virtud.

Qué sabiduría palpita en las líneas de Miguel Ángel, cuando en 1554, después de una vida larga –contaba a la sazón setenta y seis años de edad–, consigna el resultado: «En el mar alborotado, mi pequeña barca, mi vida agitada, ya ha alcanzado el puerto donde nos espera la gran cuenta y donde se pesan todas nuestras acciones buenas o malas. Ahora veo cómo ha jugado locamente conmigo la fantasía falaz, que erigió en ídolos el arte y el deseo, que no traen más que sufrimiento... Mi alma ya no busca sino el amor de Dios, que desde el lábaro de la cruz nos tiende las manos con compasión».

4. ¡Alerta!

En el camino que lleva a Dios, el único obstáculo que has de vencer, el único enemigo que has de combatir es el pecado. ¡El pecado!, ¡el pecado! Es tu único enemigo.

Los *scouts* tienen una divisa: «¡Alerta!», se dicen siempre que se encuentran. ¡Magnífico aviso! Es también uno de los principios fundamentales de la vida espiritual. ¡Alerta! ¡Alerta!, para que no se te escape la ocasión de una obra buena.

Pero ¡alerta! también para guardarte en la tentación, para que tu alma no caiga en pecado. ¡Alerta! para que el pecado no robe la tranquilidad de tu alma.

Una noche tocaron a la puerta de un convento toscano.

–¿Quién eres y qué buscas? –preguntó el portero,

–Soy Dante Alighieri y busco la paz; –contestó el poeta, y en su voz vibraba la sed inextinguible del alma humana por la paz espiritual–. ¡Cuidado, hijo mío, no vendas la tranquilidad de tu alma por los goces con que te seduce el pecado!

¡No, no! ¡Bien lo sé yo que la dulzura del pecado, que tanto me tienta, no es más que cebo en el anzuelo. Si llega la tentación, ¿quién puede evitarla?; si me seduce el pecado, ¡como a todos!, recordaré enseguida mi tesoro sublime, mi alma, y me alentaré a mí mismo de esta manera: «No, no lo hagas, ¡sería una lástima!, por ti».

¡Sería una lástima!, por tu pobre alma, que siempre has guardado con tanta cautela, y ahora, después de tantas luchas victoriosas, habría de caer en pecado.

¡Sería una lástima!, por tus ojos brillantes y limpios, en cuyo fuego ardía hasta ahora con tanto esplendor el alma pura que mora detrás de ellos.

¡Sería una lástima! que el mundo sereno en que vives, que la felicidad tranquila de que disfrutas, los turbara el pecado. ¡Lástima, porque tu vida eterna se perdería!

El que tiene su alma en orden atraviesa tan alegremente la vida, como la gacela que despreocupada salta por encima de abismos que producen vértigo.

En la isla de Java vive una clase de chinches, el *ptilocerus ochraceus*. Elimina un líquido agradable e incitante; las hormigas, aturdidas, corren a él y se emborrachan. Es lo que espera la chinche; enseguida chupa la savia de vida del cuerpo de las hormigas, y después abandona el cadáver en el polvo del camino.

¡Lo mismo que el pecado! Engaña, embriaga al joven con falaces promesas, de continuo merodea en torno suyo; si después el joven tiene la desgracia de cometer lo que se le propuso, el pecado le quita la tranquilidad, la alegría y lo abandona con la conciencia llena de remordimientos.

Mas acaso ¿basta que evites los pecados graves? Claro está que de éstos debes guardarte en primer término; pero has de luchar también contra los veniales.

¿O crees que el pecado venial no es más que leve rasguño en el alma, y no le infiere grave daño?

Leve rasguño, nada. Sin embargo, mira un cuadro con rasguños, míralo; ni siquiera llegas a conocerlo. ¡Y ay de ti si Dios no reconoce tu alma el día del Juicio!

Un leve resfriado; nada. No obstante, si lo descuidas, puede trocarse en pulmonía.

Una pequeña chispa; nada. Mas si no tomas precauciones, no tardará en declararse un incendio.

Una pequeña rendija en el buque; nada. Si no la tapas, día llegará en que naufragues.

Un gota de tinta; nada. Pero una gota de tinta en un vaso de agua enturbia y ennegrece el agua límpida y cristalina.

Una pequeña bola de nieve; nada. Si un impulso cualquiera la echa a rodar puede arrastrar consigo una verdadera avalancha.

¿Te parece, pues, que el pecado leve no es nada?...

Un emperador romano tenía un ciervo favorito. Para que nadie tocara al noble animal, colgó de su cuello una cadena de oro, con esta inscripción: *Noli me tangere: Caesaris sum!* «¡No me toques: soy del César!». Cuando llega, pues, la tentación, dile con enérgico ademán: «¡No me toques: soy de Jesucristo!».

5. ¿Pecado o tentación?

Bien; ya que he escrito con tanta severidad del pecado como del único peligro de tu alma, quiero exponer también con toda claridad lo que no es pecado, sino sólo tentación.

Tu temperamento es fogoso; eso aun no es pecado. Te asalta una infinidad de tentaciones; eso aun no es pecado. Has de luchar con tus malas inclinaciones; eso aun no es pecado. Por muchas faltas que descubras en ti, no ceses de luchar contra ellas.

«¡Pero si mi temperamento es tan apasionado!». No importa. La pasión es un peligro grande si la dejas con las riendas sueltas; pero es un valor precioso si la refrenas con mano firme. Todos los hombres grandes fueron apasionados; pero con voluntad férrea vencieron sus pasiones, aplicaron a su velamen[29] la fuerza motora que late en ellas, y precisamente con la ayuda de las pasiones crearon las obras más grandes.

Lee cómo el mismo Apóstol San Pablo se queja de tentaciones atormentadoras: «Por lo que yo mismo no apruebo lo que hago, pues no hago el bien que amo, sino antes el mal que aborrezco, ése lo hago... Hallo en mí la voluntad para hacer él bien, no hallo cómo cumplirla... Me complazco en la Ley de Dios, según él

---

[29] *Velamen: conjunto de velas de una embarcación. (N. del Ed.).*

hombre interior, mas echo de ver otra ley en mis miembros, la cuál resiste a la ley de mi espíritu»[30].

Ya ves, también San Pablo tuvo muchas tentaciones; mas la tentación en sí no es pecado; lo es tan sólo el consentimiento de la voluntad. Si la voluntad resiste, la tentación vencida se nos imputa como gran mérito. «Al que venciere, yo le daré a comer del árbol de la vida...»[31].

«¡Imposible! Yo no tengo la culpa. Muchas de mis malas inclinaciones son hereditarias...». Así se excusan muchos jóvenes cuando en un momento de recogimiento la conciencia levanta su voz contra alguna de sus graves faltas.

«Lo he heredado, es el peso de la herencia...», son palabras abrumadoras de puro serias, y muchas veces, ¡por desgracia!, esconden una verdad terrible. El hecho en sí es cierto; pero su proceso y sus leyes forman aún un misterio desconocido de la ciencia. Que se pueden heredar cualidades e inclinaciones es una realidad innegable; pero hoy no conocemos aún las leyes que rigen en este campo.

Es un hecho que los hijos pueden heredar de sus padres, no sólo un organismo robusto o enfermizo, sino hasta las mismas inclinaciones, malas o buenas. Esta herencia los acompaña por toda la vida; aún más: estas inclinaciones heredadas de los padres son transmitidas a la vez por los hijos a su propia descendencia.

Joven, acata esta voluntad misteriosa de la Divina Providencia. Yo mismo tuve ocasión de presenciar muchas veces la pelea ardua que hubo de sostener alguno que otro de mis estudiantes contra sus malas inclinaciones. Uno ha de luchar terriblemente contra los millares de tentaciones de la concupiscencia; otro contra la precipitación de la ira; el tercero contra el orgullo..., y ni siquiera sospechan que acaso luchan contra una mala inclinación heredada de sus antepasados.

---

[30] Ro 7, 15; 18; 22-23.
[31] Ap 2, 7.

Pero ¿por qué te explico ahora este misterio de la vida? ¿Acaso para darte más libertad de pecar y cortarte las alas para la lucha? ¿Para que al leer estas líneas exclames: «¡Claro está! Lo veo; también yo he heredado esta o aquella mala inclinación, por lo tanto es vano todo combate...»?

Dios me libre. No es ésta la razón que me mueve. Dos motivos me llevan a hablar de este asunto tan serio.

En primer término, quiero infundirte ánimo para proseguir la lucha. Por muchas veces que reincidieres, no te desesperes y no pierdas el ánimo. Quizás no tengas tú toda la culpa. Puede ser que verdaderamente hayas de luchar contra malas inclinaciones ya heredadas y sólo el Dios todopoderoso podrá decir a fin de cuentas qué parte te ha de imputar a ti en la caída.

Pero entonces, ¿tiene una finalidad la lucha? Sí. Porque la herencia tan sólo influye en nuestros actos, pero no nos quita por completo el libre albedrío.

En segundo lugar quiero hablar de esta cuestión, para que te formes concepto cabal de la enorme responsabilidad que llevas.

Has de ver con toda claridad que tu juventud pasada honradamente o de una manera pecaminosa imprime sus huellas en toda tu descendencia. Quien mancha su juventud con una vida frívola y acciones inmorales, será maldecido por sus futuros nietos, que nazcan con voluntad débil, con un cuerpo enfermizo: la vida inmoral del padre los ha contaminado.

En cambio, si ahora luchas con vigor varonil contra el mal y sabes decir un «no» firme a la tentación, combates, no sólo por ti mismo, sino también por tus hijos y por tus nietos, cuya lucha por el bien será mucho más fácil que la tuya; tu combate heroico les habrá facilitado la tarea.

6. El ojo de Dios todo lo ve

Los niños húngaros, para asegurar su regla contra los hurtos de sus compañeros, escriben en ella el siguiente versículo:

«El ojo de Dios todo lo ve: no hurtes esta regla».

Así ponen sin comprender el profundo pensamiento que expresan estas dos líneas.

En efecto, no hay defensa más eficaz contra las tentaciones que imaginarse vivamente que Dios está presente en todas partes; por lo tanto, ahora, en este momento, está conmigo. Esto lo has aprendido tú también en el catecismo, pero no basta. Has de recordar esta verdad con la mayor frecuencia posible.

Si no tienes ganas de estudiar, si sufres una desgracia, si estás triste, si tu alma se abruma de pesares, exclama: «Señor, Tú estás aquí, junto a mí, ¿verdad que no me abandonarás nunca?».

Principalmente, si te cerca la tentación, al sentir cuánto te atrae y te llama el pecado, exclama con José de Egipto: «¿Cómo puedo yo cometer esa maldad y pecar contra mi Dios?»[32].

¡Ah!, hijo mío, si antes de realizar nuestros actos preguntásemos siempre a Dios: «Señor, mira, ve lo que quiero hacer. ¿Te servirá de alegría? ¿Sí? Dame, pues, tu bendición». Si dejára-

[32] Gn 39, 9.

mos de hacer todo aquello para lo cual no nos atrevemos a pedir la bendición de Dios, ¡qué distinta sería toda nuestra vida!

«Sea cual fuere el sitio en que me encuentre, sea cual fuere lo que piense o haga, Dios todo lo sabe»; este pensamiento es fuerza en la tentación y consuelo en el sufrimiento. El soldado lucha más denodadamente si le ve su general; el niño estudia mejor si su padre está junto a él; también yo lucharé más victoriosamente por mi alma, si sé que no he de luchar a solas.

Un verano viajé entre Nueva York y Nueva Haven. La dirección de la Compañía de Ferrocarriles pone especial cuidado en que sus empleados sean hombres de la mayor confianza y por esto hace que los vigile un grupo especial de policías.

En cierta ocasión uno de los empleados pidió vacaciones, so pretexto de que había muerto uno de su familia. El primer día de reanudar el servicio, su jefe le enseña una fotografía: era una fotografía del empleado; pero en vez de estar en medio de un cortejo fúnebre se divertía con alegres compañeros. Los mismos policías sacaron la fotografía. ¡Pobre de él! Si hubiera sabido que vigilaban todos sus pasos y fotografiaban cada uno de sus movimientos, ¡cuan diferente hubiese sido su conducta!

El ojo de Dios es más agudo que la placa fotográfica; si ya en una placa buena se distinguen los objetos más pequeños, ¡cuánto más se distinguirán en el ojo de Dios las más insignificantes obras buenas o malas!

¿Qué dice Virgilio al Dante en el Purgatorio? «Aunque llevaras mil caretas, tus pensamientos no me serían desconocidos». Se sacan fotografías de todos nuestros movimientos, de nuestras palabras, aun de los deseos más secretos, y todos estos cuadros serán presentados un día en una exposición mundial.

Piensa, pues, muchas veces en esta verdad: Dios me ve. El Dios todopoderoso que me creó me ve. El Dios santo, a quien ofende infinitamente el pecado, me ve. Teme a Dios para que no

caigas en pecado; pero ámale también para poder avanzar por el camino de la virtud: *Time Deum, ne deficias; ama Deum, ut proficias.*

Caminamos siempre ante los ojos de Dios. Vivimos verdaderamente en Dios, como en el aire que nos rodea, como en los rayos de sol que nos alumbran. No tenemos pensamiento, que Él no conozca; no pronunciamos una sola palabra, que Él no oiga.

El labrador en el campo levanta sus ojos, y su mirada llena de gratitud es un rezo silencioso dirigido a Dios. El que lucha con la tentación se dirige a Dios para implorarle ayuda; el moribundo murmura su nombre.

Los buenos Le bendicen; los malos Le temen. Ante Él se arrodillan los soldados antes de emprender el combate; a sus pies depositan los reyes su corona...; no hay lugar, tiempo, ocasión en que el alma humana no acuda a Dios.

En cierta ocasión –escribe Séneca– hablaban dos guardias ante la tienda de Antígono, y precisamente murmuraban de él. Antígono levantó de improviso las cortinas de la tienda y dijo a los soldados espantados: «Por lo menos, id un poco más allá para que yo no oiga lo que habláis».

Entre Dios y yo también hay una cortina: el mundo material. Yo no veo a Dios, y, no obstante. Él me ve y me oye. Y no puedo ir «más allá». ¿A dónde iría, dónde podría esconderme de Dios al querer cometer un pecado? No hay lugar adecuado. El Señor conoce todas mis obras, todas mis palabras, hasta todas las cuentas secretas que hago en mi interior: en suma, todos mis pensamientos.

Federico el Grande visitó en Brandeburgo una escuela de pueblo, precisamente durante la clase de Geografía. El emperador preguntó a un muchacho dónde estaba situado un pueblecito.

–En Prusia –le contestó.

–Y ¿dónde está Prusia? –siguió preguntando el emperador.

–En Alemania.

–¿Y Alemania?

–En Europa.

–¿Y Europa?

–En el mundo.

–¿Y el mundo? –fue la última pregunta del emperador.

El muchacho quedó pensativo un momento; después soltó la respuesta:

–¿El mundo? En la mano de Dios.

El muchacho contestó bien. Realmente «dentro de Él (Dios) vivimos, nos movemos y existimos...»[33]. «Ver en todo y sentir en todo a Dios». Si nunca olvidaras este pensamiento, ¡cuánto más bella y más fácil sería tu vida espiritual!

Cuando en el campamento de los *scouts* una deshecha tempestad hace crujir los ingentes árboles hemos de hincarnos de rodillas y en medio de rayos y truenos exclamar: «Señor, estás aquí; eres grande, te adoro».

Cuando hombres groseros blasfeman del nombre de Dios, hemos de decir: «Señor, Tú estás aquí; oyes estas blasfemias. ¡Bendito sea tu santo nombre ultrajado!». Cuando estás solo en casa, en tu cuarto de estudio y la tentación te empuja al pecado susurrándote falazmente al oído: «Adelante, adelante, comete este pecado, porque nadie te ve», entonces has de repetir: «Señor mío, si nadie me ve, Tú me ves aquí, y yo no quiero serte infiel».

Cuando en el silencio de la soledad sientes arder el fuego de los rebeldes incentivos, inclina la cabeza y arrodíllate: «¡Señor, Tú estás aquí; ves la lucha ardua que he de librar, no me abandones!».

Y cuando te tienta el pecado –como lo consigna la Sagrada Escritura– y te dice: «¿Quién hay que me vea? Rodeado estoy de tinieblas, y las paredes me encubren, y nadie me atisba: ¿a quién tengo que temer?», has de contestar también con las palabras de la

[33] He 17, 28.

Biblia: «El ojo de Dios está viendo todas las cosas... Los ojos del Señor son mucho más luminosos que el sol, y que descubren todos los procederes de los hombres... y ven hasta los más recónditos senos del corazón humano»[34].

Dichoso el joven que con fervor recita muchas veces las líneas admirables del Salmo 138:

«¡Oh Señor!, Tú has hecho prueba de mí, y me tienes bien conocido.

Tú sabes cuánto hago, ora esté quieto, ora andando.

De lejos penetras mis pensamientos; averiguaste mis pasos y mis medidas.

Tú previste todas las acciones de mi vida: todo lo sabes, aunque mi lengua no pronuncie palabra.

Todo lo conoces, Señor, lo pasado y lo venidero; Tú me formaste, y pusiste sobre mí tu mano.

Admirable se ha mostrado tu sabiduría en mi creación; se ha remontado tanto, que es superior a mi alcance.

¿Adonde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y adonde huiré que me aparte de tu presencia?

Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo allí te encuentro.

Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere a posar en él último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra.

Tal vez, dije yo, las tinieblas me podrán ocultar; mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres.

Porque las tinieblas no son obscuras para Ti, y la noche es clara como él día: obscuridad y claridad son para Ti una misma cosa. (...).

Pruébame, ¡oh Dios mío!, y sondea mi corazón; examíname y reconoce mis pasos:

mira si hay en mí algún proceder vicioso, y condúceme por él camino de la eternidad».

[34] Sir 23, 25-28.

Las leyendas griegas hablan con orgullo de un denodado héroe de los mares, de Ulises, que mató monstruos, que venció gigantes, que con sus mañas se burló del pueblo de los enanos, no temía a nadie, si no eran las sirenas.

La sirenas, según la leyenda, eran seres misteriosos que vivían en el fondo de los mares, y con canciones hechiceras atraían a los marinos hacia las rocas que se ocultaban bajo la superficie de las aguas para que el buque se estrellase. Así la tripulación caía prisionera de las sirenas.

Y ¿sabes qué hizo Ulises cuando tuvo que pasar junto a la isla peligrosa de las sirenas? Llenó de cera los oídos de sus compañeros y se hizo atar al mástil. De esta suerte puedo pasar sin daño alguno a través de las tentaciones allí donde centenares y centenares de hombres habían perdido su libertad, su carácter y su felicidad.

Para ti las sirenas son las tentaciones del mundo exterior y las inclinaciones malas que llevas en tu interior. No podrás pasar por la vida sin naufragio espiritual, si no cierras tus oídos a las tentaciones astutas y no te atas con fidelidad, con amor, con perseverancia, al lábaro de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. *«Omnia cum Deo, nihil sine eo!* ¡Todo con. Dios, nada sin Èl!».

Si toma vida en nosotros este pensamiento entonces aprenderemos esta admirable sabiduría: abandonarnos en todas las circunstancias de nuestra vida en manos de Dios.

Podemos pedir a Dios cualquier cosa que sea, pero hemos de añadir siempre las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya»[35]. Estemos ciertos de que la mano de Dios sobrepuja en liberalidad a nuestros mismos deseos.

Cuando Bramante, el gran arquitecto, acabó el diseño del grandioso templo de San Pedro en Roma, mandó el plano al Papa

[35] Lc 12, 42.

Julio II por conducto de su hijito. El Papa se alegró mucho al ver el hermoso proyecto y abrió el arca del dinero.

–¡Toma un puñado! –dijo al hijo de Bramante.

–¡Toma un puñado tú, Padre Santo; tu mano es mayor! –le contestó con ingenua valentía el niño. Fue valeroso por saber que podía confiar en el Papa.

También yo pasaré con valor a través de la vida si tengo siempre confianza absoluta en Dios y en sus designios. «Toma un puñado Tú, Padre mío, y espárcelo por mi vida. Es seguro que así saldré ganando».

7. ¿Cuánto vale un alma?

El que quiera apartarse de Dios tendría que crear para sí un mundo nuevo. Pero yo no quiero separarme de Dios, sino más bien quiero incorporarme al pensamiento de Dios y hacerme cada vez más semejante a Él.

No puedo imaginarme más hermoso título nobiliario que el otorgado a nuestros primeros padres, según se consigna en las páginas de la Sagrada Escritura: «Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya»[36].

En la naturaleza exterior tan sólo encontramos las huellas de Dios; pero el hombre es su imagen misma. Es su imagen por el alma espiritual e inmortal, por el entendimiento, por el libre albedrío; pero sobre todo es su imagen cuando la gracia divina inunda su alma.

Mi alma procede de Dios, y por esto no descansa hasta que más allá de todos los obstáculos terrenos, de todas las tentaciones de placeres, de todas las inclinaciones pecaminosas y de innumerables caídas, halla de nuevo su Fuente eterna; lo mismo que no descansa el torrente hasta que, pasando por rocas, precipicios y diques que le cierran el camino, desemboca en su fuente primitiva: en el mar.

---

[36] Gn 1, 27.

Un príncipe pidió en cierta ocasión a Benedicto XI una cosa que el Papa no podía permitirle. El Pontífice le contestó: «Si tuviera dos almas, lo permitiría. Pero como tengo una sola no puedo permitirlo».

Si tuviera dos almas podría exponer una de ellas al peligro de la condenación...

No tengo sino una sola alma, mas ¡cuán valiosa es!

Todas las criaturas, aun las más miserables, todas hablan de los atributos sublimes de Dios: de su poder, de su sabiduría, de su amor; pero cuando miro al hombre, entonces veo que Dios creó en él algo más sublime que todas las pompas de la gran bóveda estrellada.

Cuanto más conozca la fisiología los admirables órganos del cuerpo humano, con cuanta mayor claridad descubra la psicología el inmenso dominio de la vida espiritual del hombre, tanto más profundamente admiraremos al Creador.

Y más allá de toda esta magnificencia, ¡a qué altura más sublime sube el alma humana que está exenta de pecado! ¡En ella vive el mismo Dios; en ella, como en templo, habita el Espíritu Santo!

¡Ojalá tú también puedas repetir: «Mi alma, libre de pecado, es el templo del Espíritu Santo»! ¿Qué significa esto?

Significa que el Espíritu Santo, con sus dones, me da sabiduría para que pueda servir con mi vida a Dios y a mi propia alma; me hace prudente para que comprenda mejor la fe; me inspira en las cosas espirituales; me robustece en el cumplimiento del deber; me llena de ciencia para descubrir la voluntad de Dios; me infunde fervor para cumplirla, para temer a Dios y servirle con fidelidad.

Tal es la sublime realidad expresada por la afirmación, al parecer sencilla, de que mi alma es el templo del Espíritu Santo.

Moldear con gran esmero la imagen de Dios en el alma; ligar mi entendimiento, mis inclinaciones, mis deseos a su santa volun-

tad, ser consorte de la divina naturaleza[37]: he aquí el ideal de mi vida. ¡Ideal sublime! En cambio, por muy grandes que sean, según el sentir del mundo, los méritos de un hombre, si éste descuida en su alma la imagen de Dios, todo su trabajo será paja seca, que el viento del juicio esparcirá.

Pero ¿no hay acaso exageración en este aserto? No; no hay tal.

Mira: hubo un tiempo en el que aún no existía el hombre; y, sin embargo, ya existía, ya vivía Dios. Hubo un tiempo en el que no volaban pájaros por el aire, ni nadaban peces en el agua; mas Dios existía, vivía. Hubo un tiempo en el que no murmuraba aún el arroyuelo, ni florecía la pradera, ni se levantaba el sol, ni brillaban las estrellas, ni corría una gota de agua, ni había una sola arenilla; pero Dios existía, vivía...

Para Él mil años son como un día. En Él no hay siquiera sombra de cambio. Todo se gasta, como el vestido; pero Él no sufre mengua.

Y considéralo, joven mío: tu alma aseméjase en cierta manera a este Dios majestuoso; viene a ser en algún modo su imagen.

El alma humana tiene principio; mas no tendrá fin. No existía antes de su creación, pero después no fenecerá. Todo muere, todo se pierde, mas no el alma. Pasan millares y millares de años, y tu alma vive. Millones de seres desaparecen y tu alma sigue viviendo. ¿Cómo vive? En una felicidad eterna junto a Dios, o... en una desdicha eterna, lejos de Dios, precipitada a los abismos.

---

[37] 2Pe 1, 4.

8. *¿Quid hoc ad aeternitatem?*

En el tesoro del Shah de Persia hay una esfera sobremanera valiosa. Su diámetro no pasa de treinta centímetros, y el mar y los países aparecen en ella, no pintados con diversas tintas, sino formados de las más raras piedras preciosas. Inglaterra, por ejemplo, está hecha de rubíes; las Indias, de diamantes; los mares, de esmeraldas. El valor de esta esfera es incalculable. Cuando en la guerra mundial los rusos se acercaban a Persia escondieron este tesoro.

Joven, ¿guardas tú también con tanto aprecio tu alma? ¿Aquel tesoro, aún más valioso que la esfera del Shahvmás valioso que todo el universo? ¿Te cuidas bastante de ella? ¿Adelanta, se enmienda, se ennoblece tu alma de día en día?

Daniades, embajador de Atenas cerca de Filipo, rey de Macedonia, alabó en cierta ocasión a su patria, Atenas, con gran entusiasmo, y la proclamó la ciudad más bella del mundo. Filipo pidió al embajador que dibujara la silueta de la ciudad. Y cuando la vio el rey, exclamó: «He de poseer esta ciudad, cueste lo que costare...».

Y tú, ¿qué ciudad has de conquistar? Tu patria eterna y celestial. Dime, ¿trabajas por ella? ¿Luchas por ella?...

Hoy muchos jóvenes de los llamados buenos van los domingos con fervor a la iglesia; rezan las oraciones de la mañana y de la noche; pero durante todo el día pocos indicios dan de su ánimo religioso.

Mi ideal es el joven cuya religiosidad no aguarda para manifestarse una función solemne, sino que se funde por completo con las manifestaciones de la vida diaria, las empapa y resalta en todos sus hechos, como en un magnífico tapiz persa resalta el color del fondo en medio de los matices que se le han añadido.

Para el joven verdaderamente creyente el mandato de Dios es la ley primera, la ley básica del mundo, que obliga a reyes lo mismo que a estudiantes, y cuyo cumplimiento no es motivo de rubor, sino que se ha de pregonar con valentía ante el mundo entero.

Si en la obscuridad no distinguimos bien un objeto, ¿no lo llevamos a la luz del día para verlo mejor?

Muchas veces te encontrarás en situaciones en que de repente no podrás fallar si lo que vas a hacer es lícito o vedado. Te será muy útil indudablemente en estos trances colocar tu acción a la luz de la eternidad; la claridad que proyecte nuestro destino eterno, no te engañará respecto a tu propósito.

Según las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, todas nuestras obras, palabras, pensamientos, tienen consecuencias que repercuten en la vida eterna. Por lo tanto, expresa un concepto completamente católico el gran pensador inglés Carlyle cuando escribe: «No hay nada que sea de un valor efímero, momentáneo; las palabras no se pierden por completo en el espacio vacío; ningún suspiro del corazón, ningún sacrificio de la voluntad desaparecen sin dejar rastro; todo se dirige a la eternidad.

«No hay trabajo en el mundo que se pierda por completo –no importa que lo sepamos o lo ignoremos–. La obra más insignificante y desconocida no se pierde por completo; sino que a manera del arroyuelo, que fluye en secreto bajo la tierra y desde su escondrijo hace brotar el verde césped de la pradera, corre juntamente

con otras venas de agua, se les une y un día brota de la obscuridad, cómo fuente visible y victoriosa».

He aquí por qué es de un valor profundísimo el concepto que del mundo tienen los Santos, los cuales miran todas las manifestaciones de la vida *sub specie aeternitatis*, es decir, bajo el punto de vista de la eternidad. Antes de obrar se plantean la cuestión: *¿Quid hoc ad aeternitatem?* «¿Qué valor tiene esto para la eternidad?».

Te recomiendo, en medio de tus obras, de tus palabras, de tus planes, esta máxima: *Quidhoc ad aeternitatem?*

9. Eternamente

Los hombres de nuestro tiempo todo lo aseguran: seguro de casas contra incendios, seguro de inmuebles contra robos, seguro del jefe de la familia para caso de muerte, seguro del trigo contra el granizo, seguro de buques para caso de naufragio, seguro de accidentes del trabajo para obreros...

¿Y tu alma? ¿Has firmado ya el seguro de tu alma? ¿Contra qué? Contra la condenación eterna.

Hijos fieles de Dios, observamos su ley, no tanto por el deseo de evitar la condenación eterna cuanto porque amamos al Padre Celestial.

Pero es indudable que tenemos también momentos de debilidad, en los cuales es difícil perseverar en el camino del honor. Hay tentaciones tan fuertes que no podemos vencer a no ser pensando en la responsabilidad que pesa sobre nosotros, en la gran cuenta final y en la vida que le sigue. «Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno»[38] –dice la amenaza del Señor–; también esto me conforta cuando estoy para caer en una tentación vehemente.

¿Al fuego eterno? No, no. Yo quiero una vida eterna feliz; yo quiero alcanzarla.

---

[38] Mt 25, 41.

He visto en el mundo muchas cosas hermosas, las obras maestras de la naturaleza y del arte humano; pero ¡no me bastan todas ellas! Mi alma está sedienta y busca más. Anhela la contemplación de la hermosura primordial, única y eterna, en vez de estos fragmentos de belleza. Anhela poseer la verdad eterna, en vez de estas sombras que se desvanecen.

«Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes obscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no Le conozco ahora sino imperfectamente, mas entonces Le conoceré con una visión clara, a la manera que soy yo conocido»[39].

No me basta ver a Dios; quiero gozar de Él. ¿Gozar? ¿Qué es esto? Piensa en aquellos momentos felices en que, después de la Santa Comunión, una alegría misteriosa inundó tu alma; y ten en cuenta que esto es un presentimiento, un pálido reflejo del goce ultraterreno de Dios.

Sí, ciertamente; cuando me resulte difícil cumplir la Ley de Dios, me animaré diciendo: por la corona eterna bien vale la pena ofrecer sin reservas esta mezquina vida terrena. Como dice el alemán:

Für einen ewigen Kranz
Dies arme Leben ganz!

Un joven murió en la plenitud de sus fuerzas, en los años más hermosos de su vida. En su losa sepulcral hay una espiga granada que se inclina hacia abajo; la inscripción consta de dos palabras de un significado profundo: *«Quia plena»*. «Porque estaba llena». Pronuncia tú también cada día esta corta oración: «¡Dios mío! Concédeme que se llene, que madure mi alma antes de llegar el tiempo de la siega».

Y ¿cuándo llega la siega? No lo sé. ¿Cuando tenga sesenta años? ¿Ochenta? ¿Quién me lo asegura? Tan cierto es que un día he de morir, como incierta es la fecha de mi muerte. Así reza la

---

[39] 1Cor 13, 12.

inscripción del reloj en la torre de Leipzig: *«Mors certa, hora incerta»*. «Cierta es la muerte; incierta la hora».

El Señor puede llamarme en cualquier momento para pedirme cuenta. Y ¡ay de mí! si no estoy preparado.

Cuando llaman a un mal estudiante para que diga la lección de latín o de geometría, y él «falló en sus cálculos», y no se ha preparado, se gana un cero. Después, únicamente puede consolarse con esta reflexión: «Es lástima que hayan salido fallidos mis cálculos; me resarciré en la próxima ocasión». Mas Dios te llama una sola vez para decir la lección, y si entonces «has fallado en tus cálculos» y no estás preparado, ya no puedes resarcirte nunca: «Estad vosotros apercibidos –amonesta Jesucristo–, porque a la hora que menos penséis ha de venir el Hijo del Hombre»[40].

Pasamos por la vida como los soldados con licencia: en cualquier momento recibimos la orden de volver a filas, y no podemos decir: «¡Señor, no me he preparado aún!».

No sabes dónde te espera la muerte; por lo tanto, espérala tú a ella por todas partes.

Cual fuere en el momento de la muerte la imagen de Dios en tu alma, tal será tu vida eterna. En el puesto en que ha caído el árbol allí se queda. No es difícil pronosticar de qué lado caerá: seguramente del lado en que más pese su ramaje. Y cual fuera la vida del hombre, tal será también su muerte: *Qualis vita, mors est ita.*

A la vez, de una buena muerte depende una buena vida eterna.

En cierta ocasión preguntaron a Epaminondas: «Dinos: ¿quién crees que vale más, Cabrias, Ifícrates o tú?». Epaminondas contestó sabiamente: «Habéis de observar antes cómo moriremos; y sólo después podréis fallar».

En una tumba de los tiempos del primitivo Cristianismo se lee esta inscripción: *«Decessit in albis»*. «Murió con blancas vestiduras»; es decir, pocos días después del Bautismo, cuando lleva-

---

[40] Mt 24, 44.

ba aún el vestido blanco que entonces había recibido. ¡Oh Señor, concédeme también a mí que sea blanca mi alma en la hora de la muerte!

10. «Aún tengo tiempo».

Un joven frívolo, al ser amonestado una vez para que enmendara su vida, contestó con cierto orgullo: «Aún tengo tiempo. Si no me divierto ahora, en mi juventud, ¿cuándo lo haré? La juventud sirve precisamente para soltar las riendas...».

«¡Aún tengo tiempo!» ¿De veras? ¿Tan cierto es que lo tienes? ¿El Señor de la vida te otorgó escritura pública asegurándote aún cuarenta, cincuenta o sesenta años de vida? ¿No dijo más bien: «Estad siempre prevenidos; porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre»?[41].

Nada hay tan cierto como que un día hemos de morir; y nada hay tan incierto como el momento en que hemos de hacerlo.

El que siempre se substrae al cumplimiento de su deber y al cuidado de su alma y cuenta con que «aún tiene tiempo», abrumado notará cuán aprisa pasa el tiempo por encima del hombre soñador y habrá de comparecer con las manos vacías ante el Juez eterno que le pedirá cuenta.

En vano te esforzarías por detener el tiempo: alguien tira..., tira de la manecilla del reloj hacia el número XII...

¡Cuidado con los que siempre «tienen tiempo», no les suceda lo que al brahmán soñador!

---

[41] Lc 12, 40.

«Dicen que un religioso (brahmán) había cada día limosna de casa de un mercader rico, pan e manteca e miel et otras cosas, et comía el pan e lo ál condesaba et ponía la miel e la manteca en una jarra, fasta que la finchó, et tenía la jarra colgada a la cabecera de su cama. Et vino tiempo que encareció la miel e la manteca, et el religioso (brahmán) fabló un día consigo mismo, estando asentado en su cama, et dijo así: "Venderé cuanto está en esta jarra por tantos maravedíes, e compraré con ellos diez cabras, et empreñarse han, e parirán a cabo de cinco meses"; et fizo cuenta de esta guisa, et falló en cinco años montarían bien cuatrocientas cabras. Desí dijo: "Venderlas a todas, et con el precio dellas compraré cien vacas, por cada cuatro cabezas una vaca, e haberé simiente e sembraré con los bueyes, et aprovecharme he de los becerros et de las fembras e de la leche e manteca, e de las mieses habré gran haber, et labraré muy nobles casas, e compraré siervos y siervas, et esto fecho de casarme he con una mujer muy rica, e fermosa, e de grant logar, e haberé fijo varón, et nacerá complido de sus miembros, et criarlo he como a fijo de rey, e castigarlo he con esta vara, si non quisiere ser bueno e obediente". E él, diciendo esto, alzó la vara que tenía en la mano, et ferió en la olla que estaba colgada encima del, e quebróla, e cayóle la miel e la manteca sobre su cabeza. *Et tú, home bueno, non quieras desear e asmar lo que non sabes si ha de ser*»[42].

Sólo eso le quedó para la vida real de todo aquel maravilloso «castillo en el aire»...

Y ¿crees tú todavía que le queda tiempo para la vida eterna a aquel que continuamente lo deja pasar para todas las cosas buenas y se excusa repitiendo: «Aún tengo tiempo»?

---

[42] Tomado del capítulo VIII, página 57, de la obra *Escritores en prosa anteriores al siglo XV,* por P. Gayangos, de la «Biblioteca de Autores Españoles»: «Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días», de Rivadeneyra, tomo 51, Madrid, 1860.

11. Los tres gendarmes

Vivía en Francia un hombre de noble alcurnia, rico e instruido. Durante largo tiempo había sido diputado en el Parlamento y prefecto de una de las provincias; pobres y ricos le respetaban. Un día corrió una noticia inesperada; este señor, hastiado de la gloria del mundo y de sus pompas vanas, había entrado en una de las Órdenes más severas, la Trapa de Aiguebelle, cerca de Marsella. El caso levantó gran polvareda y causó asombro. Sus deudos habrían querido impedir este paso; sus amigos hasta fueron a buscarle en el claustro para restituirle al mundo.

–No puedo volver –les dijo. ¿No habéis visto en la puerta los tres gendarmes que no me dejan salir de aquí?

–¿Tres gendarmes? No vimos a nadie –contestaron maravillados.

–Pues fijaos en la inscripción que hay encima de la puerta: «¡Muerte! ¡Juicio! ¡Eternidad!». Son los tres gendarmes que no me dejan salir. Me quedo aquí.

Realmente no hay fuente de que brote tan abundante energía para la lucha de la vida, como de la última frase del Credo: «Creo en la vida eterna».

Una antigua inscripción sepulcral cristiana dice con fe sublime respecto de los muertos: *«Non moriuntur, sed oriuntur»*. «No mueren, sino empiezan a vivir».

Si es viva mi fe en la vida eterna, sea cual fuere el sufrimiento que me hiere, me consuelo: no es un sufrimiento eterno; y sea cual fuere la alegría que me inunda, me refreno: no es aún la dicha eterna.

Aunque toda mi vida terrena no fuere otra cosa que un continuo padecer; aunque tuviera que arrastrar mis días en una enfermedad incesante; aunque mis nobles propósitos fueran mal interpretados y me persiguieran una preterición injusta y la suerte adversa, podré hacer frente a todo, a todos los sufrimientos, con entereza varonil, si «creo en la vida eterna».

¿Tu vida es sufrimiento? ¿Cuánto duran las pruebas? Unos cincuenta, sesenta, setenta años. ¿Qué es este tiempo en comparación con la eternidad? Solamente para nosotros tienen tal importancia estos cincuenta años porque vivimos en ellos. Pero ¡qué son, comparados aun con las proporciones terrenales!

Imagínate una clase de Historia, por ejemplo, dentro de unos quinientos años: hacia el año 2436. Es seguro que algún estudiante dirá: «La gran guerra mundial..., la gran guerra mundial duró desde el año 1914 al 1918».

–Pero ¿qué cosas dices? –interrumpe el profesor. Precisamente fue un siglo después.

–¡Ah, sí!... me he equivocado sólo en un siglo –contesta el estudiante con toda calma.

¡Qué importa un siglo más o menos! Lo mismo que el estudiante de hoy cuando le preguntan:

–¿Cuándo fue la batalla de las Termópilas?

–La batalla de las Termópilas... fue... en el siglo VIII antes de nuestra era.

–Pero ¡qué cosas dices!

–¡Ah, sí!..., verdad...; fue en el siglo v. Señor profesor, me he equivocado.

Sí, sí; nos equivocamos con error de siglos... Y ¿qué es en su comparación esta breve vida terrena?

Pues bien; piensa lo que voy a decirte. Si un padre dijera a su hijo: «Hijo mío, sé bueno tan sólo durante cinco minutos; no mientas, no blasfemes, no seas frívolo durante cinco minutos... y después serás feliz durante sesenta años, y tendrás todo cuanto desees», ¿no sería necio el joven que, a pesar de esta promesa, rechazara la propuesta? Ved ahí: todas las privaciones de la vida terrena, comparadas con el galardón de la eternidad no significan tanto como cinco minutos con relación a sesenta años.

Por lo tanto, piensa seriamente en la muerte. Piensa en ella para vivir bien. Ya que todo lo nuestro perece: vestido, hermosura, habilidad, juventud, fuerza..., he de preocuparme, en primer lugar, de lo que en mí no es perecedero: ¡de mi alma!

Julia, la hija única de Juan Arany[43], en la plenitud de su floreciente hermosura, a la edad de veinticuatro años, murió. Su padre, con el corazón conmovido, escribió estas líneas en la losa de su sepulcro:

«Cuando tu alma victoriosa se detuvo en la materia destrozada y mirando con valentía la muerte, emprendió, rica de fe y de esperanza, su marcha por caminos no terrenos, uno fue nuestro común y santo consuelo: el alma vive, nos encontraremos».

«¡Oh tú, pobre creyente! –así se mofaba un día un hombre incrédulo en una poesía de Rückert–, ¡qué chasco te llevarás cuando, después de la muerte, veas que todo el Reino Celestial es una simple fábula!».

¿Sabéis que le contestó el creyente?

«¡Oh tú, pobre incrédulo! ¡Qué chasco te llevarás cuando, después de tu muerte, veas que todo el infierno no es una simple fábula!».

[43] Janós Arany (1817-1855). Con Petöfi, el más eximio poeta húngaro. (N. del T.).

Feliz el hombre que al final de su vida puede pronunciar las postreras palabras de Bálint Balassi[44], al morir en el sitio de Esztergom:

«Cristo murió por mí; ¿qué he de temer? Soldado tuyo he sido, Señor; siempre en tu ejército milité».

[44] Poeta lírico (1551-1594). Su vida, entretejida de aventuras y sufrimientos, fue un continuo guerrear. Tenía fama de soldado y caballero de pies a cabeza. (N. del T.).

12. «Fernando, piensa en la eternidad»

San Fernando, rey de Castilla, hizo escribir en la pared de su aposento: «Fernando, piensa en la eternidad». En todo lo que hacia, dondequiera que se encontrase, siempre tenía el pensamiento puesto en la eternidad.

Piensa tú también con frecuencia en la eternidad.

Al nacer llorabas desconsoladamente, pero todos se alegraban en torno tuyo: vive de tal manera que, al abandonar este mundo, si todos lloran en tu derredor, tú puedas alegrarte..., ¡alegrarte de la vida eterna!

Tandem felix, «Feliz por fin». Fueron las dos palabras que quiso se grabasen en su tumba el físico profundamente religioso Ampère.

La fe en la vida eterna, manantial de fuerza en las luchas de la vida, es también un gran tesoro en la muerte. Fácil es renegar de Dios en los años de la juventud, cuando se posee una energía rebosante de vida; fácil es vivir entonces sin Dios. Pero cuando llega el momento espantoso –y nunca sabes cuándo ha de venir– en que tu vida está a punto de apagarse; cuando los ojos se vuelven vidriosos y se pone rígida y tiesa la mano más robusta, entonces te das cuenta con una claridad desesperante de lo vacía, inútil y equivocada que es una vida pasada sin Dios y contra sus

preceptos. Strindberg (1912), el gran caudillo socialista, en el momento de la muerte mostró la Sagrada Escritura y dijo: «Esta es la única realidad».

Al visitar las criptas subterráneas del Panteón de París me detuve un momento ante la tumba de Voltaire, el ateo desesperado. La mayor gloria que puede caberle en la tierra a un francés es que su cuerpo sea sepultado allí, en el Panteón. No pude remediarlo: como nunca, me asaltaba el pensamiento de lo que dijo un amigo de Voltaire, el médico Trouchon, presente a su terrible agonía: «Si un diablo pudiera morir, moriría como Voltaire».

Siempre que te tiente el pecado, acuérdate de la eternidad: piensa que si es difícil vivir como buen cristiano, el morir como tal es muy dulce, y que es amarga la muerte de aquel que vivió de una manera fácil y regalada.

Aubrey Beardley, pintor inglés, que cultivaba el dibujo impúdico, murió tísico a la edad de veintiocho años. Lee la postrera carta, breve, pero conmovedora, que escribió a su editor, Smithers:

«Jesús es nuestro Señor y nuestro Juez.

Querido amigo:

Le suplico con vivas instancias que destruya todos los ejemplares de *"Lysistrata"* y todos los dibujos inmorales. Enseñe esta carta a Politt y tómele juramento de que también él procederá del mismo modo. Se lo pido por amor a todo lo que es santo: ¡no quede un solo dibujo obsceno!

En el lecho mortuorio...

Aubrey Beardley».

Considera a la vez la muerte tranquila del cristiano creyente. Lee, por ejemplo, el epitafio que el gran periodista católico de Francia Luis Veuillot compuso para sí:

«Cuando hayáis rezado por mí la oración postrera, poned en mi tumba una pequeña cruz, y escribid para memoria en la piedra

sepulcral: Creyó y ahora ve. Confío en Jesús; acá abajo, en la tierra, nunca me avergoncé de confesar su fe santa, y creo que allá arriba tampoco el Padre se avergonzará de su hijo fiel».

Sí, el hombre creyente sabe muy bien que la vida no es más que el prólogo del libro de la eternidad, y cuando le cerca con falaces promesas el pecado, recuerda la frase de San Gregorio Magno: *Momenti, est quod deleciat; aeternitatis, quod cruciat*, «es momentáneo el deleite; eterno el dolor que produce el pecado».

Alejandro Magno vio en una ocasión que Diógenes estaba buscando algo en un montón de cráneos humanos.

–¿Qué buscas? –preguntó al sabio.

–Busco el cráneo de tu padre, el rey Filipo; pero no es posible reconocerlo –repuso Diógenes.

«¡No es posible reconocerlo!». Después de la muerte, ni el cráneo de un rey se distingue. Entonces, ¿qué es lo que tanto me enorgullece? ¿Y por qué me preocupo más de esta vida efímera que de la vida eterna?

En una escuela militar de París, el sacerdote predicó sobre la condenación eterna. Al final del sermón, un capitán incrédulo dijo en tono de sorna[45]: «Olvidó decirnos, señor abate, si en el infierno seremos cocidos o asados». El sacerdote miró al capitán, y le contestó tranquilamente: «Señor capitán, no satisfago ahora su curiosidad; ya lo verá usted por sí mismo». Tal respuesta, inesperada, conmovió al incrédulo, le produjo una desazón constante, que le indujo a convertirse y cambiar totalmente de vida. También a ti te será de gran provecho pensar en la vida y en la condenación eterna.

¿Condenarse? ¿Perderse para siempre?

Abusamos con tal ligereza de la palabra «eternamente». Pero medita con seriedad lo que significa.

[45] *Sorna: Tono burlón con se dice algo. (N. del Ed.).*

Acércate con el pensamiento a un condenado y pregúntale: «¡Hermano! ¿Qué dirías si Dios te prometiera que un día llegarías a librarte de la condenación? ¿Que saldrías de este lugar de tormentos cuando tus lágrimas, derramadas una a una cada mil años, llegasen a inundar la tierra?».

¿Sabes qué respondería aquel precito[46]? «Me estremecería de júbilo ante tal perspectiva.»

¡Qué lejana estaría aun así la hora de la liberación! ¡Una lágrima cada mil años! ¡Cuántos, cuántos millones de años habrían de transcurrir para formarse un arroyuelo! ¡Cuántos millones de siglos para formar un río caudaloso! ¡Y qué número incalculable de centurias para formar un mar de lágrimas!

No importa. Llegaría un tiempo en que se llenarían de lágrimas los profundos abismos del mar; pero no sería ya la eternidad. Ni siquiera el principio, porque en la eternidad no hay tiempo. No hay pasado, ni futuro; no existe más que un presente perenne.

¡Condenarse para siempre! ¡Eternamente! Traza en tu fantasía una línea desde la tierra hasta la estrella más distante. Describe con esta línea una esfera gigantesca, llénala de arena y eleva al cuadrado el número de los granos que caben en esta esfera. «Será un número inconcebible –respondes–; no puede hacerse el cálculo». Sí que se puede hacer. Las matemáticas lo escriben con facilidad: 10^{1000}.

–Sin embargo, ¡no pueden calcular la «eternidad»! ¡Arder siempre, sin llegar a quemarse nunca por completo! ¡Sufrir y no ver su término! Padecer y nunca poder exclamar: «Gracias sean dadas a Dios, con el día de hoy también se abrevió el mal de esta tierra...».

¿Condenarme por toda la eternidad? ¡No! No puede ser.

[46] *Dícese de la persona que ya ha sido apartada del Paraíso Celeste; es decir, que ya fue condenado al infierno eterno. (N. del Ed.).*

13. O. A. M. D. G.

Recuerdo todavía lo que, de niño, oí contar de la varilla mágica que tenía un rey fabuloso. Aquella varilla convertía en oro todo lo que tocaba. Niños, lo escuchábamos con los ojos llenos de estupor; no nos dimos cuenta hasta más tarde de que la varilla mágica no existe.

Pero a todos los hombres les es dado procurarse una varilla mágica mucho más valiosa, mediante la cual pueden convertir los pensamientos, obras, palabras de todo el día en tesoros más preciados que el oro, en oraciones gratas a Dios.

¿Sabes cuál es su secreto?

Hacerlo todo por amor a Dios, por la mayor gloria de su Santo Nombre.

Dijo Nuestro Señor Jesucristo: «Conviene orar perseverantemente y no desfallecer»[47]. Acaso preguntes pasmado: «¿Orar siempre? ¿Recitar todo el día el Padrenuestro? ¡Pero si es imposible!».

En efecto, lo es. Y no obstante, si Nuestro Señor Jesucristo nos exigió orar durante toda la vida, de ahí se deduce que la oración no es tan sólo la recitación del Padrenuestro, del Avemaría..., es decir, rezamos no sólo con la palabra, sino con toda la vida.

[47] Lc 18, 1.

¿Cómo puede rezarse toda la vida? Nos lo enseña con gran claridad San Pablo, al escribir a los fieles de Corinto: «Oro comáis, ora bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios»[48].

Por lo tanto: «Todo a mayor gloria de Dios», *Omnia Ad Maiorem Dei Gloriam.* Esta fue la divisa de San Ignacio de Loyola, y no otro ha de ser tu propósito firme, renovado todos los días. Antes de acabar tu oración de la mañana, pasa revista por un momento a los deberes que te incumben aquel día:

«Tú, aritmética; tú, latín; tú, alemán; tú, cuaderno de temas; tú, lección de memoria; vosotros, compañeros que me hacéis rabiar; tú, cuerpo mío, que tanto deseas la comodidad; tú, débil voluntad mía: tú, lengua mía, demasiado ligera; tú, estómago glotón; tú, fútbol de la tarde; tú, dolor de muelas; tú, sufrimiento; tú, humillación; tú, omisión...; todos vosotros, venid ahora por un momento a presentaros ante el acatamiento de mi bondadoso Padre Celestial; Señor, lo que haré hoy, lo que pensaré, todo, todo quiero que sea a mayor gloria tuya; te ruego que me des tu bendición».

Durante el día examínate, y pregúntate repetidas veces: «Lo que acabas de hacer, ¿ha sido realmente a mayor gloria de Dios? Lo que acabas de decir, de leer, de pensar... ¿ha servido a la gloria de Dios?». Y si sientes que esta o aquella palabra tuva, que uno u otro de tus pensamientos o actos no resiste la mirada del Dios infinitamente santo, recházalos sin compasión.

Aplica este medio muy sencillo y verás cómo te ayuda en el progreso espiritual. En la Edad Media muchos hombres perdieron su fortuna, su tiempo, y no pocos su sentido cabal, en busca del medio de transformar metales sin valor en oro precioso.

El secreto de la fabricación del oro aún hoy sigue siendo ignorado de los químicos; pero ¡con qué facilidad podemos lograr para la vida eterna, hasta con nuestros trabajos más diminutos y al parecer despreciables, tesoros más valiosos que el oro!

---

[48] 1Cor 10, 31.

La varilla mágica capaz de dar un valor eterno a nuestros actos, si nuestra alma está desde luego libre de pecado, es ésta: O. A. M. D. G.

Un artista pintó un cuadro curioso. Un muchacho está junto a la pizarra y escribe una larga serie de ceros: 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0. A su lado hay un ángel que pone el número uno delante de los ceros. El título del cuadro es *La buena intención.*

Todas las obras, todas las palabras, todos los pensamientos de nuestra vida carecen de valor, son un cero si proceden de la vanidad, del egoísmo, de la comodidad... Pero, las mismas obras pueden trocarse en tesoro si las hacemos con buena intención, según la voluntad de Dios y a mayor gloria suya.

Cada día de nuestra vida se convierte en una mina de oro inagotable si escribimos al principio de nuestras acciones: O. A. M. D. G. Qué medio más sencillo, ¿verdad? Y, sin embargo, con él puedes llenar de valor eterno hasta el trabajo más simple y más ordinario de la vida cotidiana.

Una hermosa leyenda nos cuenta que el pequeño Jesús y otros niños de Nazaret, jugando, habían hecho de arcilla toda clase de pájaros. Los pájaros de los demás niños estaban allí quietos, sin vida, sin movimiento, en el suelo; pero Jesús sopló sobre los suyos, y éstos echaron a cantar, y con alegres trinos emprendieron su vuelo a las alturas, desapareciendo en el cielo azul.

Es una leyenda, y no verdadera historia...

Pero encierra una gran verdad, a saber: que dos jóvenes pueden obrar de la misma manera; son igualmente corteses, aplicados, y, no obstante, el valor de su vida es muy diferente a los ojos de Dios: el uno lleva en su alma el peso de un pecado grave, y por esto sus actos carecen de valor ante Dios; el alma limpia de pecado del otro está, en cambio, inundada de gracia divina, que sublima y da un valor eterno a las obras más ordinarias y comunes de aquel joven.

14. El ayuno

Quiero ofrecerte también algunos pensamientos serios respecto al ayuno, porque hay jóvenes que no comprenden cabalmente la finalidad de tal práctica. Y, sin embargo, si lo meditas un poco, descubrirás en el ayuno un profundo valor psicológico.

–¡El ayuno es cosa de pura exterioridad! –dicen los espíritus superficiales–. ¿Qué importa a la religión y cómo puede ser un acto de culto el que yo no coma carne los viernes o que para mortificarme coma menos un día que otro? ¿No es igual abstenerse de comer carne en jueves que en viernes? ¡Sienta tan bien la carne en viernes como en los otros días!

¡Qué criterio más rastrero! Que «la carne sienta en viernes tan bien como en jueves», valiente perogrullada[49]. Quien habla de esta suerte demuestra claramente que ni tiene la más pálida idea respecto al fin del ayuno.

La esencia del ayuno no está en no comer carne o no comerla en viernes, sino en la abnegación, es decir, en el ejercicio o en la práctica que me impongo de gobernar mi estómago glotón.

Si nuestra religión nos hubiera prescrito que no comiéramos pan un día determinado, por ejemplo en miércoles, en esto consistiría entonces el ayuno.

---

[49] *Perogrullada: (De perogrullo). Verdad o certeza que, que por notoriamente sabida es, necedad o simpleza el decirla.*

Así, lo esencial no es la carne, sino hacer esta prueba: ¿quién manda aquí, mi estómago o mi voluntad? ¿A ver si sé negarme un día de la semana algún manjar?

El ayuno, además de granjearnos méritos ante el acatamiento divino y satisfacer por nuestras pasadas culpas, es un medio magnífico de fortalecer la voluntad.

El joven creyente pensará: Podré educar mi alma de un modo perfecto y armónico, únicamente si tengo a raya mis instintos. La fuerza del ayuno no estriba justamente en abstenerse de la carne, sino en la mortificación, en el dominio de uno mismo. Viene a ser como una medicina contra las malas inclinaciones, contra los bacilos del pecado que laten en nosotros. «El dominio de sí mismo vale más que la pólvora». (Stanley).

El ayuno prudente es además un magnífico medio contra las tentaciones de la juventud. Hay jóvenes de quienes puede repetirse la antigua frase: *Quorum deus venter est*, «el estómago es su dios»; comen, tragan, se llenan hasta hartarse, y después se quejan de que tienen muy fuertes tentaciones. ¿Por qué engordas artificialmente tu cuerpo? ¿Por qué lo guardas de toda fatiga, de toda incomodidad y trabajo? ¿Por qué lo mimas, por qué lo cuidas como a un pato que se quiere cebar? ¿Es extraño que el cuerpo saciado en demasía pida placeres pecaminosos?

Ciertamente, no está por demás imponer de vez en cuando al estómago exigente el freno del ayuno sobrio. ¡Poco a poco con el cuerpo! ¡No es él quien ha de mandar!

Sabemos todos que el ayuno, tal como lo prescribe nuestra religión, no sólo no daña en nada a la salud corporal, sino que positivamente le es provechoso.

Es doctrina muy conocida de la ciencia médica que el comer demasiado carne es nocivo y causa nerviosidad y gota; por lo tanto, el ayuno, aun desde el punto de vista meramente higiénico, es muy ventajoso.

Amado joven, confío que serás hijo obediente de nuestra religión sacrosanta. ¿Te sirven en días de abstinencia un plato de carne en el banquete en que te invitaron los amigos? Cumple tu deber. ¿De qué manera? Rehúsa cortésmente el plato y confiesa claramente tus principios religiosos.

15. *«¡Orate, fratres!»*

Máckensen, el ilustre general alemán, escribió así al principio de la guerra europea a su madre, que a la sazón contaba noventa años de edad:

«Hace cuarenta y cuatro años tus oraciones me envolvían, y a guisa de coraza, me preservaban; ¡ojalá me acompañen con la misma eficacia en los combates que nos esperan y me den la talla necesaria para la empresa! ¡Cuento con ellas!».

«¡Cuento con ellas!».

¿Con qué? Con las oraciones de una viejecita de noventa años. ¿Y quién? ¡Máckensen, el general de fama mundial!

Puede ser que en la vida tengas que pasar a través de muchas pruebas; puede ser que tu misma fe sufra rudos ataques; pero mientras seas constante en la oración no temo por ti, no se quebrantará tu fe.

Por otra parte, ¿cómo podrás conservar incólume la fe de tu niñez, si no acostumbras a pedir la gracia de Dios? ¿Cómo podrás tenerte en pie en medio de las tentaciones que te asaltan si no sacas fuerza de la oración?

La oración te hace más espiritual, más puro, más tranquilo, más fuerte. La oración es la fuente más abundante de energía. Sea cual fuere el deber que hayas de cumplir, ora fervorosamente a Dios, y después adelante, marcha con valentía a cumplir lo que

has de hacer, repitiendo con David, al enfrentarse con Goliat: «Yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos»[50].

Dijo un indio en cierta ocasión: «Doy gracias diariamente al Gran Espíritu, porque nos da maíz». ¿Y tú, das gracias a Dios por tu vida, por tus dotes, por tus padres, y principalmente por los bienes espirituales que te ha concedido?

Dime: ¿cuántos años tienes? ¿Dieciséis? ¿Cuántos minutos son? Un día consta de 1.440 minutos, un año de 525.600 minutos, dieciséis años de 8.409.600 minutos. Este es el número de los minutos que ya has vivido. Y cada uno de estos minutos se lo debes a Dios.

Su poder omnipotente te sostiene en todos los instantes de la vida. Si quito la mano de debajo de la piedra, cae; si Dios no se cuidase de ti un solo segundo, caerías en la nada, en que estabas antes de nacer. *Totum te exigit, qui totum te fecit* (San Agustín), «exige tu ser entero quien te dio todo el ser».

La oración es un baño de luz para el alma, como lo es para la flor el rayo de sol que la vivifica.

La oración es llenarse el alma de aire puro en las cimas de los montes.

La oración es el descanso festivo del alma, semejante al solaz que en las tranquilas tardes de los domingos concedemos al cuerpo cansado por el trabajo de toda la semana.

La oración es la poesía de la vida eterna.

La oración es el rasgo distintivo del hombre. El hombre que no ora no vive vida humana, sino tan sólo vida vegetativa.

---

[50] 1Re 17, 45.

16. ¿Sueles rezar?

¿Y tú? ¿Sueles rezar?

La oración es para el alma humana lo que es la gota de rocío de una mañana de mayo para la naturaleza: la refresca, la hace más hermosa, más fuerte, más fecunda.

Sin lluvia no hay cosecha; sin comida no hay vida; y... sin oración metódica no hay cosecha y vida espirituales. La oración, hecha con orden y puntualidad, es la lluvia refrescante, es la comida que alimenta al alma.

¿Sueles tú, joven mío, rezar con orden y puntualidad?

No pregunto ahora si alguna vez te duermes de cansancio en medio del rezo de la noche, o durante la oración corre de una parte a otra tu fantasía despierta. Tales distracciones casi nadie puede evitarlas por completo.

Pero... al preguntarte si «sueles rezar», aludo a aquel espíritu de oración, verdadero, vivo, que acepta con alegría y como especial favor el que Dios, infinito y creador, se digne conversar contigo, pobre arenilla. Porque esta oración es el contacto fresco, caliente del alma con Dios.

Es grande el roble cuando se yergue en medio de arbustos; pero si lo miramos desde un avión, es un punto diminuto. ¡Qué diminuto he de ser yo también a los ojos del Dios infinitamente grande!

Si alguna vez has sentido profundamente qué privilegio de honor es para ti –¡para el hombre! – poder abrir el alma ante Dios, exponerle las congojas, implorar su auxilio, no es necesario que te aliente a rezar.

Un día tal vez te despiertas tarde y has de correr en el desayuno y dejas de rezar; no importa. Tu espíritu de oración será garantía, de que compensarás abundantemente, con breves jaculatorias, durante el día, el rezo omitido por la mañana.

Quizás otro día llegues por la noche de la excursión agotado de cansancio, y tus ojos se cierren durante el rezo; no importa; recoge tus fuerzas y termina, sin omitir una sílaba, la oración.

El que sabe qué cosa es rezar y por qué se ha de rezar, rezará por impulso propio y con fruición; rezará no sólo con los labios, sino también con el corazón, rezará bien.

Al pasar por delante de la iglesia, la puerta abierta le invita a entrar para un momento de oración; al pasearse por el hermoso bosque, éste le hace prorrumpir en fervorosas plegarias; si tiene una alegría, reza; si le tienta el pecado, reza; si sufre una desgracia, reza.

«¡No tengo tiempo para rezar! –dice alguno–. Por la mañana me despierto tarde, a última hora; por la noche estoy demasiado cansado...». Bien; levántate por la mañana cinco minutos más pronto de lo acostumbrado, y por la noche empieza tu oración cinco minutos antes de ir a la cama, ¡no es mucho, me parece!, y así nunca habrás de omitir la oración.

¡Cinco minutos! De los 24 X 60 minutos que tiene el día, es decir, de los 1.440 minutos, bien puedes dedicar 2 X 5 minutos a Dios. Aun quedarán 1.430 para ti. Señor, somos tuyos; todo lo que tenemos es tuyo, y sólo te rendimos lo tuyo cuando rezamos. *Tibi, tui, tua, de tuis!* «A ti, los tuyos, tus cosas, de las tuyas».

«Pero nos han enseñado que si alguna vez omitimos nuestras oraciones no por esto pecamos». ¡Qué niño eres al hablar de esta manera! «¡No pecas!» ¡Claro que no! Pero al tratarse de Dios no has de medir con mano avara lo que te prohíbe y lo que te permi-

te, lo que es pecado y lo que no lo es: no has de contentarte con cumplir lo estrictamente justo, atento sólo a evitar el pecado; antes bien, considera que diariamente has de orar con puntualidad, y piensa cuánto más remiso eres en la práctica del bien; y cuánto más débil contra las tentaciones, el día en que no has rezado.

17. ¡Sólo cinco minutos!

–¿Amas a Dios? –pregunté a un joven de los cursos superiores.

Me miró con sus ojos llenos de fuego y me contestó:

–¡Oh, sí! ¡Y tanto!

–¿Sueles rezar? –seguí preguntándole.

–¡No! –me contestó de nuevo.

Y este joven no sentía que entre ambas respuestas hay una contradicción irreductible. ¿Acaso puede amar a Dios el que no reza? Si tengo un amigo verdadero a quien quiero mucho, procuraré encontrarle cuantas veces me sea posible y tratar con él todos mis asuntos.

Alguien hizo una estadística global del tiempo gastado por un hombre de sesenta años. Ha trabajado veinticinco años, ha dormido veinte, ha comido dos, se ha vestido uno, se ha lavado nueve meses, se ha afeitado siete, se ha sonado las narices cuatro, se ha limpiado los dientes dos y así sucesivamente. En esta lista sólo figuran cálculos de este tipo.

Mas si un día has de presentar los datos de tu vida a Dios, el cuestionario será muy distinto. ¿Cuántas obras buenas has hecho y cuántos pecados has cometido? ¿Cómo has cumplido tus deberes y qué omisiones pesan sobre ti? De los setenta años, ¿cuántos has

invertido en la oración? Tu corazón en un solo año dio 36.792.000 latidos, y de estos millones, ¡qué pocos han sido para Dios!...

–Entonces, ¿cuánto he de rezar? –me preguntas.

Mira, joven querido: Dios no mide la buena oración con un metro o con un reloj, sino según el calor, el corazón, la entrega y el sentimiento. Una oración viva, fervorosa, aunque corta, vale más que un rezo largo hecho sin atención y sin alma, con sueño en los ojos.

Durante el día eleva a Dios tus pensamientos. Y no descuides nunca los dos momentos fijos de las oraciones de la mañana y de la noche: los primeros pensamientos del día conságralos siempre a Dios, y verás cómo sientes la eficacia de la bendición durante todo el día; por la noche, sea tu último pensamiento la expresión de gratitud al Señor y tu descanso será más tranquilo.

No reces en la cama. Pero si has adquirido la costumbre de hacerlo, más vale que reces así que no de ninguna manera. Pero ¿verdad que no demuestra gran respeto el que habla a Dios acostado, tumbado? La causa de que muchos jóvenes «olviden» rezar es precisamente la costumbre de rezar en la cama: como es natural, se duermen. Lo más prudente es que hagas la oración por la mañana, después de vestirte, y antes de cambiarte para dormir, por la noche; al acostarte sigue rezando, pero ya entonces no hay grave inconveniente en que te duermas; antes bien, descansará mejor durante la noche quien se haya dormido con el pensamiento puesto en Dios.

Conoces el dicho alemán: *An Gottes Segen ist alles gelegen*, «todo depende de la bendición de Dios». ¿Cómo esperar éxito en un día que no ha empezado en nombre de Dios?

Mira en torno tuyo: todo ora en el Universo.

A los primeros rayos del sol, la flor abre su corola y exhala su perfume ante el trono del Creador.

En las madrugadas de mayo, el gorjeo alegre de los pájaros ¿no es acaso la oración matutina ofrecida al Padre Celestial?

La abejita que zumba ¿no canta a Dios?; y la pequeña y ligera mariposa ¿no revolotea para deleitarle a Él?

Los rayos que brillan entre nubarrones, y los bosques azotados por el huracán, ¿no pregonan la grandeza del Hacedor?

¿Y no es a Él a quien saluda el sol en su ocaso esparciendo sus rayos de púrpura? Sí; todo el Universo reza.

Y la alabanza que tributa la naturaleza irracional, movida por la fuerza de las leyes que le dio el Creador, ¿la negará a su Señor sólo el hombre, dotado de libre albedrío?

«No hay espectáculo más hermoso que un hombre que ora», se ha dicho, y con razón. Al rezar entramos en un mundo completamente distinto, nos levantamos a un ambiente divino, bebemos de las fuentes de la vida eterna.

La oración de la naturaleza no es más que una metáfora. «Rezar» en verdad, es decir, levantar el alma a Dios y hablar con Él no puede hacerlo sino el hombre. La oración es propiedad honrosa y exclusiva del hombre. Nuestra alegría, nuestra gratitud, nuestro amor, nuestros pesares, nuestras luchas, todo, todo, se sublima en la oración.

Uno de los privilegios más excelsos que nos otorgó el cielo es poder rezar, poder levantar el alma cansada para recibir nuevo aliento de la Fuente eterna de toda fuerza y alegría. Durante la oración se nos dan alas, con las cuales nos lanzamos en un momento de los espacios del tiempo y del mundo finito a la presencia del Padre Eterno.

La oración es una respiración honda del alma, que se llena con el aire fresco de la cercanía de Dios.

Es un baño curativo, que vigoriza y en pocos minutos dispone al alma para trabajar y luchar durante todo el día.

Pensamientos de eternidad alumbran nuestro entendimiento en la oración; imágenes purísimas ennoblecen nuestra fantasía, y nuestra voluntad siente el empuje de grandes fuerzas motoras.

Pruébalo, joven; cuando algún acontecimiento triste alborota el mar de tu alma, arrodíllate para un rezo corto y fervoroso ante tu Dios; al levantarte sentirás algo así como si Dios hubiera bajado a tu alma; la bóveda azul, iluminada por los rayos del sol, se reflejará en el terso espejo de las olas apaciguadas.

El que se acoge al asilo del Altísimo descansará siempre bajo la protección del Dios del Cielo.

Él dirá al Señor: Tú eres mi amparo y refugio; el Dios mío en quien esperaré...

No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada.

Porque Él mandó a sus Ángeles que cuidasen de ti; los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres.

Te llevarán en las palmas de sus manos; no sea que tropiece tu pie en alguna piedra[51].

Abundancia de gracias se necesitan para una vida recta; y plugo a Dios que esas gracias dependan en gran parte de la oración.

La oración es la respiración del alma inmortal; y las virtudes coronarán el alma del joven que reza de corazón como las flores rodean con lozanía la fuente que corre silenciosa en el bosque.

[51] Sl 90, 1; 2; 10-12.

18. ¿Sabes rezar?

Querido joven, ¿sabes rezar bien? Lo importante no es que reces durante largo tiempo, sino que reces con fervor, con atención, con fe viva. Con razón decían los antiguos: *Si cor non orat, sine fructu lingua laborat*, «en vano se mueve la lengua si no reza el corazón».

Solamente podrá rezar bien el que siente, cual cumple, que Dios no es un potentado que está sentado en su trono, allá en la lontananza, con frialdad impasible, sino nuestro Padre, infinitamente bondadoso, y que nosotros somos sus hijos.

Filii Dei sumus[52], «somos hijos de Dios». Sólo el que tiene afeada el alma con pecado grave está privado de tan noble título. Por lo tanto, consérvate siempre hijo fiel del Padre Celestial.

Si eres hijo de Dios, has de vivir, hablar, pensar, obrar como Dios quiere, y no como te lo sugieren las pasiones, los instintos o el mundo.

Sé que, cundiendo por doquiera los malos ejemplos, no es fácil hoy lograr que te mantengas fiel a Dios, con perseverancia inquebrantable, con una conducta consecuente y férrea, con voluntad heroica. Lo sé: no es fácil. No obstante, persevera inquebrantablemente junto a Dios, y verás entonces con qué facilidad e intimidad puedes conversar con Él, es decir, orar.

---

[52] 1Jn 3, 2.

Muchos jóvenes, al llegar a los cursos superiores, pierden por completo la costumbre de rezar, de que tanto gustaban en su edad más tierna. ¿Cuál es la causa? Que no saben rezar bien.

Ignoran que el desarrollo de su vida espiritual ha de correr parejo con el desarrollo del cuerpo. De día en día se robustece su cuerpo, de año en año se fortalece y se desarrolla; pero su vida espiritual queda tan bisoña[53] en los últimos cursos como lo era en las clases de primera enseñanza. ¿En qué consistía, a la sazón, su rezo de la mañana y de la noche? En algunos Padrenuestros, Avemarías, Credo, y quizás unos versos, y nada más.

¿En qué consiste ahora, cuando ya son alumnos de los cursos superiores? En recitar las mismas preces. Siendo ya el espíritu distinto, lo que bastaba al niño de primera enseñanza ¿cómo podrá satisfacer las necesidades espirituales del joven? Imposible Y por este motivo, la oración empieza a serles una carga, un peso, que seguirán llevando acaso durante algunos años, por rutina, de buen o mal grado; pero la costumbre irá aflojándose cada vez más, y llegará un momento en que se abandonará por completo, y el joven dejará de rezar. Comprendo muy bien que abandonen tal clase de oración, porque en vez de servirles de goce y encontrar en ella aliento y empuje para el alma, más bien parece una jaula estrecha, que aprisiona el hervor de la juventud.

¿Dónde está el mal? Si un joven quiere llevar todavía en sus mocedades los zapatos que usaba de niño, cuando iba a la escuela de primeras letras, sus pies, como es natural, se sentirán oprimidos; no le servirá aquel calzado. No le sienta bien. Lo echará a un rincón. De un modo análogo, el joven tampoco puede rezar como rezan los niños.

¿Cómo, pues, entiendo las oraciones del joven, así las matutinas como las vespertinas? ¿Cuál ha de ser su modo de rezar, peculiar, independiente?

---

[53] *Bisoña, -ño; se dice de la persona que está apenas iniciado en algún arte o comienza el ejercicio de un determinado oficio. (N. del Ed.).*

19. El rezo de la mañana

Al llegar la hora de levantarte, santíguate enseguida, salta sin vacilar de la cama y haz unos momentos de gimnasia.

Después lávate, vístete por completo, y entonces arrodíllate al lado de la cama o junto a tu mesa de trabajo. Apoya la frente en tus manos y colócate en espíritu ante Dios.

No importa que tus labios no pronuncien palabra; tu alma ha de decir:

«Dios mío, gracias te doy por el descanso nocturno. ¡Cuántos pobres enfermos habrán tenido que pasar la noche sin conciliar el sueño, y yo, en cambio, qué tranquilo he podido descansar! Te doy gracias, Señor...

Te ruego que me ayudes para que con los trabajos de este nuevo día me muestre digno de tu amor.

Empiezo un nuevo día, y quiero que todos mis trabajos, pensamientos, palabras y obras estén conformes con tu santa voluntad... Ayúdame, Señor, para que al llegar la noche tenga no solamente un día más de edad, sino también más perfección y méritos en mi alma.

Tengo una pasión dominante. Tú lo sabes, Señor... (Aquí piensa un momento en tu defecto capital). Ojalá pudiera librarme de ella; lo demás me sería fácil.

Ahora bien; ¿cuándo puede presentarse hoy la ocasión de caer? (Piensa aquí cómo te vencerás aquel día en la escuela, en la calle, en casa, en medio de tus compañeros). Señor, te ruego que me des la victoria en el día de hoy. Que todo lo que haga, todo lo que sufra, sea por Ti, Señor, a mayor gloria tuya...

Bendice a mis padres y bienhechores; bendíceme también a mí, a tu hijo fiel, bueno, obediente, que tropieza a cada paso, pero que, no obstante, quiere permanecer impertérrito junto a Ti...»

Luego rezarás también algunas oraciones: el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, el Ángelus, y ya habrás cumplido con la oración matutina, oración valiosa y viva. Después, ¡adelante, con ánimo, a cumplir los deberes diarios! ¡Adelante, con valentía! *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?*[54].

¡Qué diferencia entre esta oración rebosante de vida, personal, y el rezo medio inconsciente del niño! ¡Y no dura mucho tiempo! Bastan para hacerla algunos instantes: en el primer momento, nacimiento de gracias por el descanso; en el segundo, petición de auxilio para el trabajo del día; en el tercero, oraciones fijas de la Iglesia.

El rezo matutino bien hecho es el bautismo del día nuevo. Dime cómo has hecho tu oración matutina, y yo te diré cuánto valdrá aquel día para ti y para la eternidad.

Si el Señor no es él que edifica la casa, en vano se fatigan los que la fabrican. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda[55].

Lee, joven mío, la oración sublime que escribió el conde Esteban Széchenyi, cuando rebosaba de la alegría del trabajo, un año después de la fundación de la Academia húngara:

«Dios omnipotente, escucha mi plegaria de todas las horas. Llena mi corarán de amor puro y angélico hacia mis prójimos, hacia mi patria y compatricios. Ilumíname con el espíritu ígneo, con la inteligencia poderosa de un querubín.

---

54 Ro 8, 31.
55 Sl 126, 1.

Permíteme echar una mirada sobre mi porvenir, para distinguir la semilla del bien de la semilla del mal. Dame a entender qué he de hacer y cómo he de empezar el trabajo para que un día pueda darte cuenta del capital que Tú me has confiado.

Quiero pensar y quiero trabajar de día y de noche, durante toda mi vida. Da el triunfo a lo que es bueno y mata en su germen lo que puede producir malos frutos. Préstame tu ayuda para que pueda tener a raya todas mis pasiones vehementes. Concédeme que sea sinceramente humilde al mirar cuanto me rodea en el mundo y al empezar todas mis empresas...

Esta oración no he de hacerla sólo con palabras, sino que ha de brotar incesantemente de mis acciones y elevarse hacia los cielos».

¿No crees que la enorme capacidad de trabajo que tenía «el mayor de los húngaros» era precisamente fruto del espíritu de oración?

En el rezo de la noche tu primera frase ha de ser también expresión de gratitud. Tus pensamientos han de seguir poco más o menos este rumbo:

«Señor mío, al ocaso del presente día, antes de descansar, quiero levantar mi alma a Ti. Empecé la jornada con tu santo nombre y con él quiero acabarla. Te doy las gracias por todos los bienes corporales y espirituales de que me has colmado.

(Si has tenido que sufrir dolores o humillaciones aquel día, también has de dar gracias y has de implorar que sea dado entender el fin que Dios se proponía con aquellas pruebas).

¡Dios mío!, ¿he sido en verdad agradecido? ¿He aprovechado bien este día? ¿O he de llorar de nuevo muchas faltas cometidas?

(Aquí examina tu conciencia: qué cosas ilícitas has hecho, dicho, pensado, y qué has omitido de lo que debías hacer).

Sí, Dios mío, Señor mío; he sido otra vez hijo infiel y débil. Me duele mi ingratitud. Perdóname. Mañana será otro día... Te ruego, Padre mío, que no me niegues tu ayuda ésta noche.

Concédeme que pueda descansar para rehacer mis fuerzas y trabajar mañana con nuevos bríos, siguiendo en todo tu santa voluntad».

Al llegar a este punto recita algunas oraciones de tu gusto, Padrenuestro, Avemaría, etc., y ya has terminado la oración de la noche. Bastan unos minutos; pero el rezo ha de ser fervoroso, espontáneo y lleno de vida.

Entonces puedes acostarte. Cuida de tener el pensamiento puesto en Dios. Ahora no importa que te duermas entretenido en otros rezos; antes al contrario, es una costumbre muy hermosa dormirse con pensamientos tan nobles y edificantes. Porque el alma no duerme, sólo duerme el cuerpo; y éste no totalmente, pues de un modo incompleto sigue funcionando.

El pensamiento con que te has dormido seguirá trabajando en ti durante el descanso. Por lo tanto, si te has dormido con pensamientos nobles y puros, éstos durante el sueño llegan a cristalizar y al día siguiente, al despertarte, estarás un poquito más cerca de la vida ideal que persigues.

20. La madurez del alma

Al que desee llegar en la vida espiritual más allá de la generalidad, le recomiendo que, a más de rezar oraciones vocales, haga diariamente meditación. En el recogimiento es donde el alma adquiere mayor y más hermosa madurez. Por lo tanto, el que desea trabajar seriamente en la formación de su carácter, procure asegurarse cada día unos minutos, un cuarto de hora, en que, dejando todo otro pensamiento, se dedique exclusivamente a Dios y a su propia alma. La meditación diaria y metódica es excelente medio de autoeducación.

¿No tienes tiempo para hacerla? Un cuarto de hora por la mañana se puede colocar muy bien en el horario de todos los estudiantes, aun de los más cargados de trabajo

¿No sabes cómo se ha de hacer la meditación? No es cosa tan difícil. Escoge un pensamiento, una de las grandes verdades de la fe, y procura con todas tus potencias, con tu entendimiento, con tu fantasía y con el conjunto de tus sentimientos, entenderla lo mejor posible y hacerla arraigar profundamente en tu voluntad.

El proceso de la buena meditación es como sigue: Como preparación, suscitas en tu pensamiento la presencia de Dios; aunque creas en esta presencia con fe viva en todos los momentos, entonces has de pensar en ella con especial insistencia, has de imaginarte que estás ante el divino acatamiento, y has de pedir al Señor que te ayude, para que puedas hacer la meditación con provecho.

Después analiza detenidamente con tu razón la verdad de fe que has escogido por tema de meditación, y entrega por completo tus sentimientos a las impresiones que se te ofrecen. Mientras tanto, pregúntate a cada paso, en cada punto de meditación: «De esta y de aquella otra verdad, ¿qué se deduce para mi vida en particular? ¿He vivido hasta ahora según estos principios? Si no, ¿cómo habré de vivir en adelante?» (En este punto has de fijarte el modo concreto de llevar a la práctica la verdad que ahora ves con tanta evidencia).

Antes de acabar la meditación, has de elevarte hasta Dios en una oración breve y fervorosa: «Señor mío, te doy gracias por la ayuda con que te dignaste iluminarme durante la meditación. Te suplico que me prestes también tu auxilio para poder cumplir los propósitos que he hecho».

¿Verdad que no resulta tan difícil la meditación? Su fin es despertar pensamientos religiosos y exponer nuestra alma a sus rayos, que calientan y vivifican.

Sé muy bien que la meditación diaria, metódica, exige un pequeño sacrificio de tiempo; pero su gran influencia educadora merece todos los sacrificios. Bastan algunos meses de meditación para que sintamos que nuestra alma está más cerca de Dios, que nuestra voluntad ha adquirido mayor temple, que nuestros sentimientos se han ennoblecido; en una palabra, que hemos dado un gran paso en la formación de nuestro carácter.

Mucho te ayudarán en la meditación los Santos Evangelios (bastan unas líneas para cada día), la Imitación de Cristo y otros libros tan abundantes como valiosos de nuestra literatura ascética.

¿Que esto es un nuevo peso sobre tus obligaciones ordinarias? Sí; es un peso. Pero un peso que levanta. También para el pájaro son un peso las alas; pero quítale este «peso», y ¿podrá volar a las alturas?

21. Tocan las campanas...

Tocan las campanas los domingos, y su voz se extiende por bosques y campos, por pueblos y ciudades. Durante toda la semana sufre el hombre y lucha con las innumerables dificultades de la vida terrena; pero hoy es domingo y tocan las campanas.

«Hombre –te dicen–, este mundo no es tu patria verdadera; aquí tan sólo eres un peregrino.

Hombre, no eres tan sólo polvo, sino que eres también hijo de Dios.

Hombre, no es tan sólo la vida terrena la que merece tus cuidados, sino también, y principalmente, la vida eterna. Ven, ven a la iglesia, ven a adorar a tu Señor, a tu Dios».

Hay muchos que no oyen la voz de las campanas. Hay quienes ya de madrugada se van de excursión y pasan el domingo sin oír Misa, Hay otros que han estado de diversión hasta muy tarde el sábado anterior y duermen toda la mañana del domingo, dejando la Santa Misa. Y también los hay que «no tienen tiempo», porque han de ir al paseo de moda...

Tú vas a Misa todos los domingos y días festivos. Te lleva allí la disciplina del colegio. Pero ¿no es más que disciplina de colegio? Por desgracia, hay jóvenes que van a Misa sólo por esta disciplina; y éstos, cuando gozan de libertad, dejan de ir a la iglesia.

¡Qué almas más superficiales y frívolas son éstas! ¡Qué manera de pensar más rastrera! Si hemos meditado una vez siquiera con seria reflexión lo que significa para nosotros el augusto sacrificio de nuestros altares, nos sentimos impelidos a oír la Santa Misa, no sólo cuando se trata de cumplir un mandato, sino siempre que hay ocasión propicia.

Si tus quehaceres o salud te impidieran asistir con frecuencia a la Santa Misa los días laborables, sea por lo menos para ti un deber indeclinable oírla sin excepción todos los domingos y días de fiesta.

¡Sí! Asistir a la Santa Misa los domingos es para mí un deber honroso.

Cristo se sacrificó por mí; ¡bien puede exigirme que de las ciento sesenta y ocho horas de la semana dedique media por lo menos a recordar su sacrificio tan lleno de atroces dolores! La Santa Misa no sólo es recuerdo del augusto sacrificio del Calvario, sino también su mística renovación; y de ella brota la fuente abundante de energías espirituales.

Si el Domingo he asistido con fervor a la Santa Misa, se multiplicarán durante la semana mis victorias sobre las tentaciones, tendré mayor abundancia de paz en mi espíritu, mi trabajo será más provechoso, y cumpliré más exactamente mi deber.

De labios del doctor Juan Bársony, sabio y célebre profesor de medicina en la Universidad de Pázmány, en Budapest, oí esta manifestación: «He viajado por toda Europa, he estado en África; pero no recuerdo de toda mi vida un domingo en que haya dejado de asistir a la Santa Misa».

¡Confesión digna de un verdadero católico!

Fíjate también esta norma: sea tiempo de vacaciones o de curso, que llueva o salga el sol, que lo vean o no, que me abrume el cansancio o esté descansado, los domingos y días festivos no dejaré de asistir a la Santa Misa.

Ha de serme imposible emprender cualquier cosa con tranquilidad, algo ha de acuciarme durante todo el día, he de sentir un vacío doloroso hasta que haya oído el Domingo la Santa Misa.

Cuanto más fervorosos sentimientos despierte en tu alma la Santa Misa, cuanto más personal sea la impresión que te produzca, tantas más gracias brotarán de ella para ti.

Por lo tanto, no sólo debes «oír», sino «rezar la Misa», por los padres enfermos, por un hermano muerto, por el fruto de una buena confesión, por el éxito de los exámenes, por la victoria que deseamos alcanzar sobre alguna falta, y por otros mil deseos serios y santos de un alma joven.

22. Limpieza general

Otro medio excelente de progreso espiritual son los Ejercicios Espirituales.

En muchos colegios católicos hay la piadosa costumbre de hacer anualmente los Ejercicios Espirituales: regularmente durante la Cuaresma cesan unos días las clases para que los alumnos puedan dedicar todo el tiempo a su alma.

Oyen cuatro o cinco sermones, toman notas de lo que acaban de oír, meditan la materia, finalmente hacen la confesión pascual, y ya han cumplido con los «Santos Ejercicios». Así lo creen muchos. Lo único que ven en los Ejercicios Espirituales es esto: son una buena preparación para la confesión y comunión de Pascua.

Y, no obstante, es mucho mayor el alcance que pueden tener los Ejercicios Espirituales debidamente hechos. Sin duda alguna, son una gran preparación para la confesión, pero han de ser mucho más que esto.

Como el arado, han de abrir profundo surco en el alma, han de sacar a la luz del sol todos los pecados, todas las raíces podridas, todas las piedras, y después han de llenar, como el buen sembrador, el campo arado de buena semilla: la de los propósitos santos.

Es decir, los Ejercicios Espirituales debidamente hechos vienen a ser como una limpieza general, un rejuvenecimiento de fuerzas y un nuevo camino.

Limpieza general: examinamos nuestro pasado triste, lleno de tropiezos, y echamos de nuestro interior todo pecado.

Rejuvenecimiento de fuerzas: ahora ya está limpio el suelo; por lo tanto, emprendo con nuevas fuerzas, con nuevo vigor y alegría una vida nueva.

Nuevo camino: veo que no puedo seguir por el camino en que he ido tropezando hasta ahora; por lo mismo formo un nuevo plan de vida para el porvenir; ¡cueste lo que costare!, he de enmendarme de este y de aquel otro defecto, he de conseguir, ¡por grande que sea la abnegación que necesite!, esta y aquella buena cualidad...

«¡Nunca he experimentado –dices acaso– que los Ejercicios Espirituales hayan tenido en mí un influjo tan profundo y transformador!». La falta estriba en ti. No supiste colaborar con la gracia divina.

En los Ejercicios Espirituales, la divina gracia llueve con especial abundancia, pero sólo sienten su influencia las almas que le prestan una colaboración celosa y abnegada.

¿Qué has de hacer, pues, para asegurarte la gracia de los Santos Ejercicios? Has de ser durante estos días magnánimo con Dios. Has de consagrar estos días por completo a Dios; en estos días sólo has de preocuparte de tu alma. ¡Más oraciones, meditación más profunda sobre tu vida anterior y más eficaces propósitos!

Si puedes, has de hacer al fin de la segunda enseñanza, pero sobre todo en tu edad madura, «Ejercicios en retiro», que consisten en apartarte por completo del mundo durante algunos días y vivir en la casa de Ejercicios Espirituales sólo para tu alma.

«¡Brrr! ¡Debe de ser difícil eso! ¡No salir a la calle durante tres o cuatro días; no decir una sola palabra, y meditar continuamente cosas serias!». En vano me esforzaría por animarte diciéndote que no es difícil.

No puedo sino decirte: ¡Pruébalo una vez! Estoy convencido de que en esta soledad alcanzarás tanto consuelo espiritual, tanta alegría, tantas fuerzas, tanto aliento para los deberes de la vida cuantos nunca podías esperar. Sólo he de instigarte a que los pruebes, porque la segunda vez tú mismo irás ya con alegría.

Daniel O'Connell, el admirable héroe de la libertad irlandesa, estaba haciendo los Ejercicios Espirituales cuando llegó un mensajero de su partido, y quiso sacarle de la soledad espiritual:

–Si no te presentas ahora en el Parlamento, hemos perdido la batalla para veinte años. Nuestros enemigos ganarán en la votación, y con ello anularán todos los resultados que hemos podido conseguir hasta ahora.

–Estad tranquilos –contestó el gran estadista–; cuando rezo y confieso mis pecados también entonces llevo la representación de nuestra causa ante el acatamiento divino. La libertad irlandesa nada perderá con ello. Dejad que amenace el Parlamento. Cuando me arrodillo para la confesión tengo más fuerzas que cuando estoy de pie o cuando levanto mi brazo para el combate. ¡Sublime pensamiento! Digno de ser imitado por todos los jóvenes creyentes.

23. Director espiritual

No es recomendable escalar los montes gigantescos de fama mundial sin tener un guía. Por muy bueno que sea nuestro equipaje, aunque tengamos mapas, brújula, bastón a propósito, lo más prudente es contratar un guía, porque de otra manera, en el reino desconocido de las sublimes alturas nos extraviaremos con facilidad y acabaremos por caer.

Lo mismo ocurre en las alturas de la vida espiritual y de la educación del carácter. Por muy cariñosamente que trabajes en el desarrollo de tu alma, si vas solo, te extraviarás con facilidad. Por lo tanto, escoge un guía de toda confianza, versado por una parte en las regiones sublimes de las alturas espirituales, conocedor por otra de los pliegues más recónditos de tu alma, y que por ende pueda vigilar tus adelantos.

Tus mismos padres podrían parecer los directores natos de tu conciencia. Son ellos los que están más cerca de ti; son ellos los que mejor te conocen. Pero, por desgracia, en el mundo actual el ganarse el sustento se lleva tanto tiempo, que los padres no encuentran medio para cumplir este deber.

Por otra parte, es un hecho extraño, pero real, que muchos jóvenes cierran su alma a la mirada de sus padres precisamente en aquellos años de desarrollo, de los catorce a los dieciocho, cuando más necesidad tienen de un director espiritual.

Así, es muy raro el caso de que un joven pida orientación a sus padres en los problemas espirituales que bullen durante estos años en él con tanto hervor.

En cambio, los mismos jóvenes sienten su ligereza, su imperfección, su insuficiencia, y con gozo se acogerían al brazo de un director reposado, de carácter dominante y de edad ya madura. Si no lo hallan, se comunican mutuamente; pero con escaso provecho, ya que el compañero también lucha con parecidas dudas.

La solución adecuada es elegir un director espiritual, un sacerdote de tu confianza. Feliz el joven que en el capellán del grupo de *scouts* a que pertenece, en el director de la Congregación Mariana, en el profesor de Religión, o en cualquier otro sacerdote, halle un amigo de experiencia, de corazón ferviente, de mirada aguda, a quien siempre puede abrir su alma con la mayor sinceridad en las tempestades de la juventud y para quien no tiene un solo secreto, un solo pensamiento velado.

No temo por el joven encomendado a tal director espiritual. También él habrá de luchar mucho; puede ser que también él tropiece por las cuestas empinadas de la vida espiritual; pero la mano segura de su guía le detendrá y le preservará de la caída fatal.

Por lo tanto, cuando miles de cuestiones empiezan a asaltar tu alma antes tranquila; cuando el pesimismo te abruma; cuando te parece que nadie te comprende en casa; cuando te duele algo; cuando estás melancólico; cuando luchas con tus defectos... ¿dónde podrás desahogar mejor el dolor de tu alma que en el cuarto silencioso de un director espiritual, que sabe tener compasión y es hombre experimentado?

¿Y quién podría participar mejor de tus sentimientos en el júbilo de la victoria cuando le comunicas tus éxitos, tus alegrías? ¡Dichoso el joven que tiene un buen director espiritual! Nadie podrá conocer tan profundamente en su alma como el sacerdote celoso que hace años y más años guía acaso centenares de estudiantes por los caminos difíciles de la verdad...

Así brotará también en el corazón de nuestros jóvenes instruidos aquel sentimiento de respeto y de adhesión a los sacerdotes, que es una característica tan simpática de los católicos holandeses, ingleses, belgas, americanos y que, ¡por desgracia!, aun hace gran falta entre nosotros.

Lee, por ejemplo, con qué respeto hablaba en Montana el jefe de los indios de Cheyenne, Zorra Vieja, de su sacerdote:

«Hay en la tierra de Cheyenne –dice– un monte mayor que todos los demás. Lo conocen todos los indios; lo conocían también nuestros antepasados. Cuando niños, jugábamos y corríamos en torno suyo. Nunca sentimos temor de errar el camino mientras veíamos el monte.

Cuando llegamos a la edad madura, perseguimos al ciervo y al bisonte, y no nos importaba por dónde corrían con tal que no perdiéramos el monte de vista; sabíamos que era un guía seguro y siempre fiel a su deber.

Cuando, ya hombres robustos, íbamos a luchar con los *sioux*[56] y los blancos, perseguíamos al enemigo a través de valles y montañas; pero nuestro corazón no se estremecía por el camino, porque estábamos seguros de que mientras divisáramos el monte encontraríamos el sendero del regreso...

Este monte es nuestro sacerdote. Su corazón, como la roca, no desfallece. Siempre nos dice la verdad. Estamos seguros del camino, si él nos dirige. Él es el monte que nos lleva a Dios...».

Lee, además, el siguiente fragmento de un diario, y verás qué es para el joven su Padre espiritual.

---

56 *Sioux: Se dice del individuo de un pueblo amerindio oriundo de los valles del norte del Misisipí .(N. del Ed.).*

24. El diario de un estudiante de sexto curso

Gran novedad en la escuela: ha venido un nuevo Padre. El que había hasta ahora ya era viejo y se ha jubilado. Era un señor muy bondadoso, pero no le veíamos mucho; es decir, no le veíamos nunca, a no ser en la hora de clase. Este es el motivo por que no puedo decir muchas cosas de él.

Tengo gran curiosidad de ver qué tal será este nuevo. Es bastante joven; quizás tenga de veintiséis a veintiocho años. Hoy nos ha dado la primera clase. Es muy ordenado. No permite charlar, como teníamos por costumbre con el otro.

En el descanso oyó que yo decía a Jorge: «No es verdad».

–Mira, hijo mío –me dijo–, no está bien hablar así. Has de suavizarlo de una o de otra manera: «Esta afirmación se apoya en un dato erróneo...». ¿Ves? De esta suerte vuestro trato será mucho más cortés.

¡Qué cosas! ¿Aun eso merece reprensión, el decir «no es verdad»? ¿Y qué hará cuando oiga las veces que nos otorgamos el título de «animal»? ¡Y otras cosas más! Pero, en fin, no lo haré más.

Ayer pasé por la prueba. Empecé a correr con el balón en el campo de fútbol; el terreno estaba libre ante la puerta; Jorge, nuestro campeón, cae precisamente a mis pies. ¡Qué desgracia!

Naturalmente, llegó el portero, ¡y adiós gol! Tenía ya en la punta de la lengua la palabra «animal», que es la propia en estas ocasiones, cuando me acordé de la advertencia del comedido Padre. Y por eso, en mi gran enfado, sólo le dije a Jorge:

–Eres... ¡un ser vivo que merecerías te tomasen impresiones nasales!

Precisamente ayer leí que en América se había hecho este descubrimiento: así como la piel de la yema de los dedos muestra un dibujo distinto en cada individuo, así también es distinto el dibujo de la piel que cubre el hocico de los animales. Por lo tanto, en adelante, no se les marcarán con fuego las iniciales del dueño, sino que se les tomarán unas impresiones nasales.

Después me dio vergüenza haber dicho tanto. Por suerte, Jorge no lo comprendió...

* * *

Hoy he estado por vez primera en casa del Padre. Siento que ha sido un encuentro decisivo. Me dura aún la impresión.

Sucedió de esta manera: hoy por la tarde hubo otra vez «escena» en casa. Mi madre estaba en la cocina, mi padre aun no había vuelto de la oficina. Julieta y Sebastián se tomaban y tiraban del pelo gritando desaforadamente. Cuando el ruido ya era insoportable, yo les grité aún más recio, diciéndoles que se callaran. Y por causa de ellos me reprendieron también a mí.

–Naturalmente, tú nunca te cuidas de tus hermanos, no te importa nada su vida, siempre estás metido con tus libros o pensando cómo hacer una de las tuyas...

–Pero, madre, siempre me reprende a mí cuando los chicos se portan mal.

–¡Cállate! ¿Aun te atreves a replicar? –y recibí un bofetón fenomenal. ¿Por qué ocultarlo?... ¡un bofetón! ¡Sí! Entonces no pude contenerme, y dije algo, pero algo muy grosero –ya no me acuerdo qué–, y corriendo me fui de casa.

No; esto ya no se puede aguantar por más tiempo. He huido de casa. ¡En casa ya nadie me comprende! Mi padre no tiene tiempo para preocuparse de mí; mi madre me tiene aún por un niño pequeño, y me trata a mí, que soy de los cursos superiores, como si aun fuera a la escuela de primera enseñanza...

Una amargura indecible me roía el alma.

Iba errando, sin tino, por las calles, y me acordé de las palabras del Padre: «Muchachos: si a cualquiera de vosotros le sucediese algo, sepa que con toda confianza puede acudir a mí...».

Pues, ahora que me sucede algo... probaré...

Contestó con un «adelante» suave a mi tímida llamada; levantó la cabeza de un gran montón de libros. Me hizo sentar junto a su mesa. Yo, encogido, miraba al suelo. Pero al oír sus palabras alentadoras, poco a poco, me animé y le expuse todos mis sufrimientos.

–Mira, hijo mío; tú eres ya un muchacho crecido. Me gustaría hablar contigo sin rodeos. No creas que lo que acaba de sucederte no sucede también en la vida de los demás. He oído de labios de muchos muchachos de tu edad la misma queja. Que en casa nadie los comprende... que hace unos meses se sienten tan extraños en su propio hogar.

He sentido que una fuerza admirable, tranquilizadora inundaba mi alma mientras hablaba.

–Tus padres, y en general la mayoría de los hombres maduros, han olvidado cómo eran ellos en la época de transición, de desarrollo, por cuyas vicisitudes han de pasar con trabajo todos los jóvenes de catorce a dieciocho años.

¿Ves? A ti te entusiasman ciertos ideales que a ellos les dejan completamente fríos. Ellos se ven demasiado atados, por pesares diarios, a las luchas de la vida; tú, en cambio, apenas conoces esas luchas. Debes reconocerlo y no achacar a mala voluntad el que no encuentres la debida comprensión por parte de ellos.

¿Que no juegas bastante con tus hermanos? Pruébalo, pues; dedícate un poco a ellos.

¿Voy a jugar al escondite, voy a correr con ellos, yo, alumno de los cursos superiores? –preguntas asustado–. No temas; procura bajar un poco a su nivel. No perderás nada de tu autoridad. Y con ello aliviarás algún tanto las cargas de tus padres. Lo que expones en tono de queja respecto a ellos no es frialdad, sino influencia de la lucha por la vida, que agota las fuerzas...

Yo le escuchaba; cada frase iba disminuyendo en mí la amargura, hasta substituirla una tranquilidad bienhechora. Nunca había visto desde este aspecto la casa paterna. No había más que una cosa que me torturase. Quise mencionarla, pero no hubo necesidad. Él leyó todavía un asomo de intranquilidad en mis ojos.

–Sé muy bien que aún deseas decirme algo. ¡El bofetón! ¿Verdad, hijo mío?, ¿se trata del bofetón? «Pero ¿cómo quieren educar a un joven de mi edad a bofetón limpio?». En esto tienes razón. Pero mira: si sabes portarte con más suavidad, si refrenas tus pasiones, seguramente no se volverá a presentar ocasión semejante.

Edúcate a ti mismo para evitar toda rudeza y tosquedad. ¡Aun cuando te hieran con una injusticia! Cuanto mayor sea tu calma, cuanto más suavemente te quejes de la ofensa que se te infiere, tanto más fácilmente comprenderán que han sido injustos contigo.

Piensa en Nuestro Señor Jesucristo. Cuando compareció ante el juez terreno y un soldado le hirió en la cara, sin ningún motivo, con qué sublime tranquilidad le dijo: «Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien ¿por qué me hieres?»[57].

Apenas oía ya sus palabras. Ante mis ojos, velados por las lágrimas, apareció Cristo, con semblante triste. Sentí que en adelante tendría más fuerzas.

---

[57] Jn 18, 23.

Conquistado, resolví mostrarle el mayor de mis males. No sé cómo he podido hacerlo. Al entrar no lo habría contado por nada del mundo.

–Padre, aun he de decirle algo muy importante y serio. Un asunto mucho más importante que el anterior. ¿Puedo decírselo?

–Adelante, hijo mío. Veamos qué es.

El otro día tuve una conversación extraña con Jorge. Hablamos largo rato. Ahora empiezo a comprenderle al pobre, y cuanto más conozco las circunstancias de su familia, más lástima me da. El otro día ví que durante la Misa leía una novela. ¡Esto me sublevó! Esto pasaba de castaño obscuro. Al volver a casa, se lo dije:

–¡No me vengas con cuentos; yo no creo ya en la religión! –me dijo con sonrisa irónica.

Cuando vio el asombro que me había causado, mitigó el tono.

–¿Sabes? Una noche, no hace muchas semanas, me tomó mi padre. Era el día de mi cumpleaños. Acababa de cumplir los dieciséis –el padre de Jorge, como sabrá usted, es diputado socialista–. «Hijo –me dijo–, ahora ya tienes edad para que pueda hablarte con toda claridad. Sabes hace tiempo que no es el niño Jesús el que trae el aguinaldo de Navidad a los niños buenos. Han inventado tales cuentos para acostumbrar a los niños a portarse bien. Hasta cierta edad son provechosos los cuentos poéticos; pero cuando es uno mayorcito, se llega, por sí mismo, a descubrir que eso es una fábula.

Más tarde intentan intimidar a los jóvenes, y hasta a los hombres formados, con otras amenazas. El Dios justiciero, la condenación eterna, el infierno, y así quieren encaminarlos por la senda del honor. A vosotros os enseña cosas por el estilo el profesor de Religión en la escuela, y tú te ves obligado a oír estas historias». Pero, Padre, no se enfadará usted si le cuento estas cosas, ¿verdad? –le dije con recelo...

–No, hijo mío. Habla con toda sinceridad.

–«Pero ya eres bastante hombre para que veas las cosas con claridad y sepas que todo esto es también poesía, cuento inventado para refrenar a los muchachos mayores. Hoy no es necesaria la Iglesia; lo que hoy hace falta son ¡fábricas y escuelas! Dios, Cristo, la Iglesia, la religión... todo, todo, es cuento, que durante cierto tiempo resulta bonito; pero tú eres demasiado grande para creer ya en semejantes leyendas.

Durante algunos años son cuentos muy hermosos para entretener vuestro interés; sin embargo, junto a los hechos y personajes eximios de la historia mundial, junto a las hazañas brillantes de un César, un Napoleón, un Marx, un Engel, un Lenin, se eclipsan todos estos cuentos. ¿Los sacerdotes? También son hombres pecadores, como todos los demás. No son mejores que Judas... Ni ellos mismos cumplen lo que predican...»

En los primeros momentos miré turbado a mi padre. El notó mi turbación y prosiguió. «No me mires tan asustado como si algo te doliera. Es la verdad pura; no es desgracia llegar a saber la verdad. En el mundo no hay más que materia; todo es materia; no hay alma».

«¿Por qué negarlo? –me dijo Jorge–, se me cayó el alma a los pies al oír estas palabras. Bien sabes que el edificio de mi fe nunca ha tenido bases muy sólidas; en aquel momento se derrumbó por completo.

Mi padre no suele mentir; por lo tanto, dijo la verdad también en esta ocasión. Por eso leo novelas durante sus Misas –¡acentuó de una manera tan significativa la palabra sus!–, y desde entonces nada me importan Dios, el alma, los cielos, el infierno. Yo quiero ser feliz en esta tierra, y no en el otro mundo. ¿En el otro mundo? ¡Bah! ¡En el otro mundo...!».

Se rió despectivamente al pronunciar las últimas palabras, y esta carcajada irónica, en boca de un joven de mi edad, tenía un sonido extraño, repulsivo, y azotó mi alma. En el primer momento sentí como una especie de vértigo.

Qué fue lo que más me impresionó de sus palabras, no podría decirlo con exactitud. No creí que tuviera razón. Sabía, quería saber con firmeza, que nuestra religión sacrosanta enseña la verdad; que sí, que es cierto, palabra por palabra, lo que hemos aprendido de ella. Pero después un eco de ironía empezó a levantarse en mi interior; todo es cuento... Jesucristo, Dios, la vida eterna... Cuentos..., cuentos...

Me estremecí ante este pensamiento. Había de decir algo a Jorge.

–Pero ¿cómo puedes decir tamañas barbaridades? –le dije.

–Mi padre es quien me lo dijo. A él le creo. No miente.

–Entonces, ¿es el Padre, el sacerdote, quien nos ha mentido? –le pregunté, asustándome enseguida de la palabra pronunciada.

–Tampoco miente –ni Jorge se atrevió a afirmarlo–. Sólo que nos considera aún niños; y, sin embargo, ya somos mayores.

–Pero mira cómo vive. Todo lo que enseña lo cree también él firmemente; lo que nos exige, él es el primero en cumplirlo.

–No lo sé –y se encogió de hombros.

¿Por qué negarlo?, esta conversación me trastornó por completo. Ya en casa, después de comer, me fui al jardín, me senté y empecé a meditar el asunto.

Era la primera vez que pensaba seriamente la cuestión. Propiamente, ¿por qué creo yo? ¿No tendrá razón, a pesar de todo, el padre de Jorge?

¿Y tantos otros, que no se preocupan de Dios, de la religión, de su alma? Mi tío, ingeniero en una fábrica, trabaja concienzudamente desde la mañana hasta la noche; pero no le he visto nunca entrar en una iglesia.

Mi padre también trabaja con todas sus fuerzas; pero no sé cuándo ha ido a confesarse. Y tantos otros, que no niegan la religión tan crudamente como el padre de Jorge; pero, no obstante, viven como si fueran del mismo parecer que él...

¿Verdad, Padre, que no se enfada usted porque le diga estas cosas con tanta sinceridad?

Me parecía desplomarme, preso del vértigo; estos pensamientos, cual ingentes montañas, abrumaban mi alma. El edificio de mi fe, levantado durante la niñez, sé estremecía, se tambaleaba. No quería dejarme vencer: ¡no, no, no tienen razón!... Pero volvían de nuevo las dudas atormentadoras. Me hicieron sudar. Ahora estoy aquí. ¿Verdad que a usted no le sabe mal...?

–¿Ves?, hijo mío –contestó el Padre–; tus luchas no me sorprenden. Estás en la edad en que la fe del niño va convirtiéndose en la fe madura del joven, y este proceso no puede efectuarse sin conmoción. A ti, por ejemplo, te conmovió ese caso.

Jorge, al hablar contra la religión, cree a su padre, un pobre hombre naufragado en su fe.

¿A quién crees tú, al seguir el camino de la religión? A Nuestro Señor Jesucristo.

Todo depende de esta cuestión: ¡qué concepto tengas tú formado de Jesucristo! ¿Quién era? ¿Un hombre eximio? ¿Un profeta? ¿Un varón sabio, de corazón ardoroso? ¡No! ¡Todo esto no bastó! Sus obras, su vida, su carácter exigen algo más. Lee su vida en los Evangelios, estudia su carácter, y tú mismo llegarás a sacar una conclusión en perfecta consonancia con las enseñanzas de la Iglesia; tocante a Jesús, El no podía ser meramente un hombre; era Dios, y asumió un cuerpo humano.

Si crees esta verdad, ya lo tienes todo. Si no permites que el más leve asomo de duda la empañe, entonces no te presentará dificultades ninguna otra cosa: ni la Iglesia, ni la Confesión, ni la vida eterna, ni los cielos, ni la Santa Misa, ni la condenación eterna, nada.

Todo se cifra en esto: ¿quién es Cristo para mí? Es mi Dios, mi Salvador, que me da vida, luz, ejemplos; que me defiende en las tentaciones, me ayuda en la desgracia, me alienta en el camino del bien.

–Sí –contesté–, todo esto lo sé. Sé que es así: pude decirlo de nuevo, porque lo veía con tanta claridad como antes.

¿Y qué he de pensar respecto a la Iglesia? El padre de Jorge dijo que no era necesaria hoy en día, sino que lo que hacía falta eran fábricas y escuelas.

Sí; precisas son fábricas y escuelas. Pero ¿de qué sirve el progreso material y la cultura materialista sin luz de religión? Precisamente de los hombres instruidos e incrédulos salen los mayores criminales.

Si no hubiera otro argumento para demostrar que la Iglesia fue instituida por Cristo, bastaría pensar en un solo hecho: que la Iglesia todavía hoy perdura. ¡Ha pasado por tantas vicisitudes, ha vencido tan formidables ataques! Por otra parte, ¡ha hecho tanto bien durante dos mil años y supo cautivar el alma de tantos millones de hombres!

Fíjate bien y estudia la historia universal: ¡todo lo bueno que debe la humanidad a la Iglesia Católica!, aun restringiendo el campo sólo al orden material. Después levántate al nivel espiritual. No tienes aún gran experiencia de la vida; pero dime, ¿quién se preocupa del alma humana, de la educación moral de la humanidad, de su ennoblecimiento, de la lucha contra las pasiones, sino la Iglesia Católica? Por todas partes verás el loco afán de riquezas y la embriaguez sin freno de las pasiones.

Además, hijo mío, piensa en ti mismo, en el mundo actual, que no ve más allá de la materia; ¿quién te advirtió que tienes un alma espiritual, que el hombre ha de moverse por ideales más santos que el dinero y los placeres?... ¿quién? Tu Religión, tu Iglesia. Por desgracia, sus desvelos son infructuosos para muchos.

Si un día se cerraran las puertas de todas las iglesias; si los domingos enmudeciera la voz festiva del órgano; si no hubiera confesión, ni sacerdote para enseñar la religión a los niños, en una palabra: si un día cesara la Iglesia, entonces se haría patente qué inmensa bendición ha sido su actuación para la humanidad.

Medita estas cosas en tu casa, y después aquilata valores, y verás qué lamentable manera de pensar es la del padre de Jorge, al decir que ya no es necesaria la Iglesia.

Y el padre de Jorge habló además de los sacerdotes, de los Judas, que «no cumplen lo que predican». ¿Quieres saber, hijo mío, cuál es mi opinión tocante a este punto? Por desgracia, en la historia dos veces milenaria del cristianismo, se ha repetido muchas veces el momento triste de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; precisamente entre aquellos que más cerca habrían de estar de Nuestro Señor, se han encontrado nuevos Judas, que comprometieron los principios más santos, y miserablemente hicieron traición al Señor. Desgraciadamente, es verdad. Quizás tú mismo has oído casos semejantes, que se contaban en la tertulia o que referían tus amigos. Te suplico que no juzgues con precipitación, sino que antes lo medites bien.

Piensa en primer lugar que dada la superficialidad con que se suele juzgar en tertulias frívolas a los ministros del Señor, acaso no haya más que un átomo de verdad en el fondo de tanta murmuración y calumnia. Los hombres fallan con facilidad, acerca de otros, y es un hecho interesante que los jueces más inexorables de la moral son aquellos que por su parte llevan una vida harto licenciosa.

Sin embargo, confesemos que hay, en verdad, tropiezos y faltas donde no tendría que haberlas. Es natural; ¡en la nítida alba sacerdotal, con facilidad se nota la mancha más pequeña!

Si te encontraras con un caso semejante en la vida, o si en una que otra tertulia oyeras referir con retintín y hasta con satisfacción las acciones poco laudables de un sacerdote o de personajes funestos en la historia eclesiástica, tu fe no ha de sufrir quebranto. Para mientes en estos tres pensamientos:

En primer lugar, el hecho de que los enemigos de nuestra religión busquen con tanto deleite estas cosas de triste memoria, y

ávidos las recojan, demuestra que estos casos no pasan de ser excepciones, comparados con la imponente altura moral de la Iglesia.

En segundo lugar, considera que cuando hombres indignos de la santa vocación sacerdotal manchan este sublime estado, a nadie causa más agudo dolor que a los sacerdotes realmente fieles al Señor, que estarían dispuestos a sacrificar su vida para evitar esos escándalos, que tanto contristan a Jesucristo.

Finalmente, no olvides que donde hay hombres, siempre hay debilidades, «... si bien es forzoso que haya escándalos, sin embargo, ¡ay de aquel hombre que causa el escándalo!»[58], así vibran las palabras conmovedoras de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando llegue el momento de presentarnos ante el tribunal de Dios, no quisiéramos estar en el lugar de aquel cuya piedra ha sido piedra de escándalo para los siervos fieles del Señor.

Por lo tanto, si oyes un caso deplorable, que no es habladuría vana, nunca has de decir, como suelen hacerlo los hombres superficiales, que «si este tal vive así, y hace esto, yo no creeré más en mi religión; yo también viviré como él», sino repite: «El Señor no tuvo más que doce Apóstoles, y entre estos pocos hubo un Judas, que se acercó indignamente a la intimidad del Señor y le hizo traición.

Si veo que entre los trescientos mil sacerdotes que viven en la actualidad hay algunos que sirven infielmente a la causa santa, ¿qué he de hacer? ¿Ha de quebrantarse mi fe? ¡No! Todo lo contrario; seré aún más fervoroso para mitigar, en cuanto esté de mi parte, la tristeza del Señor».

Mira, hijo mío: son los sacerdotes que tiene la Iglesia tales cuales son los hijos que dan a Dios nuestras familias. Cuanto mayor sea el número de jóvenes de alma pura, de nobles ideales y de una inteligencia despejada que abracen la carrera sacerdotal, tanto mejores serán los sacerdotes y tantas más almas podrá salvar también la Iglesia.

---

[58] Mt 18, 7.

Naturalmente, aun tendremos que hablar muchas veces de estas cuestiones. Pero ahora ya deben esperarte intranquilos en tu casa. Mira; toma este libro: es un manual de apologética; llévatelo y léelo. Cuando lo hayas leído, vuelve para reanudar nuestra conversación... Y ahora ve a casa y besa a tu madre con amor entrañable.

Me levanté. Me habría gustado besar la mano de este sacerdote. Pero él no hizo más que estrecharme la mía con afecto.

Al llegar a casa he besado a mi madre con un calor especial. Si supiera ¡cuánto he cambiado en esta sola tarde!

25. *Ad Iesum per Mariam*

En el santuario de María, en Altötting (Baviera), está el sepulcro de dos hombres ilustres y célebres de la historia universal: Tilly, el gran general, y Maximiliano I, el gran príncipe. Ambos profesaron profundo amor a la Virgen María. La inscripción sepulcral de Maximiliano I lo pregona: «Aquí descansa el corazón de Maximiliano I. Durante su vida no hizo más que latir febrilmente por las hazañas más gloriosas y por el amor a la Madre de Dios. Sabe, peregrino, que Maximiliano sigue amando de todo corazón, aun después de la muerte, a María».

En efecto, ser católico y no honrar a la Virgen María son conceptos contradictorios. El culto de María, la confianza y el amor a la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, es uno de los rasgos más hermosos de la religión católica; por lo tanto, ha de ser también una de las características del alma del joven creyente.

¿Quién es para nosotros la Virgen Santísima?

No es una diosa, como quisieron echárnoslo en cara los secuaces de otras religiones, sino que es la Madre del Hijo de Dios. Nosotros no adoramos a la Virgen María, pero le rendimos culto y le rezamos para que interceda por nosotros.

El paganismo no respetó a la mujer; entre los pueblos paganos no había caballeros. El concepto magnífico de la caballería brotó justamente del culto de la Virgen Madre. El hombre mira con

respeto a la mujer desde que nuestra religión sacrosanta exaltó en la Virgen María a todo el sexo femenino.

El alma humana, por su naturaleza, se siente inclinada a todo lo hermoso, a todo lo noble, a todo lo bueno. El Padre Celestial puso tal cúmulo de bellezas espirituales en María, que su figura santa nos subyuga como el rayo vivificante del Sol atrae a la pobre florecilla.

Cuando estamos ante la imagen de la Virgen Santísima y miramos sus ojos purísimos, nos parece sentir que se levantan en nuestro pecho las fuerzas más nobles del alma.

Al ver a la Virgen Madre coronada de estrellas, nuestra alma se siente presa de un deseo, de una nostalgia, de un anhelo indecible de llegar a ser también nosotros buenos, dulces, puros.

Pero el culto de María ¿no mengua acaso el honor que hemos de rendir a Nuestro Señor Jesucristo? ¡De ninguna manera! El culto de María va paralelamente con el culto de Jesucristo, porque ¿cómo puedo respetar al Hijo si no rindo homenaje a su Madre? No hay que temer: por mucho que honremos a María no podemos honrarla tanto como el mismo Dios, al escogerla por Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Bien sabemos que toda la bondad y hermosura de María son dones de Dios. Por lo tanto, todas las alabanzas que a Ella tributamos, las tributamos al Señor. *Totus honor impensus Matri, sine dubio redundat in gloriam Filii*; es decir: «Todo el honor tributado a la Madre redunda, sin duda, en gloria del Hijo».

Esta ha de ser nuestra divisa: *Ad Iesum per Mariam*, «a Jesús por María».

26. Tu Madre...

Cuando la escuadra yanqui se apoderó de Filipinas ocurrió una escena conmovedora. Frente a Manila, la escuadra estaba apercibida para la batalla. Ya iba a romper el fuego cuando a un marinero que estaba de servicio en el buque–insignia se le cayó la blusa al mar. Pidió permiso para sacarla; se lo negaron, y se arrojó al agua. Creyeron todos que era un cobarde desertor. A los pocos minutos estaba de nuevo sobre cubierta, pero su caso era perdido. Le arrestaron, y después de la batalla, el tribunal militar le condenó a varios años de cárcel.

El general que actuó de juez, Dewey, preguntó después al marinero cómo pudo hacer tamaña locura por una blusa que nada vale. El marinero sacó una fotografía, y dijo solamente: «¡Mi madre!».

En la blusa que cayó al mar estaba el retrato de su madre, y quiso salvarlo a toda costa.

Dewey abrazó al marinero, y le indultó diciendo: «Los hijos que por el retrato de su madre ponen en peligro su misma vida, seguramente estarían dispuestos a sacrificarse también por su patria. A tales hijos no hemos de ponerles grillos».

¡Joven mío! También en tu alma vive la imagen de tu Madre Celestial, de la Virgen Santísima. ¿Sabes sacrificarte tú por Ella?

La Virgen María es tu Madre celestial. Repítelo muchas veces para tus adentros: «¡La Virgen María es mi Madre!».

Si es mi Madre, puedo abrirle mi alma confiadamente.

Si es mi Madre, puedo pedirle ayuda, aun cuando mi alma esté ya herida por la tentación y haya caído en pecado.

Si es mi Madre, aplicará bálsamo bienhechor a mi alma, muchas veces vencida por el pecado, a mi alma triste, que casi se desesperaba en la lucha.

Si es mi Madre, con sus ojos celestiales me mirará compasiva hasta cuando corro a buscar su protección envuelto en innumerables pecados.

Si es mi Madre, no despreciará mis súplicas en las horas de angustia, sino que me defenderá de todo mal. He ahí qué fuerzas inagotables brotan de este pensamiento: «¡La Virgen Santísima es mi Madre celestial!».

Mira a la Virgen María, ideal puro como la nieve, en quien no hubo siquiera la más leve sombra de mancilla, y sentirás que tu alma es atraída hacia las alturas, hacia la vida pura; los picos altísimos atraen también hacia las regiones diáfanas al peregrino, que levantó sus ojos siquiera una vez a sus cimas cubiertas de nieve.

Si su dulce mirada se posa en ti, se apaciguan en tu alma las tempestades desatadas de las pasiones y los pensamientos impuros huyen de la luz de su rostro, como el inmundo gusano huye desesperado de la luz.

¿Has estado en un atardecer de mayo sobre un pico solitario, lejos del ruido de la ciudad, cuando de repente, desde algún pueblecito escondido en el valle, se deja oír placentero, sugestivo, el toque del Ángelus? Aquella alegría suave, aquel calor lleno de misterio que en tales momentos inunda el alma es la manifestación dulce y tierna de nuestro amor a María. Mas esto no es todo.

El culto de María irradia no sólo dulzuras, sino energías para el combate que libramos contra las tentaciones. Podemos acudir

siempre con confianza a su protección, porque no sabemos que durante el transcurso de los siglos haya habido un caso en que la Virgen dejara sin amparo al devoto que a Ella acudió.

Bien sabes que, a pesar de tus caídas, la Virgen Santísima no te rechaza, ya que eres su hijo. Te mira con los ojos arrasados de lágrimas y su mirada enciende en ti el sentimiento abrumador de la vergüenza. «¡Madre, qué pura eres, y yo cómo me he manchado!». Si un pecado mata tu alma, la Virgen Santísima llora por ti. Y tú ¿serías capaz de soportar este pensamiento?

¿Has visto llorar a tu madre? Un día volviste a casa, rebosando de alegría, precisamente en el momento en que ella no te esperaba; entraste en el cuarto, y ¡qué espectáculo!, tu madre, sentada junto a la ventana, llora en silencio. Al verte quiere ocultar sus lágrimas. Pero ya es tarde. La has visto. ¡Tu madre llora!

¡Y sabes que llora por ti!

Hasta ahora has sido muy sincero con ella; pero hace una temporada te recatas. Antes le hablabas continuamente, aunque no te preguntara; ahora te callas, aun cuando ella te pregunta. ¿De modo que ya no perteneces a tu madre? ¿Hay en ti acciones, palabras, secretos que ella no ha de conocer? En vano te escondes, en vano huyes. ¡Oh, los ojos maternos! No se engañan fácilmente. Tu madre llora por ti...

Y ¿cómo podrás soportar que tu Madre celestial llore por ti?

El año 1268, Toddi tributó magnífico homenaje al hijo ilustre de la ciudad, abogado y senador, Jacopone. El festejado iba con su esposa, que era la reina de aquel día, cuando de repente... la tribuna se derrumba y sepulta a todos los asistentes, juntamente con la mujer de Jacopone. Todos corren aterrados para salvar a los desgraciados. Jacopone saca a su esposa, medio muerta, de debajo de los escombros, quiere aflojarle los vestidos, quitarle el cinturón, pero la mujer se resiste con todas sus fuerzas. El esposo la lleva a un cuarto donde están solos...; allí le afloja los vestidos, y he aquí que bajo el pomposo traje de gala hay un tosco sayal. La mujer

alza sus ojos hacia su esposo y susurra en voz baja: –Esto lo he llevado por ti...

Ejemplo sublime de la ternura conyugal; ¡la esposa, con espíritu de sacrificio, vistió sayal de penitencia, para que el homenaje no deslumbrara al esposo!

«¡Esto lo he sufrido por ti!», te repite también a ti cada lágrima de la Virgen María.

«¡Esto lo he sufrido por ti!», te repite su pálido rostro al pie de la cruz.

«¡Esto lo he sufrido por ti!», repite su alma angustiada junto al sepulcro del Hijo Divino.

Pues bien, ¡no des motivo de tristeza a tu Madre celestial!

27. *Nicht toten! Habe Mutter!*

En uno de los combates de la guerra mundial, luchando cuerpo a cuerpo los dos ejércitos enemigos, un soldado bávaro iba a clavar la bayoneta en el pecho de un oficial francés. Este le gritó en un mal alemán:

–*Nicht toten! Habe Mutter!* (¡No matar! ¡Tengo madre!)

Y a estas palabras desfallecieron los brazos del soldado bávaro; no pudo matar al enemigo.

¡Oh! ¡Dichoso el joven que en la lucha contra el pecado puede llamar a su Madre Celestial y por el nombre bendito de la Madre sale incólume de todos los asaltos!

«¡Madre mía, Virgen María, ayúdame!», repite con también siempre que te cercan las tentaciones, y sentirás cómo la Virgen Santísima, que nunca conoció el pecado, te conforta en el combate.

«¡Madre mía, Virgen María, ayúdame!», repite con fervor cuando te visite la desgracia, el dolor, la prueba, y verás cómo la Virgen Santísima, Consuelo de los afligidos, nunca se olvida de ti.

Cristóbal Colón dio el nombre de *Santa María* a la carabela en que emprendió su viaje; y bajo la protección de la Virgen Santísima llegó a tierra felizmente. También la vida humana es un mar

que nunca se ve más furiosamente alborotado que en la época de la juventud. Por lo tanto, reza con fervor, con confianza: *«Ave Maris stella!»* «¡Salve, Estrella del Mar!».

Quizás te sorprenda lo que voy a decirte ahora: el joven que tiene un amor filial a la Virgen Santísima, adelantará más en los estudios. Porque así como la «Madre Inmaculada», la «Madre Purísima» conserva limpia el alma de sus hijos, de la misma manera la «Sede de la Sabiduría» y «Madre del Buen Consejo» se preocupa de que sus hijos fieles encuentren sus complacencias en el cumplimiento del deber. Y quien estudia con alegría aprende con más facilidad.

El joven que entra en el radio de atracción de la Virgen Purísima, no será pesimista, no sentirá trabadas sus alas por la tristeza. La suavidad de una alegría admirablemente fina y dulce inundará su alma y hasta las manifestaciones exteriores de su vida. Verdaderamente, «quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación»[59].

Por lo tanto, joven amado, si vas a una escuela, o vives en una ciudad en donde haya Congregación Mariana, alístate sin demora en sus filas. Allí experimentarás de una manera especial cómo el culto de la Virgen Santísima influye grandemente en la formación del carácter, cómo es una verdadera universidad de la autoeducación; universidad en que se educan hombres que merecen confianza, que saben sacrificarse, trabajar por fines altruistas.

Gárdonyi[60] escribe en una de sus poesías:

«Y cuando llegue la noche tomaré algunas florécillas y las llevaré al cielo lleno del esplendor de las estrellas. Y buscaré con ellas a la Madre de Jesús. Buscaré a María, cuyas imágenes son tan tristes

---

[59] Pr 8, 35.

[60] Géza Gárdonyi es una de las figuras que más descuellas en la literatura húngara. Por sus valiosas novelas fue elegido miembro de las numerosas sociedades literarias de su patria y del extranjero. (N. del T.).

y tan dolorosas acá abajo en la tierra; quiero verla sonreír por lo menos una sola vez».

¿Sabes, hijo mío, cuándo se sonreirá la Virgen Santísima, la Madre de Jesús? Pues cuando la florecilla depositada a sus pies sea tu alma cautelosamente guardada, tu alma blanca como la nieve, tu alma pura.

¡Sí, Madre nuestra! Nosotros, jóvenes todos, queremos seguirte para llegar por ti a Nuestro Señor Jesucristo.

28. La verdadera libertad

En Suiza suele celebrarse de un modo muy poético el día de la libertad. Es el primero de agosto. Cuando el crepúsculo vespertino empieza a extender sus alas silenciosas y envuelve montañas, valles, lagos, de repente se echan a voltear las campanas en todos los campanarios, estalla un canto solemne en todos los labios, e inmensas hogueras enciéndense en las cimas de los montes: en el Rigi, en el Pilato, en el Stanserhorn y en los otros picos gigantescos. ¡Qué momento más conmovedor es esta fiesta de la libertad de aquel pequeño país!

¡Joven mío! ¿Sabes qué es la verdadera libertad? La libertad del alma. Y ¿sabes cuál es la esclavitud peor? La esclavitud del pecado.

Con esto podrás apreciar, cual cumple, el gran tesoro de nuestra religión: la Santa Confesión. La Confesión es un baño espiritual, es un nuevo nacimiento; no hay medio más eficaz para la enmienda verdadera, para el robustecimiento de la voluntad, para la autoeducación.

En las clases de religión has estudiado los elementos de que consta el sacramento de la Penitencia. Medita, pues, con detención, la preparación que exige la confesión, y verás que cada paso está llamado a promover la renovación de tu alma.

La primera parte del sacramento de la Penitencia es el examen de conciencia: has de bajar con el pensamiento al fondo de tu alma y has de descubrir inexorablemente todas las faltas.

El conocimiento propio es el primer medio y una exigencia ineludible de todo progreso espiritual, de toda formación del carácter.

En los tiempos actuales aun los jóvenes sienten el peso de los cuidados de la vida diaria. La vida moderna que corre desbocada, la cultura técnica que al parecer no quiere conocer límites, aprisionan ya las almas jóvenes y con facilidad les hacen olvidar su fin más noble, su destino eterno, el sentido verdadero de la vida.

¡Qué bendición es, desde el punto de vista del progreso espiritual, que en esta loca carrera por lo menos de vez en cuando, en los momentos santos de la preparación para la Confesión, te hayas de parar y bajar de la superficie al fondo de las cuestiones serias del propio examen y de la propia fiscalización!

¿Puedes imaginar un momento más trascendental, más decisivo para tu alma, que aquel en que, envuelto en el silencio santo del examen de conciencia, has de contestar con toda sinceridad a esta pregunta: «¿En qué grado corresponden tus acciones, tus palabras, toda tu vida, a los mandatos de Dios»? ¡Y contestar con una sinceridad absoluta! ¡Rechazando todas las mañas artificiosas del amor propio!

Hoy día es moneda corriente el engaño; pero en la confesión hemos de ser inexorablemente sinceros con nosotros mismos. Es el primer paso en el camino de la enmienda. Donde hay podredumbre no deja taparla con perfumes; y donde hay manchas no permite que se pongan afeites.

Todo pecado clama expiación, reconciliación. La naturaleza humana no sabe descansar hasta que ha dado satisfacción de un modo o de otro por la infracción del orden moral. Ya en el teatro pagano la tragedia acompaña al protagonista; ha cometido un pecado, ha de expiarlo. Pues bien, la primera estación de la expiación son los zarpazos del remordimiento.

No hay momento más decisivo que aquel en que, después del examen de conciencia, nos damos cuenta cabal de lo necios que hemos sido al osar levantarnos contra Dios. Ni hay momento más santo que aquel en que brota en nuestro corazón la decisión heroica: ¡No viviré así en adelante! «No: yo iré a mi Padre y diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti»[61].

Semejante dolor no sólo nos entristece, sino que nos consuela. Nos humilla, pero también nos levanta. Nos quebranta, pero también nos llama a nueva vida. En pos de él, en medio de los negros nubarrones del pecado aparece el rayo de esperanza del perdón.

Quisiera borrar lo hecho. Pero no es posible. Haré por lo menos todo cuanto sea capaz de hacer: propongo no pecar más (propósito firme), confieso que he vivido mal hasta ahora (confesión), y procuraré dar la debida satisfacción al Dios ofendido.

Pues bien, joven, ¿qué piensas tú de la confesión? Jóvenes hay que al acercarse al confesonario sienten como una ducha fría. ¡Qué almas tan superficiales!

¿Quién teme la mano que se levanta para bendecir? ¿Quién huye del padre que quiere distribuir su herencia? ¿Quién se enfada con el médico que quiere curar la llaga?

Todos los hombres sienten que la misma naturaleza los impulsa a abrir su alma a alguien, principalmente en la tristeza. La conciencia del pecado pesa sobre nuestra alma como una montaña, nos asusta como espantoso espectro. En cambio, si dominando la falsa vergüenza, hacemos sinceramente nuestra confesión, no parece sino que nos hemos quitado un peso de encima; al salir del confesonario respiramos a pulmón lleno el aire puro del Dios bondadoso.

Algunos escritores, especializados y de fama en el arte de bucear en las almas, que ni siquiera son católicos, ante el aspecto psicológico de la confesión hablan con entusiasmo de la misma.

[61] Lc 15, 18.

Por otra parte, ya el mismo Horacio llama necios a aquellos que, en vez de curar sus llagas, las encubren, y así agravan su estado. *«Stultorum incurata pudor malus ulcera celat»*[62]. «El falso pudor de los necios cela úlceras no curadas».

[62] *Epistola,* I, 16.

29. La estatua cantante de Memnón

En los campos de Medina, en Egipto, en el lugar de la antigua Tebas, hay dos altas columnas de piedra, de unos veinte metros: figuran a reyes, sentados, esculpidas en piedra parda. Son estatuas levantadas por el faraón Amenhofis III a mediados del segundo milenario antes de Jesucristo.

Una de estas columnas de Memnón, como las llamaban los antiguos, se agrietó el año 27 (a.C.) debido a un terremoto, y desde entonces tiene una propiedad interesante. Cuando los rayos del sol naciente tocan la estatua, en el mismo momento la piedra que empieza a calentarse, emite un sonido peculiar: empieza a zumbar, a resonar; la estatua de Memnón se pone a «cantar».

También en tu alma brotará una vida semejante, rebosante de cánticos, de himnos, de trinos, de alegría, de júbilo, cuando después de una confesión bien hecha, el calor del sol que vuelve, el amor ardoroso de Jesucristo, esparza sus primeros rayos en el momento de la absolución.

Cristo, que entra de nuevo en el alma, provoca en ti una alegría jubilante; y de sus huellas surgen las energías férreas de una vida nueva, más hermosa, más pura. Tan sólo quien lo ha probado sabe los prodigios que acaecen en el silencio del confesonario.

Desde la creación del mundo no hubo acontecimiento más sublime que la resurrección de un alma muerta.

Lo que susurras allá en el confesonario, nadie lo oye, a no ser Dios y su ministro ungido. Nadie más ve en tu rostro el rubor de la vergüenza; nadie más descubre en tus ojos las lágrimas de fuego de la penitencia. Nadie más presencia cómo inunda el raudal de la gracia tu alma, ese desierto árido, y cómo la transforma de repente en vergel florido del Espíritu Santo.

Es sabido que Jókai[63], calvinista, no pecaba de exagerado al recordar las instituciones de la Religión Católica. Pero respecto de la Confesión, en el tomo segundo de su novela intitulada *La dama de ojos de color de mar (A tengerszemü hölay)*, se expresa de la siguiente manera: «La religión católica tiene una institución tan sublime, tan consoladora, que podría conquistarse todo el mundo, dondequiera haya hombres que sufren, hombres adoloridos por alero más que el golpe y la mordedura. Es la confesión. Fue una gran falta de Juan Calvino no conservarla para sus prosélitos. No conocía los corazones».

La influencia de la confesión es tan honda que algunos jóvenes, después de pecar gravemente, no se atreven a creer los cambios magníficos que obra en su alma la institución sublime. Tienen contrición sincera, han hecho confesión íntegra de sus pecados, pero todavía no están tranquilos: «¿Es posible? ¿El Señor es realmente tan misericordioso, que ahora ya lo ha olvidado todo, lo ha perdonado todo, y puedo empezar una vida completamente nueva y limpia?».

Y, sin embargo, así es. Sabes cuán grande fue la caída del apóstol Pedro: maldiciendo y jurando falsamente renegó de su Maestro; a pesar de ello, Nuestro Señor Jesucristo no constituyó Cabeza de la Iglesia a San Juan, que nunca cometió pecado; ni a

---

63 Mauricio Jókai (1825-1904). Gran novelista húngaro, de exuberante fantasía. Con Petöfi fue uno de los caudillos de la juventud del movimiento nacionalista del 15 de mayo de 1848. *(Nota del traductor).*

Santiago el Menor, que oraba continuamente; sino a Pedro, que lloró su pecado.

Pecadora, y muy rasgada, fue María Magdalena antes de conocer a Nuestro Señor Jesucristo; no obstante, María Magdalena, arrepentida, mereció el favor de estar junto a la Virgen Santísima al pie de la cruz[64].

San Agustín anduvo errando durante decenas de años en la herejía y en los senderos extraviados de una vida pecaminosa; pero cuando encontró a Cristo y lloró las caídas de los años de su mocedad, llegó a ser el sabio más santo y el santo más sabio de la Iglesia.

¡A ti también, hijo mío, por muy grandes que sean tus iniquidades, te recibirá de nuevo el Señor!

¿No te atreves a creer que el Señor te ha perdonado? ¿No sabes que se comparó a una pobre mujer que, habiendo perdido una dracma, enciende el candil, barre la casa y salta de gozo al hallarla de nuevo?

¿No es el mismo Señor quien propuso la hermosa parábola del hijo pródigo? ¿Y no conoces las palabras invitadoras de Jesús: «Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré»?[65].

¡Sí, Dios perdona a aquel que se arrepiente!

---

[64] Aquí el autor identifica a María Magdalena y a la *pecadara* de que habla San Lucas (Lc 7, 37-50); otros la diferencian. (Nota del Traductor).

[65] Mt 11, 28.

30. Ama la Confesión

Pues bien, ¿cuál es la cosa más necesaria para una Confesión buena? Un arrepentimiento sincero y una voluntad firme de confesar todos nuestros pecados y después enmendar nuestra vida.

El que desea recoger copiosas mieses, antes de todo ha de quitar todas las piedras, ha de extirpar las raíces de todas las malas hierbas y espinas, y después ha de sembrar en la tierra la semilla buena. Escribe Boecio[66]:

Qui serere ingenuum volet agrum.
Liberat arva prius fructicibus,
Falce rubos silicemque resecat,
Ut nova fruge gravis Ceres eat.

«Quien quiere sembrar la tierra labrantía[67], antes desbroza el barbecho, corta con la hoz la zarza y remueve las piedras, para que Ceres venga cargada de nuevos frutos».

La Confesión viene a ser una extirpación de malas hierbas y una siembra de buen grano.

«¡Oh!, pero ¡cuántas veces he prometido ya la enmienda y no la he logrado!». No importa. No renuncies a toda esperanza. Cuanto más cautivo te tenga el pecado tanto más frecuentemente has de

---

66 *De consolatione philosophiae,* III, 1.
67 *Labrantía: se dice del campo o de la tierra en labor. (N. del E.).*

acudir a la Confesión. El único medio para librarte es el reconocimiento repetido de tus pecados y el arrepentimiento, es decir, la confesión frecuente.

«¿No adelantas, a pesar de confesarte con frecuencia?». ¿Y qué sería de ti si te confesaras menos veces? ¡Te hundirías aún más en el pantano! Si desechas esta tabla de salvación tú mismo verás cómo te rebajas a ser vil esclavo de tus pecados.

«¡Cuánto tiempo hace que tomo la medicina y no me he curado aún!». Así se queja el enfermo. Pues ¿qué sería de ti si no la tomaras? Entonces te habrías muerto ya hace tiempo.

He de llamar tu atención de una manera especial sobre un punto: al confesarte, exprésate bien y dilo todo. El que quiere confesarse con precipitación, porque «a mal camino, darle prisa», y no piensa en otra cosa que «a ver si ya puede levantarse e irse lejos», claro está que nunca amará la Confesión. La culpa es suya.

Bien se echa de ver qué lastimosamente superficiales y frívolos han de ser los jóvenes que buscan a un confesor que hable lo menos posible –¡si es un poco duro de oído tanto mejor! –, que no pregunte nada y ponga poca penitencia. En cambio, tú mismo experimentas ¡qué sentimiento de tranquilidad inunda tu alma después de una confesión sincera, minuciosa, completa, al escuchar las palabras graves del confesor! ¡Ama estas confesiones! Sólo es cuestión de probarlas. Pruébalo y después falla.

¿Conoces el hermoso símil de los ventanales, propuesto por Goethe? De fuera parecen trozos de vidrio amontonados sin ton ni son. Pero entra en la iglesia y enseguida verás un cuadro sugestivo, rico de colores.

Sieht man vom Markte in die Kirchen hinein,
Da ist alles dunkel und düster.
Und so sieh's auch der Herr Philister...
Kommt aber nur einmal!
Begrüsst die heilige Kapelle.

Da ist's auf einmal farbig und helle!

«Si desde la plaza miramos dentro de la iglesia todo parece obscuro y sombrío. Es la mirada del filisteo... Pero acercaos. Saludad la santa capilla, y de repente todo se vestirá de color y de luz».

Acostúmbrate a hacer la confesión con fervor, con vida, con minuciosidad, sinceramente, y experimentarás que la autoeducación no tiene medio más eficaz.

Pruébalo y sentirás qué fuerza brota de ella para las luchas victoriosas de los años de juventud, llenos de tentaciones. Pruébalo: ¡qué inefable alegría, si la cuerda tendida puede aflojarse un poco, si de la copa llena puede caer una gota, si... el alma cargada de pecados puede librarse de su secreto atormentador! Pruébalo, y amarás la confesión, como una de las manifestaciones más hermosas del amor de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Oh, qué tristeza exhala esta queja: «He sido hombre, me encontraba solo. He sido hombre, estaba abandonado...!». ¡No! ¡No! Yo puedo exclamar así: «He sido hombre... he caído... pero ¡conmigo está la mano del Señor, que me levanta!».

Comprendo muy bien el estado de ánimo en que se encuentra un joven antes de la confesión. Un agobio extraño le atormenta. ¿Qué será de mí? Este confesor me conoce. ¿Qué dirá cuando vea las llagas de mi alma? Es mi profesor de religión, es el capellán de los *scouts*; ¡sabe Dios cuán virtuoso me conceptúa! Y ahora verá que yo también soy un joven que cedo a la tentación y caigo...

No hay duda que tales pensamientos pueden quitarte el ánimo de confesarte. Mas precisamente por este motivo hablo de ellos; quiero ayudarte a vencerlos. La solución más fácil es ir a otro confesor que no te conozca. Pero este procedimiento déjalo para el caso en que de otro modo no pudieras vencer el temor que te atenaza.

Te recomiendo que, «precisamente por eso», vayas a un confesor que te conozca, que sepa todos los pliegues de tu alma, las circunstancias de tu situación en casa y en el colegio, y que, por lo

tanto, pueda asumir con acierto esta tarea dificilísima: la dirección de tu alma.

Prueba y verás que si eliges un confesor de toda tu confianza, y sigues siéndole sincero, palparás mejor la influencia bienhechora de tus confesiones. Per ¡sé completamente sincero! ¡Sincero en el grado en que no lo eres con otros, ni siquiera con tus padres, ni siquiera con el mejor de tus amigos!

¿Puede esperar curación el enfermo que corre de uno a otro médico? ¿Puede enmendarse de veras el joven que se dirige siempre a nuevos confesores?

Medítalo un poco... ¡Qué caos, si tuvieras que aprender las matemáticas cambiando de profesor a cada clase! Método, mirada de conjunto, conocimiento progresivo... todo se haría imposible. Lo mismo sucede a aquel que corre continuamente en busca de nuevos confesores.

«Pero ¿qué dirá de mis pecados el confesor? ¡Hasta ahora me quería tanto! ¿No se retraerá ahora de mí? ¿No le causará demasiada tristeza el ver que su discípulo amado, que su *scout* predilecto, tiene un alma tan llena de luchas y tropieza tantas veces?...».

De ninguna manera. ¿Luchas? ¿Tropiezas? Bien lo sabe tu confesor. Sabe muy bien que los pecados más o menos graves, las disonancias son demasiado comunes en la vida humana. En el pecado está la humillación: pero la confesión es el levantarse. ¿Has caído en pecado? ¿Estás carga do de imperfecciones? Aprovecha la lección. Aprende a servir en adelante con más fidelidad a Dios.

Los grandes compositores mezclan a veces disonancias en su música, para resolverlas después en acordes perfectos.

¡Sé hombre y arrodíllate para confesarte! Te lo encarezco: ¡Pruébalo! No tengas reparo en confesarte con el capellán de los *scouts*, con el profesor de Religión, con el director de la Congregación.

Ellos levantarán tu alma que añora a Cristo y desea enmendarse con un amor indeciblemente suave... Porque en el confesonario junto a tu capellán o junto a tu profesor está también Nuestro Señor Jesucristo, que pone su mano divina, con el suave toque de amor lleno de perdón, sobre tu frente arrepentida.

31. Fragmento de otro diario

La semana que viene tendré mis exámenes de bachillerato. Hoy por la tarde he hecho Confesión General con el Padre. Ahora son las diez de la noche; todos duermen ya en casa. Soy el único que no puedo conciliar el sueño. Me agita el gran acontecimiento de la próxima semana. Y también la confesión de esta tarde.

Es difícil describir el estado de ánimo en que me encuentro en estos momentos.

Una voz canta en mí. Todo es alegría, todo es felicidad. No sé cómo expresarlo. Es necesario vivirlo, para sentir lo que significa para el alma una confesión general. He estado media hora con el Padre.

¿Por qué negarlo? Me sentía muy encogido cuando saqué del libro de rezo la larga nota en que había apuntado las deudas de mi vida. ¡Cuántos, pero cuántos tropiezos, vacilaciones, faltas pequeñas, caídas y también pecados graves!

He abierto mi alma, pero así, con una sinceridad completa, con una confianza sin reservas; he descubierto mi interior como nadie lo ha visto... ni siquiera mi amigo más íntimo... ni siquiera mi madre.

Estábamos los dos solos: el Padre confesor y ministro de Dios y yo; mi alma cargada, herida, azotada. Y yo hablaba, hablaba, lo

decía todo con sinceridad, porque no quería que se quedara una sola mancha en el vestido de mi alma. Me sentía como arrodillado en el Calvario al pie de la cruz de Jesús. Blasfemias... una turba enfurecida... un ladrón que se mofa... clavos... corona de espinas.

Hasta ahora también yo he pertenecido a los blasfemos, también yo daba con el martillo sobre los clavos, también yo le coronaba de espinas. Pero ahora, conmovido, he abierto mi corazón al pie de la cruz; he descubierto mis iniquidades; ¡que caiga sobre mi alma la sangre preciosísima, la sangre limpia, la sangre bendita y tibia del Hijo de Dios, y que la limpie y lave, que la queme y la hermosee, que la robustezca!

¡Oh! ¡Lávala, Señor, para que sea limpia, limpia como la aurora! ¡Oh! ¡Quémala, Señor, para que sea como oro puro! ¡Oh! ¡Robustécela, Señor, para que sea como el acero, fuerte para resistir las tentaciones!

Decididamente me puse a leer. He leído con voz temblorosa...; al final respiré: temí que el techo se desplomase sobre mí.

Apenas hube terminado –*mea culpa*, por mi culpa, por mi gran culpa...–, empezó a hablar el Padre con voz suave, que inundó mi alma como una música argentina.

–¿Cuántos años tienes, hijo mío? ¿Dieciocho? Aquí está el crucifijo. Míralo. Así. Míralo bien; ahora has traído tus dieciocho años aquí, ante Nuestro Señor Jesucristo. Te has acusado de todo lo que podía achacarse a tu alma, Y ahora mira los ojos de Nuestro Señor Jesucristo y pregúntale: ¡Señor! ¿Estás contento de mí? ¡Oh!, veo en tus ojos el triste reproche; no lo estás. Mira, Señor, tampoco yo estoy contento de mí mismo. Precisamente vine para decírtelo: ¡De hoy en adelante no será así! Olvida, Señor mío, mis pecados anteriores. Y ¿en adelante? Verás que todos mis minutos serán tuyos, Señor; no tendré una sola palabra, una sola acción, un solo pensamiento que te sirva de tristeza. Lo prometes, hijo mío, ¿verdad?

Y así continuó hablando aún largo rato. Y yo no hacía sino mirar, mirar el crucifijo, y me parecía sentir el toque de una mano suave en mi frente, de una mano que me otorgaba perdón... la mano de mi Jesús. Aquellos dos brazos clavados en la cruz parecían extenderse para envolverme, y como si hubiesen querido estrecharme con un suave abrazo...

Al salir, la calle daba vueltas en mi derredor, y, como si todo el mundo hubiese cambiado, los rayos del sol eran más brillantes, los pájaros cantaban más alegremente, la misma vida se mostraba más sonriente.

Una pesada losa se me quitó de encima y yo respiré fuerte, como quien se despierta de un largo sueño. De manera que ¿estoy limpio? ¡Señor!, ¿soy de nuevo tuyo? ¡Increíble! Me gustaría volar con libre envergadura; llenan mi alma acordes de órganos, rayos de sol, fragancias primaverales.

¡Oh! ¡Todos los goces prometidos falazmente por miles de pecados, qué mezquino es vuestro deleite junto a esta alegría rebosante! ¡Junto a la alegría que inunda el alma del que puede mirar con tranquilidad los ojos del Señor!

Allí fuera, en la calle, corrían los hombres; las penas de la vida cotidiana les hacían inclinar la cabeza; un ruido de mercado se levantaba por todas partes... y yo casi no lo notaba. Iba meditando camino de casa. Mi corazón era un vergel delicioso, que en mayo germina con lozanía primaveral.

¡En mi corazón, Jesucristo! ¡Mi corazón es su morada! ¡Ahora sí que soy un joven gallardo! Todo cuanto toco se viste de rayos de sol, porque «el Señor está en mí», y el saberlo me infunde alegría, primavera, ánimo.

Llegué a casa. No había nadie. Me senté en el jardín, debajo del nogal, junto al estanque. Por los arbustos verdes piaban alegres gorriones, revoloteaban, bajaban a la superficie del agua, mojaban sus alas, y con gran algazara se levantaban de nuevo.

Fuera se oía el ruido del tranvía; más allá las montañas se perdían en la lejanía azul; el rumor de la gran capital llegaba a mí como una sordina., y yo estaba sentado allí, y miraba, miraba el agua. Mi alma se llenaba de luz y de silencio.

Los pequeños gorriones, el clavel que se abría a mi lado, el alegre y sonriente rayo de sol, como si todos, todos fuesen compañeros míos, deudos míos, me miraban y musitaban: ¡Qué alegre está este joven!

Nansen, el explorador del Polo, escribe a raíz de uno de sus viajes que en medio del frío glacial tenían que hacer lumbre con grasa de focas, y los residuos que quedaban de esta grasa quemada los comían con apetito excelente. En el reino mortífero del hielo hasta les parecían sabrosos.

Después de su regreso, ya en los marcos normales de la vida humana, al comer de nuevo manjares exquisitos, exclamó: ¡Dios mío! ¿Cómo pude tragarme cosa tan horrenda?

Y ahora que he confesado mis deplorables tropiezos y logrado por fin levantarme y cantar victoria sobre la muerte, también yo siento algo semejante. ¡Dios mío! ¿Cómo he podido estar tan ciego, cómo he podido saborear la mesa insípida y amarga del pecado? Ahora siento qué sensación de realeza nos da el alma limpia.

He tomado la autobiografía del conde Esteban Széchenyi. Hace meses que empecé a leerla. ¡Y qué interesante!; precisamente ahora he llegado al pasaje que sigue:

El año 1819 Széchenyi estaba en Italia. Hizo la Confesión Pascual en Catania; después fue a bañarse al mar, y poco le faltó para ahogarse.

«Había fuerte oleaje –escribe en su diario–. Una ola grande me arrojó contra una roca con tanta fuerza, que casi perdí el sentido...

Ni un alma para ayudarme en las cercanías. Procuré llegar cerca del muelle, pero la corriente me apretó tanto junto a las rocas, que me hubiera roto la cabeza si no tiendo hacia delante ambas

manos. Se me rompieron las uñas, y de nuevo fui arrastrado hacia dentro.

Vi claramente el peligro de ahogarme; pero el pensamiento de que hacía media hora me había ofrecido con una entrega completa a Dios me infundió una suave tranquilidad. Por aquí no hay salida, dije para mis adentros, y me pareció una cobardía rendirme con tanta facilidad.

Recobrando por completo la presencia de ánimo, a costa de grandes esfuerzos me alejé de las rocas peligrosas, y nadando salí a alta mar, donde, libre de peligro, pude esperar la barca de salvación... Muchas veces he estado ya en peligro de muerte, pero nunca habría pasado con tanta satisfacción y felicidad al otro mundo como en esta ocasión»[68].

En esto han dejado mis manos el libro y me he entregado a mis pensamientos.

Mira, Señor mío, cuántas veces he caído –dije para mis adentros–. Pero no ha sido por mala voluntad, Tú bien lo sabes; tan sólo porque mi voluntad era débil.

Pues bien; ¡sé en adelante mi fortaleza Tú, ¡oh Señor mío! ¡La roca firme en la corriente desbocada de la vida! ¡Mi constancia en las olas alborotadas! ¡Mi fuente de energía en las luchas! ¡Mi resurgimiento después de las caídas! ¡Mi descanso en las fatigas! ¡Y después de la lucha de la vida, mi galardón eterno!... Hoy he sido feliz como nunca lo había sido en mi vida...

[68] FRIEDRICH, *Széchanyi István,* I, p. 71.

32. La sangre vivificadora de Cristo

Junto a las costas acantiladas y los fiordos bravíos de Noruega, una horrible tempestad azotó un buque. La nave luchó mucho tiempo con el huracán desatado, hasta que una sacudida la arrojó contra un escollo que se escondía traidoramente en el mar.

Los habitantes de las orillas veían la lucha terrible; pero durante ocho días nadie pudo pensar en salvar a los náufragos.

Al octavo día se calmó por fin la tempestad, y los barcos se acercaron al buque destrozado. Ya no había que pensar en salvar alma viviente... Todos habían muerto.

Mas he aquí que... en una de las rocas que emergen del agua hay una mujer con su hijo. La madre está ya muerta, pero el niño vive. Después del naufragio, madre e hijo fueron echados por el huracán sobre aquella roca; se habían salvado de las olas, pero un nuevo espectro les mostró el rictus de su carcajada: la muerte por hambre.

Al sentir acercarse su fin, el último pensamiento de la madre fue para su hijo: ¿qué sería de él, si también ella le abandonara? El amor materno es increíblemente rico en invenciones: con una piedra aguda hirió su pecho, y dio su propia sangre al hijo, a fin de

conservarle la vida unas horas más, hasta que el huracán se mitigara y llegase la ayuda.

Muchas veces se compara la vida a un mar alborotado. En nuestro camino se levantan huracanes, surgen escollos, estamos en trance peligrosísimo de morir de hambre espiritual; mas... Nuestro Señor Jesucristo rasga su propio corazón, nos alimenta con su propia sangre preciosísima y nos fortalece en todos los combates. He aquí el sublime significado de la Sagrada Comunión y su precio inestimable para el alma que lucha con el huracán de las tentaciones.

Por desgracia, muchos jóvenes no se dan cuenta cabal de este hecho: la Sagrada Comunión es la fuente primera de una vida santa. Consideran la Comunión como un complemento de la Confesión, como el broche que la cierra. Y, sin embargo, ¡cuán distinta es la realidad!

La Comunión, en primer lugar, nos da fuerza. ¿Para qué necesitamos fuerza? Para las grandes luchas del alma. El destino del hombre en esta tierra es ser soldado. Una lucha continua nos desgarra. ¿Quién no ha experimentado, aun de vosotros los jóvenes, la gran tragedia de la vida humana? Vemos el bien y lo queremos; pero nuestra naturaleza, inclinada al pecado, nos arrastra, no obstante, hacia el mal.

Uno de los mayores cuidados del general en jefe es cómo alimentar sus tropas. Con soldados hambrientos no pueden ganarse batallas.

Joven mío, quisiera imprimir profundamente en tu alma el pensamiento de que la fuerza de una vida victoriosa y el secreto del triunfo están escondidos para ti en el Sacramento de nuestros altares.

¡El Santísimo Sacramento es el sacramento de la victoria!

¿Has leído cómo se apoderaron los rusos de Przemysl, una de las fortalezas más resistentes? Sencillamente, a fuerza de hambre. Denodadas tropas húngaras defendían la ciudad; tenían cañones y

municiones en abundancia; también las torres resistían con firmeza, y todo fue en vano; llegaron a agotarse las reservas de comestibles, y los soldados heroicos, pero hambrientos y sin fuerzas, tuvieron que capitular.

También en torno de la blanca fortaleza de nuestra alma merodea el enemigo; muchas capitulaciones espirituales tienen por causa el hambre, el decaimiento. ¿Ha de asombrarte que el alma que no recibe su alimento ordinario pierda las fuerzas y no pueda resistir los ataques de la tentación?

¿Y sabes cuál es el alimento principal del alma? «Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y él pan que yo daré es mi misma carne»[69].

¿Quieres cantar victoria en medio de los innumerables ataques de la tentación? ¡No olvides las palabras citadas de Nuestro Señor Jesucristo; no permitas que el hambre agote las fuerzas de tu alma!

Lee las enseñanzas inequívocas del Señor, meditándolas debidamente:

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis; «si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros»[70].

Qui manducat me, et ipse vivet propter me; «quien me come, también él vivirá por mí»[71].

Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die; «quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene, vida eterna, y yo le resucitaré en el último día»[72].

Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum; «quien come este pan vivirá eternamente»[73].

¡Qué palabras más sublimes! ¡Qué magníficas promesas!

---

[69] Jn 6, 51-52.
[70] Jn 6, 54.
[71] Jn 6, 58.
[72] Jn 6, 55.
[73] Jn 6, 59.

Cuando los sarracenos asaltaban la fortaleza de Asís y ya escalaban con la embriaguez de la victoria sus murallas, Santa Clara tomó la custodia y se presentó ante las huestes enemigas. Del Santísimo Sacramento salía un rayo que cegaba, y los sarracenos, deslumbrados y presa del vértigo, caían en el foso. Huyó todo el ejército: el pequeño claustro de Asís, la pequeña ciudadela de la vida fervorosamente religiosa se había salvado.

Toda alma en gracia viene a ser una fortaleza agradable, una morada predilecta de Dios. ¿En qué puedes buscar ayuda cuando tus instintos desordenados y los sarracenos salvajes de las tentaciones del mundo asaltan las murallas de tu alma? ¿En qué otra cosa que en el Santísimo Sacramento?

33. ¡Comulgar es vencer!

Ven conmigo, entremos juntos en el circo romano y presenciemos un espectáculo en la época de Nerón. Un pequeño grupo de hombres es conducido al centro de la arena. Ancianos, quebrantados por la edad; madres con niños de pecho en sus brazos; vírgenes bellas; jóvenes gallardos, y en torno suyo, una muchedumbre sin entrañas...

Se abre una puerta y saltan de la obscuridad leones de África, que desde hace varios días están sin comer...

Y los cristianos que están en la arena ¿tiemblan?, ¿imploran clemencia? ¡Oh, no! Rezan, cantan, se alegran, como si fuesen a bodas. ¡Cosa admirable! Las fieras se echan sobre ellos, óyese el crujir de sus dientes, sus garras destrozan la carne viva, ¿y ellos? Clavan su mirada en el cielo, y con la sonrisa en los labios siguen cantando.

¿De dónde sacaban esta fuerza increíble aquellos millares de hombres? Y perseveraban todos... en la comunicación de la fracción del pan, o Eucaristía, y en la oración[74].

Antiguamente la Comunión ayudaba a triunfar; el mismo oficio desempeña también hoy.

[74] Cfr. He 2, 42.

Venid a Mí todos los que trabajáis y andáis agobiados y Yo os aliviaré. ¿Hay trabajos en la vida del joven? ¿Puede palpitar un corazón enlutado en un pecho juvenil? ¡Ah, y tanto!

¿Tienes una tristeza, sufres una desgracia? Ve a comulgar con frecuencia.

¿Tu alma está enferma, has de cicatrizar en ella las llagas abiertas por el pecado? Comulga.

¿Vuelve el recuerdo de pecados pasados y temes ser nuevamente su esclavo? Acércate a comulgar.

«Si te hincha el veneno del orgullo –escribe San Cirilo de Jerusalén–, toma el sacramento, y el Pan Humilde te hará humilde.

Si te aprisiona la avaricia, toma el Pan Celestial, y el Pan Magnánimo también a ti te hará magnánimo.

Si el espíritu nocivo de la envidia sopla en torno tuyo, toma el Pan de los Ángeles, y él te comunicará un amor verdadero.

Si te has dejado llevar por el exceso en el comer y en el beber, toma el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y el cuerpo que ha sufrido tantas mortificaciones moderará también, sin duda alguna, tus instintos.

Si te asalta la pereza y te enfría como hielo, de suerte que no tienes ánimo para rezar o hacer cualquier otra cosa buena, fortalécete con el Cuerpo de Cristo, y seguramente te llenarás de fervor y devoción.

Finalmente, si te instiga la impureza, principalmente entonces toma el mayor de los sacramentos, y el Cuerpo Inmaculado de Cristo te hará casto y limpio».

¡Oh, cómo se apaciguan, cómo se desvanecen en mi alma alborotada las tentaciones pecaminosas, siempre que en el momento sublime de la comunión pongo mi frente dolorida en manos de Nuestro Señor Jesucristo...!

Sí; que esté conmigo Jesús, y entonces... si quiero pecar, me tomará la mano; si tengo un mal pensamiento, desviará mi aten-

ción; si quiero pronunciar palabras pecaminosas, refrenará mi lengua frívola.

No es exagerado el encomio entusiasta con que un escritor francés, Legouvé, recomienda la Santa Comunión: «Hijo mío, oirás atacar la Comunión... Pero yo he visto cómo la serenidad de la esperanza inundó el rostro de los agonizantes al recibir la Santa Hostia; he visto en la iglesia cómo iluminaba el rayo de la fe la frente de las muchachas al volver de las rejas del comulgatorio; he visto cómo tu madre, que sufría a mares, se calmó repentinamente después de la Santa Comunión, y cómo se sonrió en medio de sus dolores. Lo que así transfigura el rostro humano no puede ser sino una cosa santa...».

A un estudiante de quince años de edad empezaron a dolerle las piernas. Llaman al médico, y éste, con gran espanto de los padres, descubre la caries en los huesos.

–No queda otro remedio que amputar la pierna –dice el médico.

–¡No, no! –exclama el enfermo–, prefiero morir.

Semanas y semanas le suplican; pero la respuesta es siempre la misma:

–¡No y no!

Un día, el padre se arrodilla ante la cama y le dice:

–Hijo mío, te suplico: ya que no quieres hacerlo por ti, hazlo por amor a tu padre.

El joven mira un momento a su padre en profundo silencio; después le tiende la mano.

–Sí, padre mío; por amor a ti. Y ahora, doctor, haga conmigo lo que quiera...

Joven amado: todas las veces que la caries, la carcoma del pecado, roe tu alma, piensa en tu Padre Celestial, en tu Salvador, que no se arrodilla a la vera de tu cama, sino que está pendiente de la cruz, en el Calvario, y te dice: «Hijo mío, déjate curar; si no por ti, hazlo, por lo menos, por amor a Mí».

Mira la cruz y repite: «¡Sí, Señor, por amor a Ti! Haz conmigo lo que quieras».

¿Sabes qué hará? Cortará tus pecados en la confesión; pero no temas, no te dolerá. Te dará una medicina; pero no temas, no será amarga; con su Cuerpo Sacratísimo y su Sangre Preciosísima te cura para que, sanando de la enfermedad del pecado, puedas ser su hijo puro y fuerte, su hijo fiel.

¿Te asaltan muchas tentaciones? Ve a comulgar con frecuencia.

¿Hace años que te has acostumbrado a un pecado, y ahora no puedes librarte de él? Ve a comulgar con frecuencia.

¿Quieres enmendarte, quieres adelantar en la formación de tu carácter? Ve a comulgar con frecuencia. ¿Cuántas veces?

Cuanto más numerosas sean tus luchas, cuanto más se desaten en ti los huracanes de la juventud, tanto más necesaria te será una mano auxiliadora.

San Carlos Borromeo, educado entre estudiantes libertinos, corrompidos, y aun en medio de las tentaciones de una gran ciudad, supo guardar intacta su pureza. Cuando le preguntaron de dónde sacaba las fuerzas para ello, contestó: «Es el efecto de la Santa Comunión; he comulgado todos los domingos y días de fiesta».

¿Todos los domingos? Te espantas. «No; eso yo no puedo hacerlo. ¡Soy indigno!». Conforme. Pero no sólo eres indigno de comulgar todos los domingos, sino también de hacerlo una sola vez. ¡Tú y todos! Si la Comunión fuese un galardón, nadie podría comulgar con tranquilidad. Mas no es un galardón, sino una admirable fuente de fuerzas, que puede aprovechar todo cristiano mientras tenga el alma limpia.

La Comunión no es una recompensa, sino un manantial inagotable de energías. ¿Qué es la Comunión? Hermosamente contesta un poeta alemán:

Der Friede im Krieg,
Im Kampfe der Sieg,

Die Hüfe im Not,

Das Leben im Tod.

«Paz en la guerra, victoria en la lucha, auxilio en la necesidad, vida en la muerte».

Si no pesa sobre tu alma el reato de pecado grave, comulga con frecuencia. Y si durante la semana tu exaltada fantasía te excitare con imágenes seductoras y tuvieres que luchar heroicamente y de continuo en rudos combates contra tus pensamientos, ¡no importa!; aun así preséntate a la Mesa del Señor, que alegra tu juventud y te robustece con el pan de los fuertes. No comulgas con frecuencia porque tu alma está en orden y paz, sino para que se ordene y se apacigüe.

«¡Tantas veces he comulgado y, no obstante, he caído!» –dices lamentándote. No lo achaques al Santísimo Sacramento. Para cada uno tiene la Comunión el precio que le señala el amor. El resultado más feliz depende de cómo te preparas, cómo deseas la Comunión, cómo recibes al Señor y cómo conversas con Él. Cuanto más profundo y vacío sea el recipiente, tanto más líquido puede contener.

«¡He caído tantas veces!». ¿Y qué sería de ti si no hubieses comulgado? Pocos hombres habrá de carácter tan vehemente como el capitán de marinos Marceau. A la menor contradicción, se levantaba en él la lava encendida de la ira, y a duras penas sabía contenerse. Luchaba, comulgaba diariamente, y a pesar de todo, la ira estallaba muchas veces en él. Un día le preguntaron algunos de su tripulación cómo podía ser tan iracundo un hombre que comulgaba diariamente. «Sabed –contestó el capitán– que si no comulgara con tanta frecuencia, ya os habría echado a todos al mar».

34. ¡El Señor está en mí!

Después de comulgar no veo, no oigo nada. Cierro mi libro de oraciones, inclino mi cabeza y hasta cierro los ojos. Todo el mundo se esfuma en torno mío. No queda nada en mi conciencia, no pienso en nada más que en Cristo y en mi alma. En mi pobre alma, que tropieza y cae continuamente...

Y entonces empiezo a hablar.

«Vivo. Pero ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí. De todo soy capaz en Aquel que me conforta: en Cristo Jesús. ¡Señor! Estás aquí, en mi corazón, y yo deposito mi alma a tus pies en la oración.

¡Oh!, ¡qué diferente es todavía esta alma de lo que tendría que ser! ¡Cuánto he de trabajar aún en ella! Hasta hoy no hice sino gemir, trabajar como forzado en la obra maestra de mi espíritu. Ahora tu sangre, virginalmente pura, late aquí, en mis venas. ¡Oh Sangre Purísima, mitiga la corriente mancillada de la mía, que me impulsa al mal! Tu Corazón Sagrado, lleno de amor, late en mi corazón ahora; ¡oh Jesús mío, Jesús manso y de humilde corazón, haz que mi corazón pecador sea semejante al Tuyo!

Las llamas de tu amor arden en mi corazón. ¡Oh amor de Cristo, quema en mí la escoria del pecado!».

Con estas o semejantes palabras abre tu pecho al amor cálido y vivificador de Cristo que ha bajado a ti.

Los antiguos creían que las estrellas eran agujeros del firmamento, a cuyo través se escapaba un rayo de la luminosidad del cielo y bajaba a la tierra. Era un modo de pensar ingenuo y primitivo. En cambio, es una realidad que después de la comunión todos los rayos del cielo inundan tu alma.

La Sagrada Comunión es insustituible. Ni la ciencia, ni el arte pueden suplirla. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Son palabras de Nuestro Señor Jesucristo...[75].

De suerte que ¿no se puede vivir honradamente sin comulgar? Veamos. Se puede vivir una vida ordinaria, adocenada; pero no se puede vivir una vida sobrenatural, que toca a la eternidad y la merece.

Hay una planta primaveral, el diente de león, de la China, que si le dan un calor continuo de 20 grados produce una flor encarnada; si es más alto el grado de calor, la flor es blanca. Así también el fuego de la frecuente comunión madura la flor encarnada de nuestros anhelos, de nuestros ideales, de nuestros deseos meramente terrenos y humanos, y la despliega en un nítido lirio blanco de vida sobrenatural.

Los mártires del cristianismo primitivo sufrían impertérritos los suplicios más refinadamente escogidos... Sí, ¡porque antes habían comulgado!

Los jóvenes de nuestros días tropiezan a cada paso en libros, cuadros, teatros, cines, escaparates[76], las malas compañías, etc. No tienen para conservar pura su alma medio más eficaz que la comunión frecuente.

¿Necesito, después de todo esto, aconsejarte que comulgues con alegría y fervor? Quien medita despacio las verdades que acabo de exponerte procurará preparar una fiesta magnífica a su alma

[75] Jn 6, 54.

[76] *Escaparates: Lugar o circunstancia en que se hacen patentes la apariencia ostentosa de alguien o algo con el fin de hacerse notar. (N. del Ed.).*

mediante la comunión frecuente. ¿Cuántas veces? ¿Cuatro veces al año, como se prescribe en el colegio? ¡Oh, no!, no cuatro veces. El joven que desea que su carácter se forme de una manera ideal, el joven que sabe que no puede vencer las tentaciones que le acechan de mil partes, a no ser con la ayuda de Cristo, aprovechará con alegría todas las ocasiones para unirse cuantas más veces pueda con el Cuerpo Sagrado y la Sangre Preciosísima de Nuestro Señor.

Comulgará una vez al mes; más aún, si le es posible, comulgará todos los domingos, porque bien sabe que la comunión frecuente es fuerza en las tentaciones, aliento en las luchas espirituales, consuelo en tiempos de desgracia, ayuda para no reincidir en el pecado, medicina contra la tristeza, y, por decirlo así, el único refugio del alma que se defiende o quiere huir del pecado, de la impureza.

Y en el caso de que no puedas comulgar realmente, excita en ti vivos deseos de recibir a Jesús y visítale con frecuencia en el Sagrario; en una palabra: comulga espiritualmente.

Las alondras jovencitas están piando continuamente, pero todavía no saben cantar. Cesan de piar al momento si oyen el canto de una alondra; escuchan con emoción... escuchan... hasta el día en que también ellas pueden romper en trinos sonoros.

Tu alma viene a ser como tierna alondra que escucha todas las veces que, postrada ante el Santísimo Sacramento, ora en silencio.

Si pasas cerca de una iglesia, entra un momento y abre tu alma sedienta ante Nuestro Señor Jesucristo, que vela en el Sagrario.

¡Qué hermoso espectáculo el joven que reza en silencio ante el Sagrario!

–¡Señor mío, Dios mío! Como el polluelo de la alondra, aquí estoy postrado a tus pies, y con santa emoción escucho tus palabras silenciosas... ¡Señor! Nada soy; mírame, tropiezo y caigo, pero... ¡soy tuyo! Ayúdame para que mi alma sea más limpia de día en día, para que mi voluntad sea más fuerte, para que mi carácter tenga cada vez más recio temple. Ayúdame, Señor, a fin

de que la imagen de tu santo rostro brille cada vez con más vivos fulgores en mi alma...

35. *Magna vixit*

Alejandro Magno dijo a un soldado cobarde, que también se llamaba Alejandro: «¡Amigo, cambia de nombre o cambia de comportamiento!». Lo mismo podríamos decir a muchos jóvenes que se llaman cristianos, pero con su vida, conducta y frivolidad manchan tal nombre.

¿Qué vale la fe que no se traduce en una vida adecuada? ¿De qué sirve darnos golpes de pecho gritando que somos cristianos, si nuestra manera de pensar, nuestras palabras, toda nuestra vida es un mentís[77] rotundo a la religión cristiana?

Habla alto, pero no vive según grandes ideales. *Magna dixit*, «dijo grandes cosas»; con esto no adelantamos. *Magna vixit*, «vivió grandes cosas»; esto sí es de un precio inestimable.

Por desgracia, tiene aquí muchos motivos de vergüenza la actual sociedad cristiana. Rabindranath Tagore, el renombrado escritor indio, después de un viaje por Europa hizo la manifestación abrumadora de que allá en su patria hay más moralidad.

¿Puede haber fallo más fulminante de nuestra fe muerta? ¡Hay pueblos paganos de más moralidad que nosotros los europeos, que hace unos dos mil años vivimos en pleno cristianismo!

---

[77] *Mentís: Voz injuriosa y denigrante con que se desmiente a alguien. (N. del Ed.).*

Si es así, ¿dónde está la falta? ¿En el cristianismo? ¡No! Sino en que la religión, para gran número de cristianos, no es más que apariencia exterior, que no va acompañada de una vida cristiana en consonancia con la fe sublime. No es más que *magna dixit*, «dijo grandes cosas».

Y, sin embargo, Dios nos ha dado la religión revelada no sólo para que mediante ella lleguemos a saber algunas verdades más, sino para que vivamos según ella.

Fíjate bien en esto. En el colegio estudiáis «religión» lo mismo que estudiáis matemáticas, latín, física, geografía... Si sabes estas últimas asignaturas, ya has cumplido con tu deber; pero si no haces más que saber religión, todavía nada has hecho; la religión no sólo ha de saberse, sino que se ha de practicar. ¡No *magna dixit*, sino *magna vixit!*

Desgraciadamente, muchos jóvenes no llegan a este grado. Por eso hay tantos de voluntad enfermiza, de fe palida, que no han sabido aprovechar las lecciones de la religión para formarse un espíritu vivo de sacrificio, para adquirir ideas rectas de las cosas, para llevar una vida de acuerdo con la fe.

Y, sin embargo, la palabra «cristiano» implica graves deberes. Nos obliga a vivir tina vida sobrenatural, exige que nuestra alma suba a alturas cada vez mayores.

«Sed santos vosotros, pues que yo soy santo», nos ordena el Señor[78].

«Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto»[79], dice Jesucristo.

«Todos los que habéis sido bautizados... estáis revestidos de Cristo»[80], nos advierte San Pablo.

---

[78] Lv 11, 44.
[79] Mt 5, 48.
[80] Ga 3, 27.

Luego ¿Cristo vive en mí? ¡Oh, pobre Jesús mío! ¡Cómo está tu rostro cubierto de tierra en mi alma! ¿Podrías reconocer tu imagen?

¡Cuidado, querido joven, no comprometas el cristianismo; respeta tu alma y no sirvas a Cristo de ignominia!

Hoy, la preocupación por el pan de cada día abruma tanto a muchísimos hombres, que no les deja tiempo para otra cosa. Les falta tiempo para «tener alma». Como la mosca que se pega al papel engomado, así lucha también su pobre alma, que quedó prendida en los intereses terrenos, en la materia, en el fango. Y, sin embargo, según el plan divino, ¡tendríamos que ser águilas!

Dime, ¿qué quieres ser: águila o mosca? ¿Águila que vuela en las alturas con libre vuelo o mosca pegada al papel?

36. ¿Bandera roja o cruz?

Un libro muy antiguo aconseja lo siguiente para la felicidad:

«¿Quieres ser feliz durante un día? Cómprate un vestido nuevo.

¿Durante una semana? Haz la matanza de un cerdo.

¿Durante un mes? Gana un pleito.

¿Durante un año? Cásate.

¿Durante toda tu vida? Sé hombre honrado.

¿Durante toda la eternidad? Sé buen cristiano.

¡Sé hombre honrado y sé buen cristiano!»

De año en año vas desarrollándote, y te acercas cada vez más al momento en que, como hombre ya formado, tú mismo habrás de alistarte en la lucha de la vida. Y verás, cada vez con más claridad, en el escenario de la vida, la lucha de orientaciones, lemas, partidos encontrados. Cada grupo, cada partido quiere contar contigo.

Y tú ¿en qué filas te alistarás? Tus energías rebosantes de fuerza, tus energías aún no gastadas, ¿al servicio de qué partido las brindarás? Hace unas decenas de años, la situación estaba más embrollada, los movimientos eran más confusos, los partidos menos definitivos. Hoy la visión es clara.

Hoy vivimos la época de las grandes y marcadas divisiones de hombres e ideales. Vemos cada vez con mayor claridad que en la

lucha gigantesca de la historia del porvenir se formarán dos grandes campos.

En un campo estará la turba revolucionaria, desesperada, que anhela destruir, que está deslumbrada por las propagandas demagógicas[81], y que se mueve bajo la égida de los ateos cínicos y de los enemigos de la cultura social... se apiña bajo una bandera roja.

En el otro campo, los amantes de los valores espirituales y los obreros de la cultura y progreso humanos se unen bajo el símbolo de todo progreso y cultura: ¡la Santa Cruz! La contraposición de estos dos partidos es cada vez más pronunciada en nuestros días. En la futura lucha de ideales no habrá más que estos dos bandos.

Allí van contra Dios; aquí vamos con Dios. Allí la bandera roja; aquí la Santa Cruz.

Y uno de estos campos cuenta también contigo. Tú también, hijo mío, has de elegir.

¿En qué campo te alistarás?

¿Verdad?, ni siquiera he de preguntarlo.

«¡Voy con Dios! ¡Con la Santa Cruz! ¡Con el catolicismo!» Hoy día, por desgracia, hay muchos que son católicos por la partida de Bautismo, mas no por una vida auténticamente cristiana.

Hasta hoy, duele decirlo, podía afirmarse que muchos hombres instruidos de los nuestros, «si bien es verdad que son católicos, no lo parecen», porque si llevan tal nombre no lo muestran en su vida, en sus obras, en sus palabras.

¡No, no! ¡De hoy en adelante todo ha de ser de otra manera! Ya no es lícito decir que la religión no es más que un asunto íntimo, un negocio particular. Atinado era el juicio de Goethe al escribir: *Das eigentliche, einzige und tiefste Thema der Weltgeschichte, dem alle andere sich unterordnen müssen, ist der Konflikt des Unglaubens und Glau-*

---

[81] *Demagogia: Degeneración de la democracia, consistente en que los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos, tratan de conseguir o mantener el poder. (N. del Ed.).*

bens, «el tema propio, único y más profundo de la historia universal, a que han de subordinarse todos los demás, es el conflicto de la fe y de la incredulidad».

Estamos en vísperas de la gran refriega entre la incredulidad y la fe, de la lucha titánica entre la bandera roja y la Santa Cruz.

¡Joven! ¡Te espera el ejército de la Santa Cruz!

¡Volvamos a una vida consecuente, católica y religiosa!

¡Volvamos! ¿Volver? ¿A dónde? ¿A la época en que no había máquinas y teléfono, ferrocarriles y aviones, periódicos y «radio»? ¡No! Sino a aquella época en que había hombres de carácter, honradez, autodisciplina, fidelidad y amor; en una palabra: ¡a una vida viva, a una vida palpitante, a una vida cristiana!

«¡Pero, entonces, toda mi vida será ¡una lucha continua! ¡Una lucha contra innumerables pecados y tentaciones!» ¿Y qué? Sabes cuál fue el mensaje que en las Termópilas mandó Jerjes a los trescientos hombres que quedaron de todo el ejército? «¡Rendid las armas!». Y aquéllos contestaron: «¡Ven y tómalas de nuestras manos si puedes!». Quisieron morir antes que rendirse. A los muchos mensajes que te manden el pecado, la tentación y el mal ejemplo, proponiéndote que te rindas, tú has de contestar: ¡No! ¡Antes la muerte que la capitulación cobarde!

No quisiera, por nada del mundo, que fueras como una bestia cansina, hombre gastado. Has de ser corcel brioso, espumante; pero no corras a rienda suelta.

Mi ideal es el joven que por los caminos de la vida mira continuamente hacia las estrellas, mas no por esto llega a caerse en un pozo. El joven que sabe que el alma de toda cultura es la cultura del alma.

Mi ideal es también el hombre ya maduro, en cuya vida la religión no es una ternura pasajera, no un ambiente dominical, no una impresión espiritual, no un marco sin cuadro, no un traje de fiesta, sino un poder sublime que satura y orienta toda su vida.

Durante la Gran Guerra no hubo general alemán que tan adentro llegase en el corazón de los húngaros como Mackensen, el libertador de la Transilvania. Durante varios años, los periódicos húngaros cantaron en todos los tonos alabanzas a la magnífica fortaleza de su espíritu; pero no dijeron cómo llegó a forjar este soldado admirable su propio temple, su férreo carácter.

¿Queréis saberlo? Su madre, al juntar las manos cada día para rezar, no dejaba de inculcar en el corazón de su tierno hijo aquella máxima que se ve inscrita también en los muros de la casa natal, allá en la Prusia occidental, en Genglenfeld: *An Gottes Segen ist alles gelegen.* «De la bendición de Dios depende todo».

La joven generación que confía en Dios ha de ser el sostén de la Patria.

¿Verdad, hijo mío? Cuando llegues a la edad madura también tú serás uno de estos hombres amantes de la religión, que cumplen sus prescripciones, que son instruidos, católicos y patriotas.

¿Aun en el caso de sentir una frialdad glacial en torno tuyo? ¿Aun cuando entre tus familiares no hubiese ningún ejemplo de religiosidad para alentarte? ¿Aun cuando estuvieras en minoría?

¡También entonces!

¿Estás en minoría? ¡Qué vas a estar! Dios y yo: eso en todas partes significa mayoría. Y cuanto más ofendan a mi religión, tanto más denodadamente la defenderé.

Pressa resurgo! «¡Si me oprimen, resurgiré!». Es lo que escribió en su estandarte Rákoczy[82] al tener que emprender la triste peregrinación, y lo mismo has de decir tú también cuando hieren a tu religión.

---

[82] El Príncipe Francisco II de Rákocsy (1676-1735), el brillante héroe de la libertad húngara, que dirigió a los príncipes y monarcas cristianos el célebre manifiesto encabezado con la frase: *Recrudescunt vulnera inclytae gentis Hungariae.* «Recrudecen las heridas de la ínclita nación de Hungría», acabó sus días en el retiro de Rodostó (Turquía), rodeado de un puñado de leales. (N. del T.).

Semper prorsum, nunquam retrorsum! «¡Siempre adelante, nunca atrás!». Es la inscripción que se lee en la escuela militar de Nagyvárad; ésta ha de ser también tu divisa para que de joven creyente puedas llegar a ser hombre creyente, a pesar de los innumerables ejemplos contrarios y de las tentaciones del mundo actual.

¡Señor, que sea arpa y me pulsen tus manos divinas!

¡Señor, que sea fuego y tu amor arda en mí!

¡Señor, que sea copa de cristal y tu gracia me colme!

¡Señor, que sea espejo y tu hermosura se refleje en mí!

¡Señor, que sea roble y tu poder me conserve erguido!

¡Señor, que sea el mar..., lleno de tu grandeza!

Cuando la sonrisa se dibuje en mi rostro, mis labios han de hablar de Ti llenos de júbilo; cuando el dolor haga saltar lágrimas de mis ojos, cada una de ellas ha de caer en tu mano.

¡Que sea yo, Señor, siempre y en todo, tu hijo obediente y dichoso, cuya alma limpia no conoce el pecado...; que sea yo –¡oh, concédemelo, Señor!–, que sea yo un «joven creyente»!


IVE Press